

A close-up, high-contrast photograph of a person's face, likely a vampire, with dark, smoky eye makeup and a small amount of blood dripping from the corner of the mouth. The person is wearing a dark leather jacket. The background is dark and moody.

libro #2 de
Diario de un Vampiro

amores

morgan rice

amores

(Libro #2 del Diario de un Vampiro)

Morgan Rice

OceanofPDF.com

ALGUNAS OPINIONES ACERCA DE LAS OBRAS DE MORGAN RICE

"Me llamó la atención desde el principio y no dejé de leerlo... Esta historia es una aventura increíble, de ritmo rápido y llena de acción desde su inicio. No hay un momento aburrido".

--Paranormal Romance Guild {con respecto a *Turned*}

"Tiene una trama estupenda y es un libro que le costará trabajo dejar de leer en la noche. El final en suspenso es tan espectacular, que inmediatamente querrá comprar el siguiente libro, solamente para ver qué sigue".

--The Dallas Examiner {referente a *Loved*}

"Es un libro equiparable a *Twilight* y *The Vampire Diaries*, (*Diario de un Vampiro*), y hará que quiera seguir leyendo ¡hasta la última página! Si le gusta la aventura, el amor y los vampiros, ¡este libro es para usted!"

--vampirebooksite.com {con respecto a *Turned*}

"Es una historia ideal para los lectores jóvenes. Morgan Rice hizo un buen trabajo dando un giro interesante a lo que pudo haber sido un típico cuento de vampiros. Innovador y singular, tiene los elementos clásicos que se encuentran en muchas historias paranormales para adultos jóvenes".

--Reseña de The Romance {referente a *Turned*}

"Rice hace un gran trabajo para captar su atención desde el principio, al utilizar una gran calidad descriptiva que va más allá de la simple descripción de la ambientación... Bien escrito y sumamente rápido de leer, es un buen comienzo para una nueva serie sobre vampiros, que seguramente será un éxito entre los lectores que buscan una historia ligera pero entretenida".

--Reseña de Black Lagoon {respecto a *Turned*}

"Lleno de acción, romance, aventura y suspenso. Este libro es una maravillosa adición a esta serie y lo dejará deseando más de Morgan Rice".

--vampirebooksite.com {respecto a *Loved*}

"Morgan Rice se demuestra a sí misma una vez más, que es una narradora de gran talento... Esto atraerá a una gran audiencia, incluyendo a los aficionados más jóvenes, del género de los vampiros y de la fantasía. El final de suspenso inesperado lo dejará estupefacto".

--RESEÑAS DE THE ROMANCE {respecto a *Loved*}

OceanofPDF.com

Acerca de Morgan Rice

Morgan es la escritora número uno de bestsellers de las series para adultos jóvenes de THE VAMPIRE JOURNALS, (DIARIO DE UN VAMPIRO) que comprende ocho libros, que han sido traducidos a seis idiomas.

Morgan también es autora del libro bestseller #1: ARENA UNO y ARENA DOS, que son los primeros dos libros de la TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, una novela de suspenso, de acción apocalíptica, ambientada en el futuro.

Morgan también es autora de la serie de fantasía, bestseller # 1 de THE SORCERER'S RING, (EL ANILLO DEL HECHICERO), (GRATIS) que comprende seis libros, y siguen sumándose.

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite www.morganricebooks.com para mantenerse en contacto.

OceanofPDF.com

Libros de Morgan Rice

THE SORCERER'S RING (EL ANILLO DEL HECHICERO)

A QUEST OF HEROES (Libro #1 del Anillo del Hechicero)
A MARCH OF KINGS (Libro #2 del Anillo del Hechicero)
A FEAST OF DRAGONS (Libro #3 del Anillo del Hechicero)
A CLASH OF HONOR (Libro #4 del Anillo del Hechicero)
A VOW OF GLORY (Libro #5 del Anillo del Hechicero)
A CHARGE OF VALOR (Libro #6 del Anillo del Hechicero)
A RITE OF SWORDS (Libro #7 del Anillo del Hechicero)
A GRANT OF ARMS (Libro #8 del Anillo del Hechicero)
A SKY OF SPELLS (Libro #9 del Anillo del Hechicero)
A SEA OF SHIELDS (Libro #10 del Anillo del Hechicero)
A REIGN OF STEEL (Libro #11 del Anillo del Hechicero)

THE SURVIVAL TRILOGY (LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA)

ARENA ONE (ARENA UNO): SLAVERUNNERS (TRATANTES DE ESCLAVOS)
(Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia)
ARENA TWO (ARENA DOS)
(Libro #2 de la Trilogía de Supervivencia)

THE VAMPIRE JOURNALS (DIARIO DE UN VAMPIRO)

TURNED (Libro #1 del Diario de un Vampiro)
LOVED (Libro #2 del Diario de un Vampiro)
BETRAYED (Libro #3 del Diario de un Vampiro)
DESTINED (Libro #4 del Diario de un Vampiro)
DESIRED (Libro #5 del Diario de un Vampiro)
BETROTHED (Libro #6 del Diario de un Vampiro)
VOWED (Libro #7 del Diario de un Vampiro)
FOUND (Libro #8 del Diario de un Vampiro)
RESURRECTED (Libro #9 del Legado de un Vampira)
CRAVED (Libro #10 of del Legado de un Vampiro)

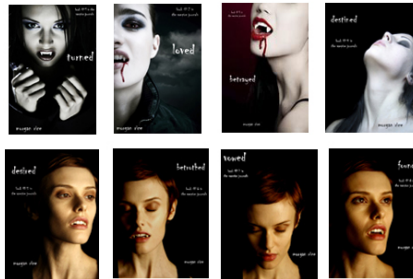
THE SORCERER'S RING



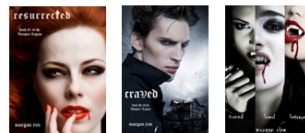
THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals



the Vampire Legacy





¡Escucha!

[Amazon](#)
[Audible](#)
[iTunes](#)

[OceanofPDF.com](#)

Derechos Reservados © 2012 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en un sistema de base de datos o de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si usted desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir una copia adicional para cada beneficiario. Si usted está leyendo este libro y no lo compró o no se compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de esta escritora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o son usados ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es solo coincidencia.

Jacket image ©iStock.com/© Ivan Bliznetsov

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

OceanofPDF.com

HECHO:

En Salem, en 1692, doce chicas adolescentes conocidas como “las afligidas” sufrieron de una misteriosa enfermedad que las condujo a un comportamiento histérico y a asegurar con vehemencia que en la comunidad había brujas que las atormentaban. Lo anterior dio origen a los juicios de Salem.

Hasta la fecha no se ha podido explicar la misteriosa enfermedad que aquejó a las jóvenes.

OceanofPDF.com

Esta noche soñó que vio mi estatua,
Cual fuente de cien bocas, pura y roja
Sangre manar, y que después vinieron
Numerosos romanos eminentes
Allí risueños a bañar sus manos.
Y todo esto cual aviso juzga
De inminentes peligros...

—William Shakespeare, *Julio César*

UNO

*Valle del Hudson, Nueva York
(Día de hoy)*

Caitlin Paine se sintió tranquila por primera vez en semanas. Sentada cómodamente en el suelo del pequeño establo, se apoyó en una paca de heno y exhaló. En la chimenea de piedra, a unos tres metros de distancia, ardía un fuego encrespado; acababa de arrojar otro leño y el chisporroteo de la madera le brindaba tranquilidad. Marzo aún no terminaba y aquella noche había sido particularmente helada. La ventana en el muro más alejado ofrecía una vista del cielo nocturno y de la nieve que no dejaba de caer.

Como el establo no tenía calefacción, se sentó cerca de la chimenea para que las llamas calmaran un poco su frío. Estaba muy cómoda y los párpados comenzaban a pesarle. El aroma del fuego invadía el lugar, y cuando se reclinó un poco más, sus hombros y piernas se relajaron.

Pero por supuesto, sabía que la verdadera razón por la que sentía paz no era ni el fuego, ni el heno; ni siquiera el resguardo que le brindaba el establo. Era por él, por Caleb, a quien contemplaba desde donde estaba sentada.

Caleb se reclinó y se mantuvo inmóvil frente a ella, a unos cinco metros de distancia. Dormía. Caitlin aprovechó la oportunidad para estudiar su rostro, sus rasgos inmaculados, su piel pálida y translúcida. Nunca había visto un rostro creado con tanta perfección. Era tan irreal como contemplar una escultura. No comprendía cómo era posible que tuviera tres mil años de vida. Ella, a sus dieciocho, ya lucía más grande que él.

Sin embargo, había algo más allá de sus rasgos. Era cierto espíritu; la sutil energía que transpiraba. Una profunda sensación de paz. Cuando estaba cerca de él, sabía que todo estaría bien.

Le hacía feliz verlo ahí, con ella; hasta se atrevió a desear permanecer juntos. Pero cuando apenas lo estaba pensando, se reprendió a sí misma porque sabía que se estaba buscando problemas. Sabía que los hombres como él no se quedan por mucho tiempo. Sencillamente no estaban hechos para eso.

A Caitlin le era difícil asegurar si continuaba dormido porque su sueño era tan perfecto, que apenas se notaba su respiración. Caleb había regresado más relajado; cargaba una pila de leños y había encontrado la manera de

sellar la puerta del establo para que no entrara la fría corriente de la nieve. Encendió la chimenea, y ahora que estaba dormido, ella atizaba el fuego para mantenerlo vivo.

Caitlin se estiró, alcanzó su vaso y bebió otro sorbo de vino tinto; sintió cómo el tibio líquido la relajaba poco a poco. La botella la había sacado de un baúl escondido debajo de una paca de heno; estaba en ese lugar desde la ocasión en que Sam, su hermanito, la dejó ahí por capricho varios meses antes. Ella nunca bebía, pero le pareció que no había nada malo en tomar un poco, en especial, después de lo que había vivido.

Tenía su diario abierto sobre el regazo; con una mano sostenía una pluma, y con la otra, el vaso con vino. Llevaba veinte minutos así porque no sabía por dónde comenzar. Nunca antes le había costado trabajo escribir, pero ahora era diferente. Los sucesos de los últimos días habían sido demasiado dramáticos, demasiado difíciles de asimilar. Esa era la primera vez que se podía sentar y relajar, que se sentía remotamente segura.

Decidió que lo mejor sería comenzar por el principio; narrando lo que había sucedido. Por qué estaba ahí y quién era. Necesitaba procesarlo porque ya ni siquiera estaba segura de conocer las respuestas.

La vida fue bastante normal, hasta la semana pasada. Me estaba empezando a gustar Oakville, pero luego llegó mamá un día y nos anunció que nos mudaríamos. Otra vez. La vida se volteaba de cabeza, como siempre sucedía gracias a ella.

Sin embargo, era peor en esa ocasión. No nos mudaríamos a otro suburbio, sino a Nueva York. Sí, a la ciudad. Escuela pública, una existencia de concreto... y un vecindario peligroso.

Sam también estaba molesto. Hablamos sobre no mudarnos, pensamos en escapar, pero la verdad era que no teníamos a dónde ir, así que le seguimos la corriente. No obstante, ambos juramos en secreto que, si no nos gustaba, nos iríamos. Encontraríamos algún lugar, cualquiera. Tal vez hasta podríamos tratar de encontrar otra vez a papá, aunque en el fondo, los dos sabíamos que eso no sucedería.

Y luego, pasó todo lo demás. Fue demasiado rápido. Mi cuerpo mutó, cambió. Todavía no entiendo lo que sucedió ni en quién me convertí. Sólo sé que ya no soy la misma persona.

Recuerdo aquella fatídica noche que comenzó todo. El Carnegie Hall, mi cita con Jonah, y luego... el intermedio. ¿Me... alimenté?, ¿asesiné a

alguien? Aún no puedo recordarlo; sólo sé lo que me dijeron. Sé que hice algo aquella noche, pero sólo es un recuerdo borroso. Cualquier cosa que haya sido, todavía me produce la sensación de un hoyo en el estómago. Jamás quise hacerle daño a alguien.

Al día siguiente me di cuenta de que había cambiado. Definitivamente me estaba volviendo más fuerte y más sensible a la luz. También podía percibir aromas; los animales actuaban de forma extraña cuando estaban cerca de mí, y yo, cuando estaba cerca de ellos.

Y lo que sucedió con mamá: me confesó que no era mi madre biológica y luego fue asesinada por aquellos vampiros, los que me habían estado persiguiendo. Habría deseado jamás verla sufrir de esa manera; todavía creo que fue mi culpa. Pero al igual que con todo lo demás, es un problema que no puedo regresar a solucionar. Ahora tengo que enfocarme en lo que tengo frente a mí, en lo que sí está en mis manos.

También me capturaron esos espantosos vampiros. Luego escapé y apareció Caleb. Estoy segura de que si no hubiera sido por él, me habrían asesinado... o algo peor.

La Cofradía de Caleb, su gente. Era muy distinta a él a pesar de que, de todas maneras, todos eran vampiros. Territoriales, celosos, suspicaces. Me exiliaron y, a él, no le dieron ninguna prerrogativa.

Pero Caleb eligió. A pesar de su situación me eligió a mí. Arriesgó todo para volver a salvarme. Por eso lo amo; mucho más de lo que jamás podrá imaginarse.

Tengo que ayudarlo a volver; él cree que soy la elegida, una especie de mesías de los vampiros o algo así. Está convencido de que lo conduciré hasta donde se encuentra una espada perdida que impedirá la guerra entre los vampiros y salvará a todo mundo. Yo, en lo personal, no lo creo.

Su propia gente no lo cree, pero sé que tiene gran fe en ello y que significa mucho para él. Además se arriesgó por mí, así que, es lo menos que puedo hacer. A mi parecer, ni siquiera tiene que ver con la espada; es sólo que no quiero que se vaya.

Es por eso que haré todo lo posible por ayudarlo. De cualquier manera siempre he querido encontrar a mi papá y saber quién es en realidad. También quiero saber quién soy yo, si en verdad soy medio vampira o medio humana, o lo que sea. Necesito respuestas, y si no logro

investigar mucho más, por lo menos necesito saber en qué me estoy convirtiendo...

*

—¿Caitlin?

La chica despertó aturdida y volteó hacia arriba; vio que Caleb estaba al frente y que había apoyado las manos con suavidad sobre sus hombros. Sonreía.

—Creo que te quedaste dormida —dijo.

Ella miró alrededor, vio el diario abierto sobre su regazo y lo cerró de un golpe. Las mejillas se le habían encendido; esperaba que Caleb no hubiera leído nada, en especial, la parte en que describía sus sentimientos hacia él.

Se sentó y talló sus ojos. Todavía era de noche y el fuego aún los calentaba a pesar de que ya casi sólo quedaban cenizas. Caleb también debió haberse despertado. ¿Cuánto tiempo habría permanecido dormida?, se preguntó.

—Lo siento —dijo—, es la primera vez que concilio el sueño en días.

Caleb volvió a sonreír y atravesó el cuarto hasta la chimenea. Arrojó varios leños más que crujieron y sisearon al alimentar la llama. El calor le llegó a Caitlin hasta los pies.

Él se quedó parado mirando el fuego y su sonrisa se desdibujó poco a poco hasta que se hundió profundamente en sus pensamientos. A la luz de la llamas, un cálido resplandor iluminaba su rostro, haciéndolo lucir aún más atractivo, si acaso eso era posible. Sus grandes ojos color avellana, estaban bien abiertos; y mientras ella lo contemplaba, se tornaron verde claro.

Caitlin se enderezó y vio que su vaso de vino seguía lleno. Tomó un sorbo y, con eso, entró en calor. Como llevaba algún tiempo sin comer, el vino se le subió de inmediato a la cabeza. Vio el otro vaso de plástico y recordó sus buenos modales.

—¿Quieres que te sirva un poco? —preguntó, y luego, añadió con nerviosismo— es decir, no sé si en realidad bebas...

Calebse carcajeó.

—Sí, los vampiros también bebemos vino —dijo sonriente y se acercó para tomar el vaso en que ella le había servido.

Estaba sorprendida. No por sus palabras sino por la risa. Era dulce y elegante, y parecía desvanecerse con ligereza en la atmósfera del lugar. Como todo lo demás en él, su risa estaba llena de misterio.

Caleb llevó el vaso hasta sus labios y ella lo observó con la esperanza de que él le correspondiera.

Y lo hizo.

Entonces ambos desviaron la mirada al mismo tiempo y Caitlin sintió que el corazón le palpitaba con más velocidad.

Caleb regresó a su sitio, se sentó sobre la paja que ahí había y, reclinándose, volteó hacia donde estaba ella. Ahora parecía que era él quien estudiaba sus rasgos y eso la cohibió.

Sin darse cuenta, Caitlin deslizó la mano por su ropa y pensó que le habría gustado estar mejor vestida. Pensó a toda velocidad y recordó que, en algún momento, no sabía cuándo con exactitud, se detuvieron en una tienda de ropa de segunda mano en un pueblo y ella consiguió ahí algunas prendas para cambiarse.

Miró temerosa hacia abajo y ni siquiera pudo reconocerse. Llevaba unos jeans rotos y deslavados, tenis de una talla más grande que la suya, camiseta y un suéter. Encima de todo, se había puesto un viejo saco marinero color morado al que le faltaba un botón y que también le quedaba demasiado grande. Sin embargo, le brindaba calor, y en ese momento, era lo único que necesitaba.

Caitlin se sintió apenada. ¿Por qué tenía que verla él así? Era pura mala suerte: la primera vez que conocía a un chico que en realidad le agradaba, y ni siquiera tenía la oportunidad de arreglarse. En el establo no había un baño en el que pudiera arreglarse, y de todas maneras, no llevaba sus cosméticos. Avergonzada, miró hacia otro lado.

—¿Dormí mucho tiempo? —preguntó.

—No estoy seguro; yo también acabo de despertar —le respondió Caleb mientras se recargaba y se pasaba la mano por el cabello.

—Me alimenté temprano esta noche y eso me agotó.

—Explícame eso —le pidió mientras lo observaba.

Él no contestó de inmediato.

—Alimentarse —añadió ella—, ¿cómo funciona? ¿tú... matas gente?

—No, jamás —le contestó mientras trataba de ordenar sus pensamientos en silencio.

—Como todo lo demás acerca de la raza de los vampiros, es un asunto complicado —le contestó—. Depende del tipo de vampiro que seas y de la cofradía a la que pertenezcas. Yo sólo me alimento de animales, por ejemplo. Venados, casi siempre. Hay una sobrepoblación de venados, así

que no hay problema. Los humanos incluso los cazan y ni siquiera para comerlos.

Su gesto se tornó melancólico.

—Pero hay otras cofradías que no tienen tanto tacto. Se alimentan de humanos. De los indeseables, por lo general.

—¿Indeseables?

—Indigentes, vagos, prostitutas... la gente a la que nadie extrañará si desaparece; el objetivo es no atraer mucho la atención. Así ha sido siempre. Los vampiros que se alimentan de esa forma, son vampiros impuros. Pero a mi cofradía, a mi raza, se le considera de sangre pura: aquello de lo que te alimentas... te infunde su energía.

Caitlin se quedó sentada pensando.

—¿Y qué hay de mí?, ¿por qué sólo me dan ganas de alimentarme en momentos específicos?

Caleb frunció el ceño.

—No estoy seguro; creo que contigo sucede algo diferente. Eres una mestiza y eso es algo muy raro. Sólo sé que estás madurando. Otros cambian de la noche a la mañana, pero en tu caso, debe haber un proceso. Tal vez te tome algún tiempo atravesar por todos los cambios que te esperan para, después de un tiempo, estabilizarte.

Caitlin recordó las punzadas de hambre que había sentido, la forma en que la abrumaron sin que ella se lo esperara. La habían imposibilitado para pensar en otra cosa que no fuera alimentarse. Fue una experiencia horrible y tenía mucho miedo de que se volviera a presentar.

—¿Pero cómo puedo saber cuándo sucederá de nuevo?

—No puedes saberlo.

—Es que no quiero volver a matar a un humano —agregó ella—. Jamás.

—No tienes que hacerlo; puedes alimentarte de animales.

—¿Y qué pasará si el hambre me ataca mientras estoy atrapada en algún lugar?

—Vas a tener que aprender a controlarla. Se necesita práctica y fuerza de voluntad; no es sencillo pero sí posible. Tú puedes llegar a dominarla, todos los vampiros pasan por eso.

Caitlin pensó en lo que sería capturar a un animal vivo y alimentarse de él. Sabía que ahora era mucho más rápida de lo que había sido jamás, pero no estaba segura de que eso fuera suficiente para cazar. Además, ni siquiera se creía capaz de cazar un venado.

Volteó a ver a Caleb.

—¿Tú me enseñarás? —le preguntó esperanzada.

Él le correspondió la mirada y ella volvió a sentir que su corazón se aceleraba.

—La alimentación es algo sagrado en nuestra raza, es una actividad que siempre se debe llevar a cabo a solas —le dijo con suavidad en un tono de disculpa.

—A menos de que...

—¿A menos de que qué? —le preguntó.

—En las ceremonias matrimoniales, cuando se une a los cónyuges.

Caleb volteó hacia otro lado y Caitlin percibió un cambio en su humor. Por otra parte, a ella le corrió la sangre con prisa hasta las mejillas, y de repente, creyó que la temperatura del lugar, subía.

La chica decidió cambiar el tema. No estaba hambrienta en ese momento, por lo que pensó que podría enfrentar ese problema cuando se presentara. Sólo deseaba que Caleb estuviera a su lado entonces.

Además, muy en el fondo, ni siquiera le importaba mucho alimentarse; tampoco los vampiros ni las espadas. Lo que en realidad quería era saber más sobre él. O, en realidad, lo que sentía por ella. Tenía muchas preguntas que quería hacerle. *¿Por qué arriesgaste todo por mí?, ¿fue sólo para encontrar la espada o hubo algo más?, ¿seguirás a mi lado después de que la encuentres? Está prohibido tener un romance con una humana, ¿te atreverías a romper esa regla por mí?*

Pero como tenía miedo, lo único que dijo, fue:

—Espero que encuentres tu espada.

Qué tonta, pensó, ¿eso fue lo más interesante que pudiste decir?, ¿qué nunca vas a tener el valor para expresar lo que realmente piensas?

Pero la energía de Caleb era demasiado intensa y a ella le costaba trabajo pensar con claridad siempre que él estaba cerca.

—Yo también —contestó Caleb—. Es un arma muy especial; nuestra raza la ha codiciado durante siglos. Corren rumores de que es el ejemplo más fino que jamás se forjó, de una espada turca, y que está fabricada con un metal que puede matar a cualquier vampiro. Seríamos invencibles si la consiguiéramos, pero si no...

Fue bajando el volumen de su voz. Al parecer, temía enunciar las consecuencias.

Caitlin deseó que Sam estuviera ahí, que pudiera ayudarlos a encontrar a su padre. Volvió a escudriñar el establo pero no vio rastros recientes de él. Otra vez deseó no haber perdido el celular en el camino; le habría hecho la vida mucho más sencilla.

—Sam solía venir a dormir a este establo con frecuencia —dijo. Creí que lo encontraríamos aquí. A pesar de todo, ahora estoy segura de que sí se encuentra en este pueblo. No iría a otro lugar. Mañana iremos a la escuela y hablaré con mis amigos para averiguar dónde está.

Caleb asintió.

—¿Crees que ya sabe en dónde está tu padre? —le preguntó.

—No... lo sé —contestó ella. Pero él tiene más información al respecto que yo. Lo ha tratado de encontrar desde siempre. Si alguien sabe algo sobre mi padre, es Sam.

Caitlin recordó todas aquellas ocasiones que había pasado con Sam. Él se la pasaba investigando, mostrándole nuevas pistas y desilusionándose. Sucedió lo mismo cada noche que subía a su habitación y se sentaba en el borde de la cama. El deseo que Sam tenía de ver a su padre se había vuelto abrumador; era como si un ser vivo se hubiera apoderado de él. A pesar de que Caitlin también tenía mucha curiosidad, ésta no igualaba a la de Sam. Por alguna razón, le había sido muy difícil ver a su hermano tan decepcionado.

También recordó la desordenada infancia que tuvieron y todo de lo que les había hecho falta vivir. De pronto, la emoción se apoderó de ella y las lágrimas comenzaron a fluir de sus ojos. Apenada, las secó con rapidez. Esperaba que Caleb no lo hubiese notado.

Pero sí lo hizo; la observó con intensidad. Luego se levantó lentamente y se sentó junto a ella. Estaba tan cerca que Caitlin percibió su energía; fue algo muy profundo e hizo que su corazón latiera con fuerza.

Caleb recorrió con ternura el cabello de Caitlin con su dedo, y le retiró algunos mechones del rostro. Luego dibujó el contorno de su ojo hasta llegar a la mejilla.

Caitlin permaneció inmóvil. Sentía sobre sí la mirada de Caleb, pero no se atrevía a verlo de frente.

—No te preocupes —la tranquilizó con su voz suave y profunda—. Encontraremos a tu padre, lo haremos juntos.

Pero lo que a ella le preocupaba no era su padre, sino él, Caleb. Quería saber cuándo la abandonaría.

Se preguntaba si, de tenerla cerca, la besaría. Se moría por sentir el toque de sus labios.

Pero temía voltear a donde él estaba.

Sintió que pasaron horas antes de que lograra reunir el valor para hacerlo.

Y cuando lo hizo, él ya no estaba cerca. Se había reclinado con suavidad contra el heno y ahora tenía los ojos cerrados. Estaba dormido con una tenue sonrisa en el rostro alumbrado por la luz que el fuego brindaba.

Caitlin se deslizó hasta estar cerca de él, se echó para atrás y dejó que su cabeza reposara a unos cuantos centímetros del hombro de Caleb. Estaban a punto de tocarse.

Ese “a punto” era suficiente para ella.

OceanofPDF.com

DOS

Caitlin deslizó la puerta del establo y entrecerró los ojos para ver al mundo cubierto de nieve. La blanca luz del sol se reflejaba en todo. Se cubrió los ojos con las manos porque sintió un dolor que jamás había experimentado antes. La luz la estaba matando.

Caleb salió y se paró a su lado. Estaba terminando de cubrir sus brazos y cuello con un material muy ligero. Se parecía al plástico con el que se envuelven los alimentos, pero en este caso, la textura parecía disolverse al contacto con su piel. Era imposible asegurar que hubiera algo ahí.

—¿Qué es eso?

—Cubierta de piel —le dijo mientras continuaba envolviéndose los brazos y hombros—. Es lo que nos permite salir durante el día. Si no la tuviéramos, nos quemaríamos— Volteó a ver a Caitlin—. Pero tú no la necesitas... aún.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Créeme —contestó con una sonrisa—, ya nos habríamos dado cuenta.

Luego metió la mano a su bolsillo y sacó un frasquito de gotas. Se echó hacia atrás y se puso varias en cada ojo. Volteó y la miró.

Seguramente se dio cuenta de que a ella le dolían los ojos porque, con mucho cuidado le puso la mano en la frente y presionó hacia atrás.

—Reclínate —le dijo.

Ella se hizo hacia atrás.

—Abre los ojos.

Cuando Caitlin los abrió, él dejó caer una gota en cada ojo.

Le quemaron horriblemente. Cerró los párpados y bajó la cabeza.

—¡Ay! —se quejó y continuó tallándose—. Si estás molesto conmigo, mejor sólo dímelo.

Caleb sonrió.

—Lo siento. Al principio queman, pero ya te acostumbrarás. En unos segundos perderás la sensibilidad y dejará de doler.

Caitlin parpadeó y siguió tallándose. Después de un rato miró hacia arriba y volvió a sentirse bien. Tenía razón, el dolor había desaparecido.

—Si no hay alguna razón de peso, la mayoría de los vampiros no se atreve a salir durante el día. Somos más vulnerables que en la noche. El problema es que a veces es necesario hacerlo.

Volvió a mirarla.

—¿Queda muy lejos la escuela de Sam? —preguntó Caleb.

—Sólo tenemos que caminar un poco —contestó ella al mismo tiempo que lo tomaba del brazo y lo conducía por el césped cubierto de nieve—. Es la preparatoria Oakville. Yo también estudiaba ahí hasta hace unas semanas. Alguno de mis amigos debe saber en dónde se encuentra Sam.

*

La preparatoria Oakville lucía exactamente como Caitlin la recordaba. Parecía un sueño estar de vuelta. Al ver el edificio sintió como si sólo hubiera tomado unas breves vacaciones y ahora estuviera regresando a su vida normal. Por un segundo, incluso creyó que todo lo que había sucedido en las semanas recientes, era tan sólo parte de un sueño demencial. Se permitió fantasear y creer que todo estaba volviendo a la normalidad, que todo sería igual otra vez. Era una sensación agradable.

Pero cuando giró y vio a Caleb, supo que todo había cambiado, y si acaso había algo más irreal que volver a su pueblo, era haberlo hecho con Caleb a su lado. Entraría a su antigua escuela acompañada de un hombre guapo de más de más de un metro ochenta, con hombros amplios y vestido completamente de negro. El cuello alto de su gabardina negra le cubría el cuello y se escondía un poco detrás de su largo cabello. Parecía recién salido de la portada de alguna de esas populares revistas para adolescentes.

Caitlin imaginó la reacción que tendrían las otras chicas cuando la vieran con él y sonrió. Nunca había sido muy popular que digamos y los chicos jamás le prestaron mucha atención. Tampoco podía decir que fuera una marginada porque, en realidad, tenía varios buenos amigos. En general, nunca fue el alma de las fiestas; supuso que le gustaba permanecer en un punto medio. Por otra parte, recordaba que algunas de las chicas más populares la habían despreciado. Eran de aquellas que siempre andan en grupo, que caminan por los pasillos con su naricita respingada e ignoran a cualquiera que no sea tan perfecto como ellas. Tal vez ahora, la notarían.

Caitlin y Caleb subieron por las escaleras y cruzaron las amplias puertas de vaivén que estaban a la entrada de la escuela. Ella miró el enorme reloj. 8:30. Perfecto. Los estudiantes estaban a punto de salir de la primera clase y comenzarían a llenar los pasillos en cualquier momento. Eso les ayudaría a pasar un poco desapercibidos, y así, ella no tendría que preocuparse por la seguridad o por conseguir un pase.

La campana sonó a tiempo, y en unos segundos, los pasillos comenzaron a llenarse.

Lo bueno de Oakville era que no se parecía en nada a la espantosa preparatoria de Nueva York. Aquí, aunque los pasillos estuvieran llenos de gente, siempre quedaba bastante espacio para maniobrar. En todas las paredes había grandes ventanales que permitían ver el cielo y dejaban entrar la luz. Además, había árboles en casi todos lados. Eso era casi todo lo que bastaba para extrañarla. Casi.

Pero Caitlin ya estaba harta de la escuela. Técnicamente le faltaban sólo unos cuantos meses para graduarse, pero le parecía obvio que, en las semanas recientes, su educación había sido mucho más intensa de lo que habría sido si se hubiera quedado sentada unos meses más a esperar que le dieran un certificado. Le encantaba aprender, pero la idea de no volver nunca más a la escuela, le agradaba todavía más.

Caminaron por el pasillo y Caitlin trató de detectar algún rostro conocido. Sin embargo casi todos los estudiantes eran de los primeros grados y le fue imposible encontrar a alguno de los muchachos mayores. Por otra parte, le sorprendió ver la reacción de todas las chicas: prácticamente todas voltearon a ver a Caleb, y ninguna hizo el intento de ocultar su interés o, siquiera, de mirar en otra dirección. Era increíble. Era como si paseara con Justin Bieber por la escuela.

En ese momento, Caitlin volteó hacia atrás y se dio cuenta de que todas las chicas se habían detenido y no dejaban de contemplar a su acompañante. Algunas incluso murmuraban entre ellas.

Volteó de nuevo para verlo a él y se preguntó si se habría dado cuenta. De ser así, no mostraba ninguna señal y, además, parecía no importarle.

—¿Caitlin? —se escuchó la voz de una chica evidentemente conmovida. Caitlin volteó y vio a Luisa. Era una chica que había sido su amiga antes de que se mudara.

—¡Oh, Dios mío! —añadió Luisa con emoción y se arrojó con los brazos abiertos para darle un gran abrazo. Antes de que Caitlin pudiera reaccionar, ya tenía a su vieja amiga encima y tuvo que corresponder el gesto. Era agradable ver un rostro conocido.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Luisa hablando a toda velocidad. Su acento latino se hizo evidente; había llegado de Puerto Rico apenas unos años antes.

—¡Estoy muy confundida! ¿No te habías mudado? Te envié mensajes de textos y correos electrónicos pero nunca me respondiste.

—Lo lamento —dijo Caitlin—. Perdí mi teléfono y no he tenido la oportunidad de usar una computadora, y además...

Luisa no estaba escuchando. Acababa de notar a Caleb y se había quedado contemplándolo embelesada. Estaba boquiabierta.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó al fin, casi en un murmullo. Caitlin sonrió; jamás había visto tan nerviosa a su amiga.

—Luisa, te presento a Caleb —dijo.

—Es un placer —agregó Caleb sonriendo con la mano extendida.

Luisa sólo continuó mirándolo. Levantó la mano poco a poco; estaba aturdida y, obviamente, demasiado sorprendida para hablar.

Miró a su amiga sin comprender cómo había podido ligarse a un chico así. La veía de una manera distinta, casi como si no la reconociera.

—Um... —comenzó Luisa a decir con los ojos bien abiertos— um... y... como que... y ustedes, eh, ¿dónde se conocieron?

Caitlin se quedó pensando un momento cómo respondería a esa pregunta. Imaginó que le decía a Luisa toda la verdad, y la mera idea la hizo sonreír. No, no funcionaría.

—Nos conocimos después de un concierto —dijo Caitlin.

De cierta forma era verdad.

—Ay, Dios mío, ¿cuál concierto?, ¿en la ciudad?, ¡¿el de los Black Eyed Peas?! —preguntó con premura— ¡Qué envidia! ¡Me muero por verlos!

Caitlin sonrió al imaginar a Caleb en un concierto de rock. Por alguna razón le parecía imposible que eso llegara a suceder.

—No... no exactamente —añadió Caitlin—. Escucha, Luisa, disculpa que te interrumpa pero tengo poco tiempo. Necesito saber en dónde está Sam. ¿Lo has visto?

—Por supuesto, todo mundo lo ha visto. Volvió la semana pasada; se veía muy raro. Le pregunté en dónde estabas y cuáles eran sus planes, pero no me dijo nada. Tal vez se está quedando en ese establo que tanto le gusta.

—No, no está ahí —dijo Caitlin—. Ya fuimos a buscarlo.

—¿En serio? Lo siento, entonces no sé. Como está en otro grado, en realidad casi no nos vemos. ¿Ya trataste de enviarle un correo? Siempre está en Facebook.

—Es que no tengo mi teléfono —comenzó a explicar Caitlin.

—Toma el mío —la interrumpió Luisa. Y antes de que terminara la frase, la chica le había puesto el celular a Caitlin en la mano.

—Ya está abierto Facebook, sólo ingresa y envía el mensaje.

Claro, pensó Caitlin. *¿Por qué no se me ocurrió eso antes?*

Entró a Facebook, escribió el nombre de usuario de Sam en el campo de búsqueda, fue a su perfil y eligió el botón para enviar mensajes. Al principio vaciló porque no sabía exactamente qué escribir, pero luego, comenzó. “Sam, soy yo, estoy en el establo, ven a buscarme de inmediato.

Pulsó *Enviar* y le devolvió el celular a Luisa.

Entonces escuchó barullo y volteó.

Un grupo de las chicas más populares del último grado venían caminando por el pasillo directamente hacia ellos. Todas murmuraban y no dejaban de ver a Caleb.

Caitlin sintió que la embargaba una nueva emoción: celos. En los ojos de aquellas chicas que nunca antes le habían prestado atención, podía ver que ahora estarían encantadas de robarle a Caleb en un instante. Eran el tipo de mujeres que podía influir sobre cualquiera en la escuela; sabían que podían tener a cualquier muchacho que desearan. No importaba si ya andaba con alguien o no. Lo único que te quedaba por hacer era cruzar los dedos para que no se fijaran en *tu* novio.

Y ahora, todas tenían la mirada fija en Caleb.

Caitlin esperaba, no, más bien pedía al cielo que Caleb fuera inmune a sus poderes; que siguiera interesado en ella. Pero mientras más lo pensaba, más dudaba que lo hiciera. Ella era común y corriente, así que, ¿por qué habría de quedarse a su lado, cuando chicas como aquellas se morían por tenerlo?

Oró en silencio para que el grupito se siguiera de largo, por una vez en la vida.

Pero, claro, no fue así. El corazón le palpitó con fuerza cuando se detuvieron y se dirigieron a ellos.

—Hola, Caitlin —le dijo una de las chicas con un falso tono amistoso.

Tiffany. Alta, cabello lacio y rubio, ojos azules, delgada como popote. Vestida con ropa de diseñador de pies a cabeza.

—¿Quién es tu amigo?

—Caitlin no sabía qué decir. Tiffany y sus amigas nunca le habían dirigido la palabra; antes, ni siquiera volteaban a verla. Le impactó darse cuenta de que sabían de su existencia y hasta conocían su nombre. Y ahora, querían entablar una conversación. Por supuesto, sabía bien que no tenía nada que

ver con ella. Querían a Caleb. Lo suficiente para descender de sus tronos y hablar con ella.

Y eso no le daba buena espina.

Seguramente Caleb se dio cuenta de la incomodidad de Caitlin porque se acercó más a ella y la abrazó.

Jamás se había sentido tan agradecida con alguien por tener un gesto así.

Armada de una confianza recién descubierta, Caitlin habló.

—Caleb —dijo respondiendo a la pregunta de Tiffany.

—Y... ¿qué están haciendo por aquí, chicos? —preguntó otra de ellas. Era Bunny, la versión morena de Tiffany—. Pensé que te habías ido o algo así.

—Pues ya regresé —añadió Caitlin.

—¿Entonces tú, eres nuevo aquí? —le preguntó Tiffany a Caleb— ¿Estás en último año?

Él sonrió.

—Sí, soy nuevo aquí —respondió con algo de misterio.

Los ojos de Tiffany se iluminaron porque creyó que Caleb se refería a la escuela.

—Genial —dijo—. Esta noche habrá una fiesta; tal vez quieras venir. Es en mi casa. Sólo será una reunión entre amigos y nos encantaría que fueras. Y... eh, bueno, supongo que tú también estás invitada —dijo Tiffany mirando a Caitlin, quien sintió cómo crecía la furia en su interior.

—Les agradezco la invitación, señoritas —dijo Caleb—, pero temo informarles que Caitlin y yo ya tenemos un compromiso muy importante para esta noche.

El corazón de Caitlin estaba a punto de estallar.

Victoria.

Nunca antes se sintió tan validada como cuando vio que la ilusión en el rostro de las chicas se desplomaba; una por una, como fichas de dominó.

Entonces, todas respingaron la nariz y se escabulleron.

Caitlin, Caleb y Luisa se quedaron solos. Caitlin pudo respirar al fin.

—¡Dios mío! —dijo Luisa— Esas chicas no le hablan a nadie que no consideren de su nivel y tampoco invitan a cualquiera a sus fiestas.

—Lo sé —dijo Caitlin, quien todavía no se recuperaba del impacto.

—¡Caitlin! —dijo de repente Luisa jalándola del brazo— Acabo de recordar. Susan; ella mencionó algo sobre Sam la semana pasada. Dijo que se estaba quedando con la familia Coleman. Lo siento, acabo de recordarlo, tal vez te sea de ayuda.

Con los Coleman, claro, ahí lo encontraría.

—Además —continuó Luisa apresuradamente— esta noche nos vamos a reunir todos en la casa de los Frank. ¡Tienes que venir! Te extrañamos mucho. Ah, y por supuesto, lleva a Caleb; va a ser una fiesta genial y asistirá la mitad del grupo. *Tienes* que estar ahí.

—Pues... no lo sé.

La campana volvió a sonar.

—¡Debo irme! Me da mucho gusto que hayas vuelto; te quiero. Llámame, ¡Bye! —dijo Luisa; luego se despidió de Caleb, dio la vuelta y se fue corriendo por el pasillo.

Caitlin se dio el lujo de imaginar que volvía a su vida normal, que salía con todos sus amigos, iba a fiestas, estudiaba en la escuela como siempre, y estaba a punto de graduarse. Le gustaba esa sensación. Durante un momento se esforzó mucho por sacar de su mente todos los sucesos de la semana anterior. Imaginó que nada había sucedido.

Pero luego volteó y vio a Caleb, y entonces, la realidad volvió a apoderarse de ella. Su vida había cambiado para siempre y nunca podría ser igual de nuevo. Era algo que, sencillamente, tendría que aceptar.

Y eso, sin mencionar el hecho de que había asesinado a alguien, que la policía la buscaba y que sólo era cuestión de tiempo antes de que la atraparan en algún lugar. O el hecho de que una raza completa de vampiros la estaba cazando para matarla. O que la espada que buscaba podría salvar a muchas personas.

Definitivamente la vida ya no era lo que solía ser y nunca habría marcha atrás. La única opción que le quedaba era aceptar su realidad del presente.

Caitlin tomó del brazo a Caleb y lo condujo hasta las puertas del frente. Los Coleman. Sabía dónde vivían, y además, era lógico que Sam estuviera quedándose con ellos. Si no estaba en la escuela en ese momento, probablemente estaría en la casa de aquella familia. Ahí era adonde tendrían que ir a buscar a su hermano.

Salieron de la escuela y percibieron de inmediato el aire fresco. Caitlin se maravilló de lo bien que se sentía salir caminando de la preparatoria una vez más, y esta vez, para siempre.

*

Caitlin y Caleb atravesaron el jardín de los Coleman; la nieve crujía bajo sus pies. La casa no era muy imponente; en realidad, era un modesto rancho junto a una carretera rural. Pero detrás de la construcción principal, al fondo de la propiedad, había un establo. Sobre el césped, Caitlin vio estacionadas en desorden varias camionetas viejas, así como huellas en el hielo y la nieve; entonces supo que, poco antes, hubo mucho movimiento para entrar al establo.

Eso era lo que hacían los chicos en Oakville: pasaban el rato en los establos de otras familias. Oakville era una comunidad rural pero también suburbana, lo cual les brindaba a los jóvenes la oportunidad de quedarse en algún lugar suficientemente alejado de la casa de sus padres para que estos no se enteraran o no les importara lo que sus hijos hacían. El establo era mucho mejor que ocultarse en un sótano porque, además, tus padres no se enteraban de nada, y tenías tu propia entrada. Y salida.

Caitlin respiró hondo, se dirigió al establo y deslizó la pesada puerta de madera.

Lo primero que percibió fue el olor. Era mariguana. Las nubes de humo cubrían el aire.

A eso, había que sumar el aroma a cerveza rancia. Demasiada.

Pero lo que más le impactó, fue el hedor que percibió de un animal. Sus sentidos se habían desarrollado tanto, que la presencia del aquel ser, los invadió por completo. Fue como si hubiera inhalado amoníaco.

Caitlin volteó a su lado derecho y enfocó la mirada. En la esquina había un Rottweiler grande que se sentó lentamente, la miró y le gruñó. El gruñido se tornó en un grave sonido gutural. Ahora lo recordaba. Era Butch, el nefasto perro de los Coleman. Como si una familia así de desastrosa, necesitara un siniestro animal que se sumara a la foto.

Los Coleman siempre habían sido problemáticos. Eran tres hermanos de 17, 15 y 13 años. En algún momento, Sam se había hecho amigo de Gabe, el hermano de en medio. Cada uno era peor que el siguiente. Su padre los había abandonado tiempo atrás para irse Dios sabe a dónde. Su madre nunca los cuidaba. Se podría decir que se criaron solos. A pesar de sus edades, siempre estaban borrachos, drogados o de pinta.

A Caitlin le molestaba que Sam se juntara con ellos; era una amistad que no podría aportarle nada bueno.

Se escuchaba música en el fondo. Era Pink Floyd. *Wish You Were Here*.

Gente, pensó Caitlin.

A pesar de que afuera era un día muy lindo, dentro del establo estaba muy oscuro. Le llevó algo de tiempo acostumbrarse a la poca luz.

Ahí estaba Sam, sentado en medio de un sofá viejo y rodeado de unos doce muchachos. Tenía a Gabe de un lado y a Brock del otro.

Estaba agachado sobre una pipa de agua. Estaba terminando de inhalar; soltó la pipa, se echó hacia atrás y contuvo el aliento para dar el golpe. Fue demasiado tiempo, al final, exhaló.

Gabe lo estaba filmando. Sam volteó hacia arriba y fijó la borrosa mirada en Caitlin. Tenía los ojos rojos.

Un espantoso dolor le atravesó el estómago a la chica. Eso iba más allá de la desilusión. Pensó que todo era su culpa y recordó la última vez que se vieron en Nueva York, el día que discutieron. Pensó en la brusquedad de sus últimas palabras: *¡Entonces vete!*, le había gritado. ¿Por qué tenía que decir cosas así?, ¿por qué no había tenido la oportunidad de retractarse?

Ahora era demasiado tarde. Si hubiera elegido otras palabras, tal vez las cosas serían distintas en ese momento.

También estaba furiosa. Con los Coleman, con todos los chicos en aquel establo que estaban sentados en sofás viejos, sillas y pacas de heno; fumando y bebiendo, tirando sus vidas a la basura. Tenían la libertad de hacerlo, pero no de arrastrar a Sam con ellos. Él era mejor persona, sólo le había hecho falta una guía. Nunca tuvo una imagen paterna ni recibió amor de su madre. Era un gran chico y ella sabía que podría ser el mejor de su clase si tan sólo hubiera tenido la oportunidad de vivir en un hogar medianamente estable. Pero llegó a un punto del que ya no pudo volver. Todo había dejado de importarle.

Caitlin dio varios pasos hacia él.

—¿Sam? —preguntó.

Él la contempló sin decir una sola palabra.

Era difícil definir lo que había en su mirada. ¿Eran las drogas?, ¿estaba fingiendo indiferencia?, ¿o en verdad no le importaba nada?

La apatía en su rostro fue lo que la lastimó más que nada. Había imaginado que estaría feliz al verla, que se levantaría y le daría un gran abrazo. Pero no se esperaba nada de esto; de la indiferencia. Era como si fueran desconocidos. ¿Estaría actuando para verse *cool* frente a sus amigos?, ¿o tal vez ella lo había arruinado todo y para siempre?

Pasaron varios segundos y luego Sam desvió la mirada. Le pasó la pipa a uno de los otros muchachos y se ignoró a su hermana.

—¡Sam! —dijo Caitlin con más fuerza. Tenía las mejillas encendidas por el enojo— ¡Te estoy hablando!

Escuchó las risas de sus amigos los perdedores y sintió que la ira le invadía el cuerpo. También percibió algo nuevo dentro de sí; era un instinto animal. El enojo estaba llegando a tal punto de ebullición, que, en unos minutos más, sería incontrolable. Entonces le dio miedo pensar que estaba a punto de cruzar la línea. Ya no era algo humano sino animal.

Aquellos chicos eran muy corpulentos, pero el poder que ahora corría por sus venas le indicó que podría acabar con cualquiera de ellos en un instante. Le estaba costando demasiado trabajo contener la furia, pero esperaba tener la fuerza suficiente para hacerlo.

En ese momento, el Rottweiler contuvo el gruñido y comenzó a acercarse a ella poco a poco. Era como si hubiera sentido que algo se avecinaba.

Entonces Caitlin notó que alguien le tocaba el hombro con suavidad. Era Caleb; seguía ahí. Se había dado cuenta de que estaba punto de perder el control; era el instinto animal que existía entre ambos. Trató de apaciguarla, le dijo que se calmara, que contuviera sus deseos. Su presencia reconfortó a la chica, pero no fue fácil.

Sam volteó a verla. Había un aire de desafío en su mirada, seguía molesto. Era obvio.

—¿Qué quieres? —le preguntó con brusquedad.

—¿Por qué no estás en la escuela? —fue lo primero que ella se escuchó decir. No estaba segura de por qué lo había preguntado, en particular, habiendo tantas otras cosas que deseaba saber. Pero el instinto maternal surgió y eso fue lo único que se le ocurrió decir.

Más risitas. El enojo de Caitlin aumentó.

—¿Y a ti qué te importa? —contestó Sam— ¿Me dijiste que me fuera?

—Lo siento —dijo ella—, no quise hacerlo.

Le dio gusto tener la oportunidad de decirlo.

Pero eso no pareció convencerlo. Siguió mirándola.

—Sam, necesito hablar contigo en privado —agregó Caitlin.

Quería sacarlo de aquel ambiente y llevarlo a tomar aire fresco para estar solos, a algún lugar en donde pudieran hablar de verdad. No sólo quería saber sobre su padre, también quería hablar con él como solían hacerlo. Quería darle la noticia sobre la muerte de su madre. Con delicadeza.

Pero se dio cuenta de que las cosas no podrían ser así. Todo se desplomaba en una espiral interminable. La energía que había en aquel oscuro establo

era demasiado maligna y violenta. Ella estaba a punto de perder el control porque, a pesar de la mano de Caleb, no sería capaz de contener lo que se estaba apoderando de su ser.

—Ya estoy instalado aquí —dijo Sam.

Una vez más, Caitlin escuchó las risas de los muchachos.

—¿Por qué no te relajas? —le preguntó uno de ellos— Estás demasiado tensa; ven, siéntate y date un toque.

El chico le ofreció la pipa de agua.

Ella volteó y lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué no te metes esa pipa por el trasero? —dijo, rechinando los dientes.

Los demás interrumpieron la conversación con comentarios molestos.

—¡Auch, ZAPE! —gritó uno de ellos.

El muchacho que le había ofrecido la pipa era un tipo grande y musculoso a quien, Caitlin sabía, habían echado del equipo de futbol americano. Se puso de pie. Estaba rojo del coraje.

—¿Qué me dijiste, perra? —dijo.

Ella miró hacia arriba. Era mucho más alto de lo que recordaba; medía casi dos metros. Caleb estrujó su hombro, pero ella no sabía si era porque la instaba a conservar la calma o porque él también estaba alerta.

El ambiente del lugar se tensó muchísimo.

El Rottweiler se acercó más; ahora estaba a sólo unos treinta centímetros de distancia y gruñía como loco.

—Relájate, Jimbo —le dijo Sam al jugador de americano.

Ahí estaba Sam, el protector. A pesar de todo, la protegía a ella.

—Caitlin es como un dolor de muelas pero estoy seguro de que no quiso decir eso. Además, no deja de ser mi hermana. Sólo cálmate.

—¡Claro que quise decir eso! —gritó Caitlin, más enojada que nunca— ¿Ustedes creen que son muy *cool* porque drogaron a mi hermano? Son sólo un montón de perdedores que no se dirige a ningún lado. Si quieren echar a perder sus vidas, adelante, ¡pero no involucren a Sam!

Como si fuera posible, Jim se enojó aún más y dio unos cuantos pasos amenazantes hacia ella.

—Vaya, vean quién es. La señorita maestra, señorita mamá que vino a decirnos qué hacer.

Se escuchó un coro de risas.

—¿Por qué tú y tu noviecito de juguete no vienen aquí a darme mi merecido?

Jimbo dio un paso más y empujó a Caitlin con su enorme mano que más bien parecía pata de felino.

Mala idea.

La ira estalló dentro de la chica y le fue imposible controlarla. En cuanto Jimbo la tocó, ella se movió a toda velocidad, lo sujetó de la muñeca y se la torció hacia atrás. Sólo se escuchó un escandaloso crujido, como si se la hubiera fracturado.

Luego, Caitlin lo giro, le puso la muñeca en lo alto de la espalda, y lo empujó de cara hasta el suelo.

En menos de un segundo, estaba tirado bocabajo sobre la tierra, y sin poder incorporarse. Ella dio un paso, le puso el pie en el cuello y lo mantuvo pegado al suelo con firmeza.

El chico gritó de dolor.

—¿Dios mío, mi muñeca, mi muñeca! ¡Maldita perra! ¡Me rompió la muñeca!

Sam se puso de pie como todos los demás y miró impactado a Jimbo. No lo podía creer. No tenía idea de cómo, su hermanita, había podido someter de esa forma a un tipo tan grande.

—Ofréceme una disculpa —le gruñó Caitlin a Jimbo. A ella misma le asustaba el gutural y animalesco sonido de su voz.

—¿Lo siento, lo siento! ¡Lo siento! —gritó Jimbo lloriqueando.

Caitlin sólo quería dejarlo ir y terminar con ese asunto, pero había algo en ella que no se lo permitía. La ira la había invadido de forma muy inesperada y con demasiada fuerza. No podía terminar con todo así nada más. En su interior, el enojo seguía fluyendo, creciendo. Quería matar a aquel chico. Era ridículo pero en verdad quería hacerlo.

—¿Caitlin! —gritó Sam; y ella percibió el miedo en su voz —¿Por favor!

Pero Caitlin no podía ceder; en verdad iba a asesinar al muchacho.

En ese momento escuchó un gruñido, y por el rabillo del ojo, alcanzó a ver al perro. De pronto dio un enorme salto con la boca abierta y los colmillos preparados para morderle el cuello.

Ella reaccionó de inmediato. Soltó a Jimbo, y con un solo movimiento, atrapó al perro en el aire. Lo cargó, lo sujetó del vientre y lo aventó.

El animal salió volando a tres, a seis metros de distancia. Lo arrojó con tal fuerza que surcó el lugar y atravesó la pared del establo. Al golpear con

ella, la madera crujió, y volaron astillas por todas partes; el perro aulló y salió despedido hasta el otro lado.

Todo mundo miró a Caitlin en silencio. Nadie era capaz de asimilar lo que acababan de presenciar. Había sido, obviamente, un acto de fuerza y velocidad sobrehumanas, y no existía explicación viable para justificarlo. Se quedaron boquiabiertos.

A Caitlin le abrumaron sus sentimientos. Emoción, ira, tristeza. Ya no sabía lo que sentía y, además, no podía confiar en ella misma. Le era imposible hablar. Tenía que salir de ahí. Sabía que Sam no la acompañaría porque era una persona muy diferente ahora.

Y ella, también.

OceanofPDF.com

TRES

Caitlin y Caleb caminaron sin prisa a lo largo de la ribera. Ese lado del río Hudson estaba descuidado; contaminado por las fábricas abandonadas y los depósitos de combustible para los que ya no había uso. Era una zona desolada pero tranquila. Caitlin se asomó al río y vio enormes trozos de hielo que se resquebrajaban ese día de marzo y fluían con la corriente. Su delicado y sutil crujido, llenaba el aire. La imagen de los trozos era sobrenatural y reflejaba la luz de una manera muy peculiar, como el paciente rocío lo hace sobre la rosa. De pronto anheló caminar hasta uno de aquellos bloques de hielo, sentarse en él y permitir que la llevara a donde éste quisiera.

Caitlin y Caleb continuaron en silencio; cada uno en su propio mundo. Ella estaba avergonzada por haber hecho gala de tanta furia; le apenaba haber perder los estribos y mostrarse así de violenta.

También le apenaba que su hermano hubiera actuado de aquella forma, que estuviera con ese montón de perdedores. Nunca lo había visto actuar así. Habría querido ahorrarle a Caleb la pena de presenciar aquello. No fue el mejor momento para presentarle a la familia; seguramente la opinión que ahora tenía acerca de ella, era muy mala, y eso era lo que más le afectaba.

Aún peor: tenía miedo de pensar a dónde irían después de lo sucedido. Sam había sido su mayor esperanza en lo que se refería a encontrar a su padre. Y ahora, se había quedado sin ideas; si lo hubiera buscado ella misma, ya habría dado con él desde años atrás. No sabía qué decirle a Caleb. ¿Se iría de su lado? Por supuesto. Ella no le era de utilidad y, además, tenía que encontrar una espada. ¿Qué razón habría para que se quedara?

Caminaron en silencio y Caitlin sintió que el nerviosismo la invadía. Supuso que Caleb sólo esperaba el momento adecuado y que estaba eligiendo las palabras indicadas para avisarle que se iría. Como toda la gente de su vida lo había hecho antes.

—Lo lamento —dijo ella con ternura—. Me apena la forma en que me comporté. Lo siento, perdí el control.

—No te preocupes, no hiciste nada malo. Eres muy poderosa y apenas estás aprendiendo.

—También me siento avergonzada por la forma en que se comportó mi hermano.

Caleb sonrió.

—Si hay algo que he aprendido a través de los siglos, es que no se puede controlar a la familia.

Siguieron caminando en silencio. Caleb volteó hacia el río.

—¿Y entonces? —preguntó Caitlin— ¿Ahora qué?

Se detuvo y la miró.

—¿Te vas a ir? —le preguntó ella vacilante.

Él se veía imbuido en sus pensamientos.

—¿Se te ocurre otro lugar en donde pueda estar tu padre? ¿Recuerdas a alguien que lo haya conocido? ¿Algún dato?

Ya había intentado recordar antes, pero no encontró nada, absolutamente nada. Negó con la cabeza.

—Debe haber *algo* —dijo él con énfasis—. Esfuérzate más. ¿Tienes algún recuerdo?

Caitlin trató de nuevo. Cerró los ojos y deseó recordar con todas sus fuerzas. Ya se había preguntado lo mismo en varias ocasiones. Había soñado tanto con su padre, que ya no distinguía entre los sueños y la realidad. Podía recordar cada una de las ocasiones en que él se le había aparecido mientras dormía. Era siempre el mismo sueño. Caitlin corría por el campo, lo veía a lo lejos y luego él se alejaba a medida que ella se acercaba. Pero no era él en realidad. Era sólo parte de un sueño.

Eran imágenes, recuerdos de cuando era niña, el deseo de haberse ido con él a algún sitio. Era verano, pensó. Recordaba el océano y su profunda calidez. Pero, como siempre, no estaba segura si aquella imagen era real. La línea se desdibujaba cada vez más y no podía recordar con precisión dónde estaba esa playa.

—Lo siento —dijo—. Desearía tener algo, si no por ti, al menos por mí. Pero no es así. No tengo idea de dónde pueda estar ni de cómo encontrarlo. Caleb miró al río. Respiró hondo y observó el hielo. Sus ojos cambiaron de color una vez más; en esta ocasión, se tornaron color gris.

Caitlin creyó que había llegado el momento, que de pronto voltearía y le daría la noticia: se iba porque ella ya no le servía de nada.

Hasta le dieron ganas de inventar algo, una mentira acerca de su padre, algún indicio que le permitiera mantener a Caleb cerca. Pero sabía que eso era algo que no debía hacer.

Estaba a punto de llorar.

—No lo entiendo —dijo él con suavidad mientras contemplaba el río—. Estaba *seguro* de que tú eras la elegida.

Se quedó en silencio. A Caitlin la espera se le hacía eterna.

—Y hay algo más que no comprendo —agregó y volteó a verla; sus grandes ojos eran hipnóticos.

—Cuando estoy contigo, percibo algo. Cierta oscuridad. Con otros, siempre puedo ver lo que hemos compartido, las veces que se han cruzado nuestros caminos en las encarnaciones del pasado; pero contigo, todo tiene un velo encima. No puedo ver y eso nunca me había sucedido antes. Es como si alguien me estuviera impidiendo ver más allá.

—Tal vez no tuvimos un pasado juntos —dijo Caitlin.

Él sacudió la cabeza.

—Eso también lo podría ver. Pero contigo es imposible. Tampoco puedo ver nuestro futuro juntos. Nunca me había sucedido, nunca, en tres mil años. Sin embargo, en el fondo, me parece que te recuerdo, que estoy a punto de verlo todo. Está ahí, en algún lugar de mi mente, pero no fluye. Me está volviendo loco.

—Bien, entonces —dijo Caitlin— tal vez no hay nada. Tal vez sólo tenemos el presente, quizá nunca hubo nada más y tal vez nunca lo habrá.

Se arrepintió de inmediato de lo haber dicho eso. Ahí estaba de nuevo; nada más abría la boca y decía estupideces sin pensarlo. ¿Por qué había tenido que hablar de esa manera? Era precisamente lo contrario de lo que pensaba y sentía. Lo que en realidad había querido expresar, era: *Sí, yo también siento como si hubiera estado contigo por siempre y que seguiremos juntos toda la vida*. Pero no; como siempre, todo tuvo que salirle todo mal. Era porque estaba nerviosa; y lo peor era que ya no había manera de retractarse. A pesar de todo, las palabras de Caitlin no detendrían a Caleb. Se acercó a ella, levantó una mano y la posó con suavidad sobre su mejilla para retirar su cabello. La miró directamente a los ojos y estableció un vínculo demasiado fuerte.

A ella le palpité el corazón y la temperatura comenzó a subirle. Tenía la sensación de haberse perdido.

¿Estaría él tratando de recordar?, ¿se preparaba para decir adiós?

¿O tal vez estaba a punto de besarla?

CUATRO

Si acaso había algo que Kyle odiaba más que a los humanos, era a los políticos. No soportaba sus poses, su hipocresía, su mojigatería. Detestaba esa arrogancia sin fundamentos. La mayoría de ellos había vivido, si acaso, un siglo; él tenía cinco mil años de edad. Por eso le repateaba cuando los políticos hablaban de su “experiencia del pasado”.

Fue el destino lo que lo obligó a interactuar con ellos, a verlos cada noche cuando se levantaba de su sueño y salía a la ciudad a través del edificio del Ayuntamiento. Varios siglos atrás, la Cofradía de Blacktide se había establecido debajo del Ayuntamiento de la ciudad de Nueva York, y además, había mantenido una estrecha relación de trabajo con los políticos. De hecho, la mayor parte de ellos, de los que abarrotaban el lugar, en realidad pertenecía en secreto a su cofradía y ejecutaba sus órdenes por toda la ciudad y el estado. Involucrarse y tener tratos con ellos, era un mal necesario.

Sin embargo, la cantidad de políticos que todavía eran humanos, era suficiente para causarle escalofríos al ambicioso vampiro. No soportaba dejarlos entrar en aquel edificio. En particular le molestaba que se acercaran demasiado a él. Caminó e inclinó su hombro para golpear con fuerza a uno de ellos. “¡Hey! Le gritó el hombre, pero Kyle siguió caminando; rechinó la mandíbula y se dirigió a las enormes puertas abatibles al final del corredor.

Si pudiera, los mataría a todos. Pero no le estaba permitido. Su cofradía aún tenía que rendirle cuentas al Consejo Supremo, y por alguna razón, éste todavía se negaba a terminar con ellos. Estaban esperando el momento indicado para exterminar a la raza humana para siempre. A pesar de ese inconveniente, en la historia de los vampiros se podían encontrar algunos momentos muy bellos en los que tuvieron luz verde y estuvieron muy cerca de actuar. En 1350 en Europa, por ejemplo, alcanzaron un consenso y diseminaron la Peste Negra. Fueron muy buenos tiempos; Kyle sonrió al recordarlos.

Hubo otros momentos bastante afortunados, como la Edad Media, cuando a los vampiros se les permitió hacer la guerra sin cuartel por toda Europa, matar y violar a millones. La sonrisa de Kyle se hizo más amplia. Aquellos fueron algunos de los mejores siglos de su vida.

Pero en los últimos cien años, el Consejo Supremo se había debilitado y convertido en una burla. Era casi como si les temieran a los humanos. La

Segunda Guerra Mundial no había estado nada mal, pero fue un suceso limitado y breve. Kyle deseaba mucho más. Desde entonces no había surgido ninguna plaga importante y tampoco conflictos bélicos genuinos. Daba la impresión de que los vampiros estaban paralizados, temerosos de la forma en que se había incrementado la cantidad y el poder de los seres humanos.

Ahora, las cosas por fin se estaban poniendo en su lugar. Kyle salió pavoneándose por las puertas del frente, bajó los escalones, salió del edificio del Ayuntamiento y caminó con gracia. Avanzó con más ahínco al pensar en el recorrido que realizaría al Puerto de South Street. Ahí le esperaba un cargamento inmenso. Decenas de miles de cajas llenas de peste bubónica intacta y modificada genéticamente. La habían almacenado en Europa los últimos cien años; fue preservada desde la última epidemia y recientemente, modificada para ser resistente a los antibióticos. Ahora le pertenecía a Kyle y podía hacer con ella lo que le viniera en gana. Como desencadenar una nueva guerra en el Continente Americano; su territorio.

Lo recordarían durante los próximos siglos.

Sólo de pensarlo, comenzó a reír en voz alta, pero debido a su expresión facial, aquella risa parecía más un gruñido.

Por supuesto, tendría que reportarle a su Rexius, es decir, al líder de su cofradía, pero ése era sólo un pormenor técnico. En la práctica, sería Kyle quien dirigiría la maniobra. Los miles de vampiros de su propia cofradía y de las comunidades vecinas, tendrían que reportarle a él, y eso lo haría más poderoso que nunca.

Kyle ya sabía cómo propagaría la peste: primero soltaría un cargamento en Penn Station, otro en Grand Central, y el último en Times Square. Todos estarían programados para liberar la peste al mismo tiempo: la hora pico. Eso calentaría bastante el ambiente. Según sus cálculos, la mitad de Manhattan estaría infectada en unos cuantos días, y una semana después, la enfermedad habría atacado a toda la población. Esa peste se propagaba con facilidad porque había sido diseñada para funcionar como los virus de transmisión aérea.

Los patéticos humanos acordonarían la ciudad, por supuesto. Cerrarían los puentes y túneles, así como el tráfico aéreo y fluvial. Eso era exactamente lo que él quería. De esa forma se estarían encerrando para recibir al terror que aún les esperaba. Cuando los humanos estuvieran atrapados y muriendo por la peste, Kyle y sus miles de secuaces desencadenarían una guerra de

vampiros jamás vista antes. En unos cuantos días exterminarían a todos los neoyorquinos.

Y entonces la ciudad les pertenecería. No sólo la parte *subterránea*, sino la de la superficie también. Sería el principio, la llamada para que todas las cofradías, de todas las ciudades, en todos los países, los imitaran. Estados Unidos sería suyo en unas cuantas semanas, o incluso el mundo entero. Y Kyle habría sido el instigador. Lo recordarían como aquél que sacó a la raza de los vampiros del mundo subterráneo para siempre.

Por supuesto que encontrarían la manera de explotar a los humanos que quedaran vivos. Podrían esclavizarlos y almacenarlos en enormes granjas de cultivo; a Kyle le encantaba la idea. Se aseguraría de engordarlos para que, cada vez que a su raza le dieran ganas de comer, contaran con una infinita variedad de alimentos para elegir. Comida madura. Sí, los humanos servían para ser esclavos, y si se les criaba de la manera adecuada, también podían convertirse en un exquisito alimento.

Kyle salivó sólo de imaginarlo. Le esperaban grandes tiempos, y ahora, nada se interpondría en su camino.

Nada, excepto la maldita Cofradía Blanca que se resguardaba bajo Los Claustros. Sí, esos vampiros iban a ser un dolor de cabeza, pero no tendría que ser algo irremediable. Bastaría con encontrar a esa horrible chica, Caitlin; y a Caleb, el traidor renegado. Ellos lo conducirían hasta la espada. Entonces, la Cofradía Blanca quedaría desprotegida y ya nada le impediría destruirla.

Kyle se encendió de furia cuando pensó en aquella estúpida muchachita que se había logrado escapar y lo había dejado en ridículo.

Dio la vuelta en Wall Street, y un transeúnte, un hombre fornido y vestido con un elegante traje, tuvo la mala suerte de toparse con él. Cuando sus caminos se cruzaron, Kyle empujó al peatón en el hombro con toda su fuerza. El hombre cayó un par de metros hacia atrás y se estrelló contra una pared.

Molesto, el hombre gritó:

—Oye, ¿cuál es tu problema?

Pero Kyle lo miró con desprecio y eso bastó para que cambiara su actitud. A pesar de su tamaño, se dio vuelta con rapidez y siguió caminando. Buena decisión.

Haber empujado a aquel hombre hizo que Kyle se sintiera un poco mejor; sin embargo, seguía colérico. Atraparía a la chica y la mataría poco a poco.

Pero aún no había llegado el momento. Primero tenía que aclarar su mente y atender asuntos más importantes; como ir al embarcadero y recibir el cargamento.

Sí. Respiró hondo y, poco a poco, volvió a sonreír. Su pedido estaba a unas cuantas cuabras de distancia.

Sería como su regalo de Navidad.

OceanofPDF.com

CINCO

Sam despertó con una espantosa jaqueca. Abrió un ojo y se dio cuenta de que se había quedado dormido en el suelo del establo, sobre la paja. Hacía frío; ninguno de sus amigos se había tomado la molestia de atizar el fuego la noche anterior porque todos estaban demasiado drogados.

Lo peor era que el lugar seguía dando vueltas. Sam levantó la cabeza, se sacó un trozo de paja de la boca y sintió un espantoso dolor en las sienes. Se había quedado dormido en una mala posición, y ahora el cuello le dolía al moverlo. Se talló los ojos para tratar de quitarse las lagañas, pero no fue sencillo. Realmente se le había pasado la mano la noche anterior. Se acordaba de la pipa de agua. Luego, de que había bebido cerveza; licor de whiskey. Y luego, más cerveza. Después vomitó. Fumó un poco más de mota para estabilizarse, y entonces, perdió el conocimiento en algún momento de la noche. A qué hora o en dónde, era algo que no podía recordar.

Tenía náuseas pero estaba hambriento al mismo tiempo. Le daba la impresión de que podría comerse una pila de *hot-cakes* y una docena de huevos; pero también, de que vomitaría en cuanto terminara de ingerirlos. De hecho, en ese momento supo que estaba a punto de vomitar otra vez.

Trató de poner en orden los detalles que recordaba del día anterior. Había visto a Caitlin, eso era indiscutible. En realidad, eso era lo que lo había vuelto loco. Verla ahí. Verla someter a Jimbo de esa manera. El perro. ¿Qué diablos había sucedido? ¿Todo eso pasó en verdad?

Volteó y vio el agujero en la pared lateral; por ahí había pasado el perro. Sintió de pronto un escalofrío y se dio cuenta de que todo había sido real, sólo que no sabía cómo explicarlo. ¿Y quién era ese tipo que la acompañaba? Aunque estaba demasiado pálido, podría pasar por apoyador de la NFL. Parecía como acabado de salir de *Matrix*. Ni siquiera había podido calcular su edad. Lo más raro de todo era que tenía la sensación de que lo conocía de algún lugar.

Miró alrededor y vio a todos sus amigos. Se habían quedado inconscientes en distintas posiciones y la mayoría roncaba. Recogió su reloj del suelo y vio que eran las once de la mañana. Seguirían durmiendo por un buen rato.

Luego atravesó el establo y tomó una botella de agua. Estaba a punto de beber cuando se fijó bien y se dio cuenta de que estaba llena de colillas de

cigarro. Asqueado, la dejó donde la había encontrado y buscó otra. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver en el piso una jarra de agua medio vacía. La recogió y bebió de ella. No se detuvo hasta que casi se la acababa.

Tenía la garganta muy reseca y el agua lo hizo sentir mejor. Respiró hondo y se tocó una sien con la mano. El establo seguía girando, y además, apestaba. Tenía que salir de ahí.

Sam caminó hasta la puerta y la deslizó para abrirla. El frío aire de la mañana era muy agradable, y por fortuna, el cielo estaba nublado. Aunque no lo suficiente: tuvo que entrecerrar los ojos. El clima no pintaba tan mal; nevaba otra vez. Increíble. Más nieve.

A Sam le fascinaba la nieve, en especial, cuando le daba un buen pretexto para no ir a la escuela. Recordó cuando iba con Caitlin a la cima de la colina y juntos se deslizaban en tobogán casi todo el día.

Pero en la actualidad, casi nunca iba a clases, así que la nieve ya no hacía una gran diferencia. Más bien se había convertido en un tremendo inconveniente.

Metió la mano a su bolsillo y sacó una cajetilla de cigarros arrugada. Se puso uno en la boca y lo encendió.

Sabía que no debía fumar, pero todos sus amigos lo hacían y la presión sobre él era demasiada. Después de un tiempo, dijo, ¿por qué no? Así que comenzó a hacerlo unas semanas antes; ahora hasta había empezado a gustarle. Tosía mucho más y ya le dolía el pecho, pero pensaba, ¿y qué diablos? Sabía que lo mataría, pero de cualquier manera, no se veía viviendo muchos años. Nunca lo hizo. Por alguna razón, la noción de que no duraría más de veinte años, siempre le había rondado la cabeza.

Sus pensamientos comenzaban a aclararse, así que volvió a recordar el día anterior. Caitlin. Se sentía mal por lo que había sucedido con ella, muy mal. En verdad la quería, y mucho. Había ido hasta allá a verlo. ¿Pero por qué siempre le hacía preguntas sobre su padre? ¿O lo habría imaginado?

También le costaba trabajo creer que ella estuviera ahí. Tal vez su madre había armado un escándalo cuando Caitlin también se fue de la casa. Era lo más seguro. Apostaría a que, en ese preciso momento, también estaba haciendo alharaca. Tal vez hasta los estaba buscando a los dos. Pero, por otra parte, quizás no. ¿A quién le importaba? Los había obligado a mudarse tantas veces...

Pero Caitlin. Ella era diferente. No debió haberla tratado de esa forma; debió ser más amable. El problema era que había estado demasiado drogado

en ese momento; de cualquier manera, estaba arrepentido. En el fondo deseaba que las cosas volvieran a ser como antes, sin importar lo que eso significara; y Caitlin representaba para él, lo más cercano a la normalidad que había conocido.

¿Por qué habría vuelto? ¿Se habría mudado a Oakville? Eso sería increíble; tal vez podrían encontrar un lugar para vivir juntos. Sí, entre más pensaba Sam en ello, más le agradaba la idea. Quería hablar con ella.

Sam sacó el celular de prisa y vio una luz roja parpadeando. Oprimió el botón y se dio cuenta que tenía un mensaje nuevo en Facebook. Era de Caitlin; estaba en el viejo establo.

Perfecto, iría de inmediato.

Sam se estacionó y caminó por el terreno hacia el viejo establo. El “viejo establo”; eso era lo único que tenían que decir porque ambos sabían a qué se referían. Era el lugar a donde siempre iban cuando vivían en Oakville. Estaba en la parte trasera de una propiedad en donde había una casa vacía que había estado a la venta durante muchos años. La casa siempre estuvo ahí, desocupada. Pedían demasiado dinero por ella; y por lo que él y Caitlin sabían, nunca había ido alguien a verla.

En la parte trasera de la propiedad, muy al fondo, estaba aquel increíble establo. Ahí solo, completamente disponible. Sam lo descubrió un día y se lo enseñó a Caitlin; a ninguno de los dos le pareció que pasar tiempo ahí causaría algún daño. Además, ambos odiaban la diminuta casa rodante en donde se sentían atrapados con su madre. Una noche se desvelaron hablando y asando malvaviscos en la increíble chimenea del establo; luego, se quedaron dormidos ahí. Después de eso, visitaban el lugar cada vez que podían, en especial cuando su situación se tornaba demasiado pesada en la casa rodante. Al menos le estaban dando algún uso a aquel espacio; después de varios meses, comenzaron a sentir que era el hogar que les pertenecía.

Sam iba dando saltitos por la emoción de volver a ver a Caitlin. Ya casi no le dolía la cabeza gracias al vaso grande de café de Dunkin’ Donuts que se había bebido en el camino. Sabía que no debería manejar porque apenas tenía quince, pero sólo le faltaban un par de años para obtener su licencia y prefería no esperar. Además sabía conducir bien y nunca lo habían detenido. Así que, ¿para qué esperar? Sus amigos le prestaban la camioneta, y para él, bastaba con eso.

Cuando estuvo más cerca del establo, se preguntó si aquel grandulón estaría con ella. Había algo en él que Sam no lograba identificar; y tampoco entendía qué hacía con Caitlin. ¿Serían novios? Ella siempre le contaba todo, ¿cómo era posible que no se lo hubiera mencionado antes?

¿Y por qué estaría ella de repente preguntando acerca de su padre? Sam estaba muy molesto consigo mismo porque, en realidad, sí tenía noticias sobre él. Fue algo que sucedió unos días antes. Por fin obtuvo respuesta de una de las solicitudes que envió en Facebook. Era su padre, en verdad era él. Decía que los extrañaba y que quería verlos. Finalmente, después de todos esos años. Sam le respondió de inmediato y ya habían comenzado a comunicarse otra vez. Su padre quería verlo; a ambos. ¿Por qué no le había dicho eso a Caitlin? Bueno, lo haría ahora.

En su trayecto al establo, escuchó la nieve crujir al pisarla con las botas. Caía por montones del cielo y eso alegró de nuevo. Teniendo a Caitlin cerca, las cosas incluso podrían volver a la normalidad.

Tal vez ella había llegado cuando él estaba más confundido porque ése era el momento adecuado, porque quizá lo ayudaría a salir del bache. Caitlin sabía hacer esas cosas; ésta tal vez era una nueva oportunidad para él.

Metió la mano en el bolsillo para sacar otro cigarro, pero se detuvo. Tal vez las cosas comenzarían a cambiar.

Estrujó la cajetilla y la arrojó al césped. No la necesitaba, él podía ser más fuerte que el vicio.

Abrió la puerta del establo; estaba listo para sorprender a Caitlin y darle un fuerte abrazo. Le ofrecería disculpas. Ella también estaría arrepentida, y entonces, todo volvería a ser maravilloso otra vez.

Pero no había nadie en el establo.

—¿Hola? —gritó Sam a pesar de que sabía que no obtendría una respuesta. Se dio cuenta de que las cenizas en la chimenea estaban feneciendo. Lo más seguro era que hubieran apagado el fuego horas antes. Entonces vio que no había indicios de que aún se estuviera quedando alguien ahí. Caitlin se había ido; probablemente con aquel tipo. ¿Por qué no lo esperó? ¿Por qué no le dio una oportunidad? ¿Por lo menos unas cuantas horas?

Sam sentía como si acabaran de golpearlo en el vientre con toda la fuerza posible. Su propia hermana. Hasta a ella había dejado de importarle.

Tuvo que sentarse un momento. Lo hizo sobre una pila de paja y apoyó la cabeza en sus manos; la jaqueca estaba volviendo. Caitlin lo había hecho,

en serio. Se fue. ¿Se habría ido para siempre? Muy dentro de sí, Sam sabía que así era.

Respiró hondo. Muy bien.

Algo en su interior se endureció. Estaba solo, pero eso sabía manejarlo. Además, no necesitaba de nadie.

—Hola.

Era una hermosa y dulce voz femenina.

Sam levantó la cabeza con la esperanza de que fuera Caitlin pero en el fondo, tenía claro que no se trataba de ella, lo supo en cuanto escuchó su voz. Ésta era la voz más hermosa que jamás había oído.

En la entrada al establo había una chica recargada contra la pared en una actitud muy casual. Guau, era asombrosa. Tenía los ojos verdes, y largo y ondulado cabello rojo. Su cuerpo era perfecto y parecía de la misma edad que él; tal vez era unos cuantos años mayor. Guau, esa chica estaba que *ardía*.

Sam se levantó.

Le costaba trabajo creerlo, pero por su mirada, le pareció que estaba coqueteando con él, como si en verdad le gustara. Nunca antes una chica lo había mirado de esa forma. Estaba anonadado.

—Soy Samantha —dijo con dulzura y luego dio unos pasos con el brazo extendido.

Sam también se acercó y estrechó su mano. Su piel era muy suave.

¿Estaría soñando? ¿Qué hacía aquella chica ahí, en medio de la nada?, ¿cómo llegó hasta allá? Él ni siquiera había escuchado un coche estacionarse o a alguien caminando hasta el establo. Además, él acababa de llegar. Era totalmente incomprensible.

—Yo... soy Sam —dijo él.

La chica le brindó una enorme sonrisa que reveló sus perfectos y blancos dientes. Era increíble. Cuando lo miró de frente, a Sam se le doblaron las rodillas.

—Sam; Samantha —dijo ella—, me gusta cómo suena.

Él seguía contemplándola sin palabras.

—Te vi por aquí y pensé que tal vez tendrías frío —agregó— ¿Quieres pasar?

Sam se esforzó en pensar, pero no sabía de qué estaba hablando la chica.

—¿Pasar?

—Sí, a la casa —dijo ella con una sonrisa todavía más amplia. Se lo dijo como si se tratara de lo más obvio del mundo—. Ya sabes, ¿la que tiene paredes y ventanas?

Sam trataba de entender a qué se refería. ¿Lo estaba invitando a la casa?, ¿a la que estaba a la venta?, ¿por qué habría de hacer tal cosa?

—Acabo de comprarla —dijo ella como para dar respuesta a sus cuestionamientos—. Todavía no he tenido tiempo de quitar el letrero de “Se vende” —añadió la chica.

Sam estaba conmocionado.

—¿Tú *compraste* la casa?

Ella se alzó de hombros.

—Tenía que vivir en algún lugar. Voy a la preparatoria Oakville. Estoy en último año.

Guau. Eso lo explicaba todo.

Entonces asistía a Oakville y estaba en último año. Tal vez debería volver a la escuela. Diablos, ¡claro que sí! Si ella estaba ahí, ¿por qué no?

—Ajá. Sí, por supuesto —dijo, con el tono más casual que pudo—. Creo que... me encantaría conocer tu casa.

Salieron juntos del establo y se dirigieron a la construcción principal. En el camino, Sam pasó por donde había tirado la cajetilla de cigarros. Se agachó y los levantó. Si Caitlin se había ido, ¿a quién le importaba?

—Entonces, tú... ¿eres nueva aquí? —preguntó Sam.

Sabía que era una pregunta estúpida porque ella ya le había dicho que sí. Pero no tenía nada más de qué hablar. Nunca había sido bueno para las conversaciones.

Ella sólo sonrió.

—Algo así.

—¿Y por qué aquí? —añadió Sam— Es decir, no quiero ser irrespetuoso, pero este pueblo es una porquería.

—Es una larga historia —dijo ella con un aire de misterio.

Entonces Sam cayó en cuenta de algo.

—Vaya, espera un minuto. Tú... acabas de decir que... compraste la casa? O sea, ¿tú la compraste? ¿No te referías a tus padres?

—No. Estaba hablando de *mí*. Es decir, yo —respondió—. La compré yo misma.

Sam todavía no lo entendía. No quería sonar como idiota pero era necesario que resolviera sus dudas.

—Entonces, ¿la casa es sólo para ti? ¿Y tus padres...

—Mis padres murieron —explicó ella—. La compré yo misma; para mí. Ya tengo dieciocho años y soy adulta. Puedo hacer lo que quiera.

—Guau —dijo Sam, genuinamente impresionado—. Eso es súper *cool*. Toda la casa para ti sola. Vaya; es decir, lamento lo de tus padres, pero... es que yo... no conozco a nadie así. O sea, no conozco a nadie que tenga su propia casa a nuestra edad.

Ella lo miró y le sonrió.

—Ya te darás cuenta de que estoy llena de sorpresas.

La chica abrió la puerta y lo vio entrar muy entusiasmado.

Era tan sencillo dirigirlo.

Samantha se chupó los labios, y la tosquedad del hambre surgió por sus dientes frontales.

Eso iba a ser mucho más sencillo de lo que había imaginado.

SEIS

Caleb y Caitlin estaban parados junto al río, perdidos mutuamente en sus miradas. Ella temblaba porque creía que él estaba a punto de decirle adiós. Pero de repente, algo atrajo la atención de Caleb. Desvió la mirada hacia el cuello de Caitlin y se quedó petrificado.

Se inclinó y, con los dedos, le rozó el cuello a la altura de la garganta. Ella percibió el metal. Era su dije. Olvidó que lo traía puesto.

Caleb lo levantó y continuó observándolo.

—¿Qué es esto? —preguntó con delicadeza.

Ella levantó la mano y la puso sobre la de él. Era su cruz, una pequeña cruz de plata.

—Es sólo una vieja cruz —le contestó.

Pero antes de terminar la explicación, se dio cuenta. Efectivamente era *vieja*. Había sido de la familia por generaciones. No podía recordar quién se la dio ni cuando, pero sabía que era muy antigua y que era de la familia de su padre. Sí, era algo. Tal vez un indicio.

Caleb no dejaba de examinarla.

—Ésta no es una cruz ordinaria —dijo—. Los bordes están curvados. No había visto una igual en mil años. Es la cruz de San Pedro —estaba hipnotizado—. ¿Cómo la conseguiste?

—Siempre... la he tenido —dijo ella con la respiración entrecortada; su emoción iba en aumento.

—Éste es el símbolo de una antigua cofradía. De Jerusalén; era un grupo secreto con poder incalculable. De hecho, había rumores de que ni siquiera existía. ¿Por qué tienes esta cruz en tus manos?

Caitlin sintió que el corazón le palpitaba con fuerza.

—No... lo sé. Me dijeron que era de mi padre. Yo... ni siquiera había pensado en ella.

Caleb volteó el dije con gentileza y abrió los ojos asombrado cuando vio la parte trasera.

—Hay una inscripción.

Ella asintió y recordó de repente. Sí, *había* una inscripción. ¿Qué era?

—Creo que es algo en griego. —dijo Caitlin.

—Latín —la corrigió Caleb—. *Spina rosam et congregari Salem* —leyó, y luego volteó hacia Caitlin como si esperara que ella entendiera lo que significaba.

Pero no tenía ni idea, nunca había sabido de qué se trataba.

—Aquí dice: *La rosa y la espina se reúnen en Salem*.

La mente de Caitlin trabajaba a toda velocidad tratando de dilucidar qué significaba, y a Caleb, le brillaban los ojos por las posibilidades que representaba el hallazgo.

—Lo más seguro es que esto le haya pertenecido a tu padre. La inscripción es un antiguo acertijo de vampiros. Con él, te está diciendo cómo encontrarlo. Nos dice a dónde debemos ir ahora.

Ella lo miró inquisitiva.

—¿A Salem?

Caleb asintió con solemnidad y le puso la mano sobre el hombro.

—Me preocupas mucho y no quiero que salgas lastimada. Ésta es mi guerra y no quiero que te involucres. La situación se va a tornar muy peligrosa y tú aún no eres una vampira completa; podrían hacerte daño. No tienes que venir, en especial ahora que sé lo que debo hacer. Ya me ayudaste mucho más de lo que te imaginas.

Caitlin sintió que el corazón se le encogía. ¿No la quería cerca o en verdad estaba tratando de protegerla? Ella se inclinó por la última posibilidad.

—Sé que puedo elegir, y elijo estar contigo.

Caleb la contempló por un largo rato y, finalmente, asintió.

—Está bien —dijo.

—Además —añadió ella con una sonrisa—, no voy a permitir que conozcas a mi familia estando solo.

SIETE

Kyle recorrió con emoción las calles adoquinadas del puerto de South Street, iba tan alegre que decidió dobló la marcha. Se había imaginado ese momento durante años.

Luego dio vuelta en la esquina y divisó el barco. *Su* barco.

Lo había hecho pasar por un buque de vela histórico que provenía de algún país de Europa, y que estaba realizando un recorrido de demostración. La embarcación permanecería una semana en el puerto. Qué estúpidos eran los humanos; capaces de creer casi cualquier cosa. Habían sido demasiado ingenuos para revisar el casco de una pieza histórica y descubrir que podría ser el portador de sus propias muertes. Un caballo de Troya.

Para sumarle más estupidez a la consabida, los torpes turistas se arremolinaron alrededor del buque para deleitarse con la joya que tenían frente a sus narices. Si supieran...

Kyle tuvo que abrirse paso a codazos entre la multitud y luego caminar por el corredor. Cuatro individuos corpulentos montaban guardia, pero cuando lo vieron llegar, asintieron al reconocerlo y se hicieron a un lado con mucha eficiencia. Todos eran de su raza; vestían de negro y eran de la misma altura que él. Kyle percibió la furia que de ellos manaba, y eso lo relajó. Siempre era mejor estar rodeado de su propia gente.

Se despidieron con respeto y cuando Kyle llegó hasta la mitad del corredor, los guardias cerraron el acceso de nuevo.

El vampiro se acercó a la parte trasera del barco, la cual estaba oculta del público. La protegían varios vampiros más que se pusieron a trabajar en cuanto lo vieron acercarse. Bajaron una enorme rampa que flanqueaba el casco y empezaron a bajar un enorme contenedor envuelto en una caja de madera aglomerada. Diez hombres lo deslizaron por la rampa y luego lo colocaron en la acera adoquinada. Kyle se acercó.

—Mi señor —le dijo un vampiro calvo y de poca altura que había corrido hasta él para presentarle sus respetos. El hombre sudaba a chorros y lucía muy nervioso. No dejaba de mirar en todas direcciones. Seguramente esperaba que la policía apareciera en cualquier momento, y por su semblante se notaba que había esperado mucho tiempo. Qué bueno, a Kyle le gustaba hacer esperar a la gente.

—Aquí está todo —le dijo el hombre con premura—. Ya lo revisamos varias veces y se encuentra en excelentes condiciones, mi señor.

—Quiero verlo —dijo Kyle.

El hombre chasqueó los dedos y cuatro más corrieron hacia él. Con varias palancas removieron una de las placas de madera. Luego arrancaron capa tras capa del plástico industrial.

Cuando los trabajadores terminaron, Kyle dio un paso al frente y extendió el brazo. Cuando sintió el frío recipiente de vidrio, lo sacó del contenedor.

Lo sostuvo contra la luz de un poste para examinarlo.

Tal como lo recordaba. Intactos, los microbios de la peste bubónica pululaban en su mano.

Sonrió con toda su malignidad.

Ahora podría darle inicio a su guerra.

*

Kyle no desperdició ni un minuto. Unas horas después ya estaba en Penn Station listo para trabajar. Su ánimo mejoró cuando atravesó la estación caminando en contra de la corriente. Se enfrentó a las hordas de gente que, justo a la hora pico, se apresuraba para llegar a casa, a sus patéticas familias, hogares, esposas, esposos. El odio que Kyle sentía por ellos, se incrementó.

Si había algo que odiaba más que a los humanos, era a las multitudes moviéndose en todas direcciones como si sus vidas importaran aunque fuera un poco, como si sus menos de cien años en esta tierra tuvieran algún impacto. Kyle había sobrevivido y durado más que cualquiera de ellos, generación tras generación, durante miles de años. Hasta a los humanos más valiosos, como César, Stalin y Hitler, su favorito, habían sido olvidados apenas a unas décadas de sus vidas. Fueron algo importante en su tiempo, pero eso se acabó después. Los movimientos frenéticos de los humanos, y sentimientos como el egoísmo, lo perturbaban hasta lo más hondo. Quería matar a todos y cada uno de ellos. Y lo haría.

Pero no en ese momento.

Tenía una misión importante, de *verdadera* relevancia. Lo flanqueaba una comitiva de ocho matones con la que pasó pavoneándose entre la multitud, lo más rápido posible. Cada uno de ellos llevaba una mochila con trescientos frascos de la peste. Se dividirían en cuatro equipos, y cada

equipo, como los cuatro Jinetes del Apocalipsis, propagaría la muerte a cada rincón de la tierra. Un equipo cubriría la estación, otro, de Path a Grand Central; el siguiente grupo se haría cargo de las líneas A, C o E del metro, y uno más, las líneas 1 ó 9. Kyle reservó para sí mismo el mejor lugar: Amtrak, la red interestatal de trenes. Sonrió al pensar que su porción de la peste se propagaría hasta mucho más lejos y tendría un alcance mayor que la de cualquiera de los otros. Así, tal vez hasta podría encargarse de otras ciudades también.

Kyle tenía más secuaces trabajando con ahínco en las estaciones del metro de toda la ciudad; en Grand Central y en Times Square.

Dio la orden y los equipos se separaron de inmediato. Él caminó solo hacia la entrada en Eighth Avenue.

Bajó por la escalera eléctrica, caminó hasta donde terminaba la plataforma y siguió avanzando hasta cruzar el punto a partir del cual, nadie más lo vería. Saltó con agilidad a las vías y las ratas salieron espantadas cuando cayó al suelo. Percibieron su presencia. Qué ironía, pensó Kyle. Las ratas fueron las culpables de la propagación de la peste en el pasado, y ahora, huyen de ella. Caminó en la oscuridad por el túnel pero se mantuvo a un lado de las vías. Siguió avanzando y, después de un rato, llegó a una ramificación en donde todas se unían todas las vías. Metió la mano al bolsillo y sacó un frasco que observó ayudándose de la luz de emergencia. Le era muy difícil controlar su exaltación. Dejó el paquete en el suelo, estiró los brazos y se puso a trabajar.

Después de tantos siglos de espera, ahora sólo era cuestión de horas.

OCHO

Sam no podía creer lo afortunado que era. Una guapísima chica del último año de preparatoria, a quien parecía agradarle bastante, le estaba enseñando su casa. Era súper sexy y muy *cool*. Además, la casa le pertenecía por completo.

Era como si un ángel hubiera bajado del cielo con ella y se la hubiera dejado en el regazo. Todavía no podía creerlo. Era justo lo que necesitaba y en el momento indicado. Tenía miedo de que su suerte se acabara en cualquier momento y ella le pidiese que se marchara. Sin embargo, eso no parecía posible por ahora; de hecho, daba la impresión de que la chica deseaba compañía. Tampoco le había molestado encontrarlo en el establo, hasta se había mostrado contenta de que estuviera ahí. Era para no creerse; jamás había tenido tanta suerte en la vida.

Mientras recorría la casa se dio cuenta de que estaba casi vacía. No había comida en el refrigerador y tampoco muchos muebles. Sólo había una silla por aquí y por allá, y un pequeño sofá. Eso le pareció genial porque así podría ayudarla, si es que ella aceptaba. Se podría ofrecer a hacer reparaciones, mover muebles, comprar comida, arreglar el lugar; lo que ella quisiera. Incluso si sólo le daba oportunidad de quedarse en el establo, eso sería buenísimo; y si lo quería en la casa, también sería maravilloso. Lo más importante era que en verdad le agradaba esa chica. Estaba muy solo, ahora se daba cuenta; le encantaba la idea de estar cerca de ella.

—Y ésta es la sala —dijo Samantha cuando llegaron a la última habitación. En serio no había nada; ni cuadros en las paredes ni alfombras, sólo un pequeño sofá de dos plazas.

—Disculpa que esté tan vacío —se disculpó—. Acabo de llegar y no quería traer todas mis cosas viejas. Se me ocurrió que podía empezar de cero.

Sam se quedó ahí parado, asintiendo. Se moría por hacerle un montón de preguntas como, *¿de dónde eres?*, *¿cómo murieron tus padres?*, *¿por qué viniste aquí?*

Pero no quería presionarla, así que sólo siguió asintiendo como idiota.

También estaba nervioso. Ella lo atraía muchísimo, más que cualquiera de las otras chicas que había conocido antes y no sabía qué decirle. De plano prefería quedarse callado porque le daba la impresión de que, si abría la boca, cometería alguna imprudencia.

—¿Te quieres sentar? —le preguntó ella al mismo tiempo que ocupaba uno de los lugares del sofá.

Pero por supuesto, pensó.

Sam trató de ocultar su agitación. Caminó con todo el desenfado que pudo y se sentó. Era un sofá pequeño y una de sus piernas rozaba la de ella. Alcanzó a percibir su perfume, y su corazón enloqueció. Ni siquiera podía pensar con claridad.

La chica cruzó las piernas y giró hacia él. Estaba ahí, sonriendo, mirándolo a los ojos, y él se tuvo que preguntar, por millonésima vez, si sólo se trataría de un sueño o si tal vez alguno de sus amigos le había querido jugar una broma.

—Bien, pues cuéntame sobre ti —dijo ella— ¿Eres de aquí?

Sam pensó cómo responder. No era sencillo.

—En realidad, no, pero supongo que se podría decir que sí porque es el lugar en donde más tiempo he vivido. Solíamos mudarnos mucho. Me refiero a mi familia: mi hermana, mi madre y yo.

—¿Y tu papá? —le preguntó de inmediato y él se encogió de hombros.

Nunca estuvo con nosotros. Dicen que se fue de la casa cuando yo era muy pequeño, la verdad es que no recuerdo.

—¿Y no has tratado de buscarlo?

Sam la miró a los ojos y pensó que, tal vez, le había leído el pensamiento.

—Qué curioso que preguntes —dijo—, porque de hecho, ya lo intenté. Siempre había querido conocerlo pero nunca encontré información. Hasta la semana pasada.

La chica abrió los ojos sorprendida y a Sam le pareció extraña aquella exaltada manifestación de gusto. No podía entenderlo, ¿por qué habría de interesarle?

—¿En serio? —le preguntó— ¿En dónde está?

—Pues no lo sé con exactitud, pero nos hemos estado comunicando por Facebook. Dice que quiere verme.

—¿Y entonces? ¿Por qué no te reúnes con él?

—Eso quiero, pero todo ha sido tan rápido que... supongo que necesito planearlo bien.

—¿Pero qué esperas? —lo cuestionó sonriente.

Sam pensó que ella estaba en lo correcto. ¿Qué estaba esperando?

—¿Por qué no le respondes y te organizas para verlo? Porque, ya sabes, si no armas un plan, nunca va a suceder. Si yo fuera tú, le enviaría un mensaje

en este preciso momento —agregó.

Sam la miró a los ojos y tuvo un cambio de actitud. Todo lo que decía sonaba bastante lógico. Era rarísimo; sintió como si, cada vez que tenía una idea, él la adoptaba como si fuera suya. Tenía razón, no había razón para esperar.

Metió la mano a su bolsillo, sacó el celular y entró a Facebook.

Mientras lo hacía, Samantha se acurrucó junto a él y se reclinó sobre su hombro para ver la pantalla del celular. Su corazón empezó a latir con fuerza. Le encantaba sentirla apoyada en él. La posición era suave, perfecta; así podía percibir el irresistible aroma de su cabello. Se estaba distrayendo demasiado; de pronto, olvidó por un instante para qué había sacado el celular.

Luego vio la luz que indicaba que había un mensaje nuevo y lo abrió.

Ahí estaba. Era de su padre y decía:

Sam, me encantaría verte. Necesitamos reunirnos; sé que la escuela te tiene muy ocupado y todo eso, pero ¿cómo andan tus horarios? A mí se me dificulta viajar porque tengo una pierna mal, pero me preguntaba si tú podrías venir a visitarme. Vivo en Connecticut.

Samantha señaló.

—Ahí lo tienes —dijo.

—¿Qué le digo? —le preguntó Sam.

—Que sí. Mañana es sábado, fin de semana, ¿qué mejor?

Estaba en lo cierto. El sábado era el mejor día. Guau, esta chica no solo era sexy, también era muy inteligente.

Sam escribió con el teclado:

Okey, suena bien. ¿Qué te parece este fin de semana? ¿Cuál es tu dirección?

Vaciló por un segundo y luego oprimió el botón de *Enviar*. Eso fue suficiente para hacerlo sentir mejor.

—Estoy muy contenta por ti —dijo Samantha con una sonrisa—. Genial, es genial que te haya conocido en un momento tan importante.

De pronto, Sam sintió cómo los suaves dedos de la chica acariciaban su rostro y luego se sumergían en su cabello. Fue algo muy intenso e inesperado. El corazón le palpitaba con fuerza y hasta se le dificultaba pensar.

Volteó para mirarla y se dio cuenta de que la tenía justo en frente. Le acariciaba el rostro con ambas manos; también el cuello, el cabello. Él no

podía dejar de admirar sus enormes y fulgurantes ojos verdes y comenzó a jadear.

—En serio me agradas —susurró ella.

Sam abrió la boca para decir algo, pero la tenía demasiado seca. Tuvo que intentarlo varias veces.

—Tú también me agradas en serio.

Sabía que era el momento de inclinarse para besarla pero estaba demasiado nervioso. Se sintió aliviado cuando ella se acercó y le plantó un beso en los labios.

Fue inaudito. La sangre se le subió a la cabeza y deseó que aquel momento no se acabara jamás.

NUEVE

Mientras Caitlin volaba abrazada a Caleb, a la fabulosa sensación de su cuerpo, iba pensando en lo afortunada que era. Apenas el día anterior le preocupaba que la dejara, y ahora, por primera vez en la vida, había cambiado su suerte.

—*Gracias por el dije, por la cruz* —pensó.

Ya era algo tarde cuando llegaron a Salem. Caleb descendió con discreción sobre un campo vacío a las afueras del pueblo para que nadie los viera.

Caminaron algunas cuadras y llegaron hasta la calle principal.

Caitlin estaba sorprendida; esperaba algo más. Toda su vida había sabido, especialmente gracias a los libros escolares, que Salem estaba vinculado a las brujas. Pero verlo como un lugar real y vivo, como un pueblo común y corriente, le resultaba bastante inverosímil. En su mente había guardado la imagen de un sitio histórico preservado con todo cuidado, casi como si fuera una escenografía, y por eso, no estaba preparada para encontrar un entorno cotidiano en el que viviera gente normal y moderna, conduciendo automóviles y yendo de un lado a otro todo el tiempo.

Salem lucía casi como cualquier pueblito suburbano de Nueva Inglaterra. Había algunas cadenas de supermercados, las típicas farmacias y todos los elementos de la modernidad. Casi no había indicios de que fuera un pueblo con un gran pasado histórico. También era mucho más grande de lo que ella había imaginado. No tenía ni idea de por dónde comenzar a buscar a su padre.

Seguramente Caleb estaba pensando lo mismo en ese instante porque volteó a verla con una expresión de: *¿y ahora, qué?*

Bien —dijo ella—, pues supongo que no podíamos esperar que mi padre estuviera la calle principal esperándonos con los brazos abiertos.

Caleb sonrió.

—Yo también supuse que no sería tan sencillo.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Caleb la miró.

—No lo sé —dijo por fin.

Ella se quedó pensando, y mientras tanto, varias personas que pasaron cerca de ellos, los observaron con extrañeza. En el reflejo que les ofrecía el aparador de una tienda, Caitlin notó que eran una pareja bastante peculiar y conspicua. Él era altísimo y estaba elegantemente vestido de negro. Parecía

una estrella de cine que había salido de la nada y caído en medio de la calle. Estando junto a él, se sentía más ordinaria que nunca.

—Tal vez deberíamos comenzar con lo más obvio —sugirió Caitlin—. Mi apellido es Paine. Si mi padre vive aquí, tal vez aparezca en el directorio telefónico.

Caleb sonrió.

—¿Tú crees que permitiría que su número fuera público?

—Lo dudo, pero a veces las soluciones más obvias son las mejores. Además, no perdemos nada con intentarlo. ¿O tienes otra idea?

Caleb se quedó mirándola y, finalmente, negó con la cabeza.

—Entonces, hagámoslo —agregó ella.

Como por millonésima vez deseó no haber perdido su celular. Miró alrededor y vio un café internet al otro lado de la calle.

*

Caitlin tecleó todas las variaciones de “Paine” que se le ocurrieron pero no obtuvo resultados. Estaba fastidiada; ya habían revisado todos los listados de números residenciales y de negocios en Salem. También habían buscado Paine, Payne, Pain y Paiyne. Y nada, no aparecía nadie.

Caleb tenía razón, había sido una idea tonta. Si su padre se había ocultado ahí, entonces no tendría un número público. Además, dadas las misteriosas pistas que habían encontrado hasta ese momento, imaginó que no dejaría que lo encontraran con tanta facilidad.

Con un suspiro volteó hacia Caleb.

—Tenías razón, fue una pérdida de tiempo.

—*La rosa y la espina se reúnen en Salem* —repitió Caleb lentamente una y otra vez.

Caitlin se dio cuenta de que estaba pensando.

Ella también se había repetido la frase en su mente y le pareció que era agradable escucharla en voz alta. Después de darle vueltas y más vueltas, seguía sin saber qué significaba. ¿Una rosa? ¿Una espina?

—¿Tal vez hay un jardín de rosas en algún lugar? —dijo, pensando en voz alta—. Y tal vez también hay una clave escondida detrás de todo —agregó—. ¿O será el nombre de algún lugar?, tal vez de un bar o una antigua posada que se llama La rosa y la espina.

Caitlin volvió al teclado de la computadora y varió un poco sus búsquedas. Intentó con *rosa*. Luego sólo con *espina*. *Rosa y espina*. Negocios, hoteles,

parques, jardines.

No obtuvo resultados.

Estaba desencantada, así que decidió apagar la computadora.

Ambos se quedaron sentados en silencio varios minutos. Estaban pensando.

—Tal vez lo hemos estado viendo desde una perspectiva errónea —dijo Caleb de repente.

Ella volteó a verlo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, pues es que hemos estado buscando a una persona viva —dijo—, en el mundo de hoy; en este siglo. Pero... los vampiros han vivido *miles* de años. Cuando un vampiro le dice a otro *ven a buscarme*, no siempre se refiere a esta época. Los vampiros piensan en términos de siglos, no de años.

—Tal vez tu padre no está aquí ahora pero lo estuvo, hace mucho tiempo. Tal vez no debemos buscar a una persona viva sino a alguien que vivió aquí en algún momento. Alguien que, tal vez, también murió en este lugar.

Caitlin lo miró inquisitiva; en realidad no entendía bien.

—¿Muerto?, ¿qué me estás tratando de decir?, ¿que mi padre está muerto?

—Me resulta difícil explicarte esto pero tienes que pensar de manera distinta. A través de su vida, los vampiros atraviesan varias encarnaciones. A pesar de que estamos vivos ahora, muchos de nosotros tenemos tumbas. Yo mismo he sido enterrado en varios cementerios en distintos países y bajo nombres diferentes. Claro que, en realidad, no estoy ni muerto ni enterrado, pero en ese momento, la gente local necesitaba cerciorarse de que lo estuviera. Teníamos que desaparecer la evidencia y asegurarles que yo no volvería a la vida, y un entierro y una lápida era lo único que les permitía estar tranquilos.

—A la raza de los vampiros no le gusta dejar huellas. Y por supuesto, tampoco nos agrada que los humanos se den cuenta de que hemos regresado porque eso genera mucha atención que no necesitamos. Por eso, a veces, cuando no queda otra opción, les permitimos enterrarnos y luego nos escapamos con discreción a media noche. Y seguimos con nuestra vida.

Caleb volteó para ver a Caitlin.

—Tu padre pudo haber sido enterrado aquí. Tal vez no deberíamos buscar sobre la tierra sino debajo de ella. Ya buscamos entre los Paine vivos, pero no hemos revisado la lista de los fallecidos.

*

Caitlin estaba desconcertada. Caminaron por el pequeño cementerio y su mente seguía dando vueltas. Nunca había estado en un lugar tan antiguo como ése. Antes de entrar vieron un cartel que decía: “El Punto de Enterramiento, 1637” y le maravilló descubrir que la gente había visitado ese lugar durante casi cuatrocientos años.

Más que nada, le fascinó ver que en ese preciso momento había varios turistas en el cementerio. Había asumido que serían los únicos en el lugar, pero, era Salem, después de todo, y el cementerio era uno de los centros de atracción. Caitlin se dio cuenta de que la gente visitaba el Punto de Enterramiento porque era un lugar histórico de referencia. De hecho había un museo junto a los planos de las tumbas. No le pareció que fuera lo más apropiado; para ella, un camposanto debía tratarse con más respeto.

El área del cementerio era bastante pequeña e íntima, como del tamaño del jardín de una casa. Caminaron por un sinuoso sendero de adoquines, y mientras lo hacían, ella notó la antigüedad de las lápidas, y la peculiar tipografía, ya tan desgastada por el paso de los años. Los epitafios estaban en inglés, pero éste era tan antiguo y extraño, que parecía otro idioma.

Caitlin leyó los nombres con cuidado y puso especial atención a los apellidos. Pero no encontró a ningún “Paine” ni variaciones sobre la palabra. Recorrieron todo el sendero sin encontrar algo útil, y cuando llegaron al final, la chica se detuvo y leyó una inscripción. En ella se hablaba de las espantosas torturas que se les había infligido a las brujas; a una de las cuales, según la descripción, se le “oprimió” hasta la muerte. Caitlin estaba aterrada.

—No puedo creer que les hayan hecho todo esto a las brujas —dijo—. Parece que tuvieron muertes espantosas.

—No eran brujas —explicó Caleb con un tono solemne.

Caitlin escuchó la tristeza en su voz.

—Eran mujeres de nuestra raza —añadió.

Caitlin se quedó azorada.

—¿Vampiras? —preguntó.

Caleb asintió y fijó la mirada en las lápidas.

El silencio surgió entre ambos mientras Caitlin reflexionaba.

—No entiendo —dijo—, ¿qué hacían aquí?

Caleb suspiró.

—Eran puritanos. En Inglaterra no los perseguían por su manera de practicar su religión, sino porque eran de nuestra raza. Por eso dejaron Europa y vinieron acá, para practicar con libertad. Estaban tratando de escapar de la opresión que sufrían los vampiros en el Viejo Mundo. Sabían que si querían sobrevivir, tendrían que encontrar un nuevo lugar, y entonces viajaron a América. Eran vampiros benignos y no deseaban hacer la guerra ni con otros vampiros, ni con los humanos. Lo único que anhelaban era vivir en paz.

—Pero con el tiempo las razas oscuras de vampiros los siguieron hasta acá y el número de habitantes se incrementó. Las primeras guerras en las colonias no fueron entre humanos; en realidad fueron contiendas entre las razas buenas y las razas malignas de vampiros.

—La persecución de brujas en Salem fue sólo una pantalla para encubrir la persecución de vampiros. Donde el bien radica, siempre existe el mal también. Es una batalla perpetua entre la luz y la oscuridad. Todas las brujas que fueron encarceladas y ahorcadas en Salem, pertenecían a la raza de vampiros benignos.

—Por eso resulta lógico que tu padre esté enterrado aquí; porque la idea de Salem, en general, tiene sentido. Porque tu dije en forma de cruz, también encaja. Todo apunta en la misma dirección: tú eres la heredera. Eres la clave para encontrar la espada que ocultaron y que nos protegerá a todos. Caitlin miró alrededor otra vez; la cabeza le daba vueltas sólo de recordar la narración y no sabía qué pensar. De lo que sí estaba segura era que no había ningún “Paine” ahí. Habían llegado a otro callejón sin salida.

—Aquí no hay nada —dijo.

Caleb inspeccionó el cementerio otra vez; se veía desilusionado.

—Lo sé —suspiró.

Caitlin temía que su búsqueda en verdad hubiera terminado. No podía permitir que las cosas se acabaran ahí.

—La rosa y la espina, la rosa y la espina —repitió una y otra vez, murmurando para ella misma; con deseos de encontrar la respuesta.

Pero no la obtuvo.

Caleb volvió a deambular por el sendero, al igual que ella, quien no dejaba de meditar.

De pronto llegó a un lugar en donde había otra placa clavada a un árbol. Al principio sólo leyó para distraerse, pero a medida de que avanzó, creció su agitación.

—¡Caleb! —gritó— ¡Apresúrate!

Él corrió a su encuentro.

—Escucha esto: “No todas las brujas que sufrieron la persecución están enterradas en este camposanto. De hecho, aquí hay sólo unas cuantas. En la lista de “acusadas” había más de ciento treinta. Algunas escaparon, y otras, fueron enterradas en otros lugares. El museo cuenta con una lista completa.”

Se miraron y pensaron lo mismo. Ambos dieron vuelta hacia el museo que tenían a un lado.

*

El sol se estaba poniendo, y cuando llegaron al museo, prácticamente les cerraron la puerta en las narices. Caleb se aproximó e impidió el cierre con la mano.

Por la rendija apareció una anciana que lucía muy estricta y molesta.

—Lo siento, muchachos, pero ya cerramos —dijo—. Regresen mañana, si gustan.

—Por favor discúlpenos —dijo Caleb con gran elegancia—, pero necesitamos pasar sólo unos minutos. Me temo que no podemos regresar mañana.

—Pero ya son las cinco con cinco —respondió con rudeza—. Cerramos a las cinco. Todos los días sin excepción. Ésas son las reglas. No puedo mantener el lugar abierto para recibir a todos los que llegan tarde. Como ya lo mencioné, pueden volver mañana. Vuelvan mañana. Buenas noches.

La anciana comenzó a cerrar otra vez la puerta pero Caleb se lo impidió con la mano. Ella se asomó otra vez doblemente enojada.

—Escuchen, ¿quieren que llame a la policía?

De repente se quedó paralizada a media oración, y sus ojos se perdieron en los de Caleb. No pudo dejar de mirarlo y pasaron varios segundos. Caitlin vio cómo cambiaba la expresión de su rostro. Se suavizó. Y entonces, inesperadamente, sonrió.

—Vaya, hola, muchachos —dijo, muy entusiasmada—, qué gusto verlos por aquí. Entren por favor —agregó. Luego abrió la puerta a todo lo ancho y dio un paso hacia atrás con una sonrisa.

Caitlin miró a Caleb atónita. *¿Qué era lo que acababa de hacer?*

Fuera lo que fuera, quería aprender a hacerlo.

Descuida, lo harás.

Caitlin lo miró de nuevo. Se sorprendió aún más al darse cuenta de que Caleb acababa de enviarle un pensamiento, y ella, había podido escucharlo.

*

Caitlin y Caleb caminaron por los angostos y poco iluminados pasillos del museo. Lo iban a poder inspeccionar a sus anchas. A lo largo de las paredes vieron pinturas, placas y otro tipo de parafernalia. Todo era con referencia a brujas, jueces y ahorcamientos; era un lugar muy imponente.

Llegaron hasta un exhibidor muy grande en donde Caitlin comenzó a leer. La información le causó tal impacto, que decidió compartirla con Caleb.

—Escucha esto —le instó—, en Salem, en 1692, un numeroso grupo de chicas adolescentes enfermó de repente. Casi todas sufrieron ataques de histeria y aseguraron que habían sido atacadas por brujas. Muchas de esas niñas incluso llegaron a señalar a las brujas que las habían molestado.

—Debido a que las enfermedades eran demasiado misteriosas, y a que varias de ellas murieron de forma repentina y sin explicación, la gente del pueblo se puso frenética y cazó a las personas acusadas de practicar la brujería.

—Cabe notar que nadie ha podido determinar hasta la fecha, de qué enfermedad se trataba o por qué las jóvenes manifestaron aquella histeria.

—Fue porque estaban madurando —dijo Caleb en voz baja.

Caitlin lo miró.

—Igual que tú —le dijo él—. Eran de nuestra raza; las ansias y los dolores por alimentarse se apoderaron de ellas. No estaban enfermas, sólo histéricas. Aquello en lo que se estaban convirtiendo, las sobrepasó y no supieron cómo enfrentarlo.

Caitlin reflexionó. Adolescentes. 1692. Salem. Madurando. Atravesando por lo mismo que ella estaba pasando ahora.

Era demasiado. Sintió un vínculo muy fuerte con la historia y le pareció que, en realidad, no estaba tan sola. Sin embargo, continuaba aterrada. Lo que había escuchado le proveía mayor veracidad: una veracidad que ella no quería. Lo que ella deseaba era que alguien le dijera que nada de aquello era verdad, que todo era una pesadilla de enormes proporciones y que, dentro de muy poco, todo volvería a la normalidad. Pero a medida de que se

enteraba de más cosas, más la invadía una sensación de terror. Más sentía que nada volvería a ser como antes para ella.

—Aquí está —dijo Caleb desde el otro lado de la sala.

Caitlin se apresuró a llegar a su lado.

—Es la lista, con las ciento treinta y tres personas acusadas.

Ambos revisaron con cuidado la lista de personas. Estaba escrita a mano con trazos que parecían ser muy antiguos. Era muy difícil descifrar lo que decían, y les estaba tomando demasiado tiempo.

Pero en algún momento, justo antes de llegar al final, Caitlin se quedó pasmada. Con el dedo apuntó al otro lado de la vitrina.

Ahí estaba su apellido: Paine. Deletrado exactamente de la misma manera que ella lo escribía. Estaba en la lista de los “Acusados”.

“Elizabeth Paine. Acusada de brujería. 1692.”

¿Elizabeth? ¿Una mujer?

—Lo sabía —dijo Caleb—. Sabía que existía un vínculo.

—Pero... —balbuceó Caitlin confundida— *Elizabeth*. Es una mujer. Pensé que estábamos buscando a mi padre, ¿no era así?

—No es tan sencillo; recuerda que estamos hablando de generaciones. Tal vez sí estamos buscando a Elizabeth, o a su padre, o a su esposo. En realidad no sabemos en dónde comienza tu ascendencia, ni en dónde termina. De lo que sí estoy seguro es que existe una conexión.

—¡Mira esto! —dijo Caitlin con emoción, al mismo tiempo que corría agitada hacia un exhibidor. Ambos lo observaron, era increíble. Estaba dedicada completamente a Elizabeth Paine. Caitlin volvió a leer en voz alta: “Elizabeth Paine era una persona muy especial entre quienes aparecen en la lista de “Acusados” porque, más adelante, alcanzaría gran notoriedad al ser immortalizada en *La letra escarlata*. Hay una aceptación generalizada del hecho de que, el personaje de Hester Prynne, la famosa heroína del libro, se construyó con base en la vida de Elizabeth Paine. Ella fue la pieza central de la obra más importante de Nathaniel Hawthorne, quien vivió en Salem durante mucho tiempo.

Caitlin volteó a ver a Caleb con los ojos muy abiertos por el descubrimiento.

—Eso es —dijo casi sin aliento porque le costaba mucho trabajo ocultar su emoción.

—¿Qué? —preguntó Caleb; no sabía de qué hablaba.

—¿Acaso no lo ves? —insistió— El acertijo. Es un juego de palabras. Hawthorne. *La rosa y la espina*. Espina es *thorn*, en inglés. Y la rosa es color escarlata, como el título del libro: *La letra escarlata*. Es decir: el acertijo se refiere a Hawthorne y a Paine.

En ese momento entró la anciana otra vez, parecía haber recobrado la conciencia. Los miró y dijo:

—Lo siento, pero es necesario que cierre el lugar.

Caitlin corrió hasta ella y la tomó del brazo.

—¿En dónde vivía Hawthorne? —le preguntó.

—¿Disculpa?

—Nathaniel Hawthorne —dijo, ansiosa—. Aquí dice que vivió en Salem un tiempo.

—Jovencita, sabemos muy bien en dónde vivió. Gracias a nuestro fondo histórico, su casa pudo conservarse. De hecho, continúa de pie hasta la fecha. Intacta.

Caitlin y Caleb se miraron.

Ambos sabían a dónde tenían que dirigirse ahora.

OceanofPDF.com

DIEZ

Cuando Caitlin y Caleb llegaron a la casa de Hawthorne, el sol ya se ocultaba. La austera casa estaba a unos quince metros de la acera; tenía arbustos y un caminito a la entrada que la hacían lucir como cualquier otra pequeña vivienda suburbana. Su color rojo profundo y las persianas le daban un toque de sencillez inmemorial. Era bastante sobria.

Pero a pesar de todo, era obvio que se trataba de un lugar distinto, que irradiaba historia.

Ambos se quedaron mirándola en silencio.

—Pensé que sería más grande —dijo Caitlin.

Caleb continuaba con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede?

—Recuerdo esta casa —contestó Caleb—. No estoy seguro por qué, pero recuerdo que era de otra persona.

Caitlin observó sus perfectos rasgos y se maravilló por todos los recuerdos que parecía tener. Se preguntó qué se sentiría tener una memoria así. Cientos de años... miles. Él había vivido experiencias que ella ni siquiera podía imaginar. Se preguntaba si sería una bendición o una maldición, si a ella misma le gustaría vivir de esa manera.

Dio unos pasos hasta llegar a la cerca de metal que circundaba la propiedad. Trató de abrir el cerrojo pero se dio cuenta de que no era posible. Entonces vio el letrero: 9 AM a 5 PM Lu-Vi.

En su reloj vio que eran las 5:30. Estaba cerrado.

—¿Y ahora qué? —se preguntó.

Caleb miró con sigilo alrededor, y ella también. No había nadie. Caitlin comprendió lo que él estaba pensando. La volteó a ver y ella asintió.

Caleb se estiró hasta alcanzar el cerrojo de metal, y con un movimiento ágil y fluido, arrancó las bisagras. Volvió a revisar que no lo hubiera visto nadie y abrió la verja. Le indicó a Caitlin con un gesto que se apurara a pasar. Cuando hubieron entrado, cerró y colocó con suavidad la pieza de metal sobre el césped. Luego, ambos caminaron con rapidez por el caminito.

Caitlin llegó a la puerta del frente y giró la perilla. También estaba cerrada.

Caleb se acercó. Estaba a punto de romperla cuando Caitlin dijo: —¡Espera! Él se detuvo.

—¿Puedo intentarlo yo? —preguntó con una traviesa sonrisa.

Quería saber si tenía la fuerza necesaria. Sentía que corría por sus venas, pero no estaba segura de sus límites, ni de en dónde o cuándo, surgiría.

Él sonrió y se hizo a un lado.

—Por favor —dijo.

Caitlin giró la perilla pero no logró nada. Lo volvió a intentar con más fuerza, pero el resultado fue el mismo. Se sentía frustrada y avergonzada.

Estaba a punto de darse por vencida cuando Caleb le indicó:

—Concéntrate. Lo estás tratando de hacer como humana. Tienes que ir más al fondo; hacerlo desde un lugar diferente dentro de ti. Permite que sea tu cuerpo el que la gire.

Caitlin cerró los ojos y respiró hondo. Nuevamente colocó la mano con suavidad en la perilla y trató de enfocarse, según las instrucciones que había recibido.

Volvió a intentarlo; esta vez, se sorprendió al escuchar un chasquido. Había quebrado la perilla y la puerta ahora estaba entreabierta.

Miró a Caleb y él le sonrió.

—Muy bien —después de felicitarla le indicó que entrara—, las damas primero.

La casa era acogedora. Tenía techos bajos y ventanas antiguas de doce piezas de vidrio. La luz del exterior fenecía, por lo que, a menos de que decidieran encender las luces interiores, tendrían que apresurarse a revisar el lugar. Se movieron con rapidez sobre la antigua y crujiente duela, y trataron de revisar todo en el menor tiempo posible.

—Exactamente, ¿qué estamos buscando? —preguntó Caitlin.

—Lo que tú intuyas será bueno —le contestó—, pero creo que estamos de acuerdo en que éste es el lugar indicado.

Al final del pasillo había un exhibidor grande dedicado a la vida de Hawthorne. Caitlin se detuvo frente a él y leyó en voz alta: “Nathaniel Hawthorne era algo más que un hombre ordinario que escribió acerca de Salem. Él vivió aquí y también usó el pueblo como escenario para la mayoría de sus relatos. Los edificios que describe, forman parte esencial de sus historias y muchos de ellos continúan de pie hasta nuestros días.

“Lo más importante es que Hawthorne tuvo un vínculo personal directo con algunos de los sucesos y los personajes de su obra. En *La letra escarlata*, su libro más famoso, por ejemplo, se cuenta la historia de Hester Prynne, una mujer que fue encarcelada y despreciada en su comunidad por cometer

adulterio. Hawthorne estuvo involucrado en aquellos sucesos más de lo que se podría pensar. John Hawthorne, su abuelo, fue uno de los principales jueces en los juicios de brujas de Salem. Él fue responsable de acusar, juzgar y condenar a muerte a las brujas. Hawthorne tuvo que cargar con el peso de su abrumador ancestro.

Caitlin y Caleb se miraron; cada vez estaban más intrigados. Era obvio que había una fuerte conexión en los hechos, y ambos notaron que se estaban acercando a algo de gran relevancia. Sin embargo, no estaban seguros de qué se trataba. Todavía les faltaba un eslabón.

Siguieron inspeccionando la casa; examinaron varios objetos en busca de cualquier indicio, pero, cuando terminaron de buscar en el primer piso, aún no había encontrado nada.

Ambos se detuvieron frente a una estrecha escalera de madera. El paso estaba cerrado con una soga de terciopelo de la que colgaba un aviso: “No pasar. Sólo personal autorizado.

Caleb miró a Caitlin.

—Ya llegamos hasta aquí —le dijo.

Se inclinó y desenganchó la soga.

Emocionada, Caitlin pasó primero. Sus pasos resonaron sobre los sólidos escalones de madera. La casa crujía y rechinaba como si estuviera protestando por la intromisión de sus nuevos visitantes.

El segundo piso tenía los techos aún más bajos. Caleb apenas podía mantenerse de pie. Ya había oscurecido y sólo quedaba suficiente luz para moverse. Permanecieron de pie en una hermosa y agradable habitación con anchas placas de madera en el suelo y ventanas antiguas como las del piso inferior. La decoración era de muy buen gusto e incluía mobiliario de época. Al centro había una chimenea de ladrillo cuyas ennegrecidas orillas eran el obvio resultado de su uso a lo largo de los años.

En la parte superior de las escaleras había otro exhibidor, en esta ocasión, dedicado a Elizabeth Paine.

Caitlin leyó en voz alta: “Hester Prynne, el personaje más famoso de Hawthorne. Fue la mujer de *La letra escarlata*; quien fue perseguida por negarse a revelar la identidad del padre de su hijo. Según muchos estudiosos, el personaje estaba inspirado en una residente de Salem: Elizabeth Paine. Nadie ha podido identificar el linaje del hijo de Elizabeth debido a que ella se negó a confesarle a la gente de la comunidad, quién era el padre. Cuenta la leyenda que fue un hombre misterioso que llegó de

Europa en un barco. Aparentemente, tuvieron un romance prohibido en aquella época.

“A Elizabeth la exiliaron de Salem y la forzaron a vivir sola con su hijo, en una pequeña cabaña en los bosques a las afueras del pueblo. Tampoco ha sido posible determinar la ubicación exacta de la cabaña.”

Caitlin se quedó sin habla.

—¿Un romance prohibido? —preguntó— Es decir...

Caleb asintió.

—Sí, un romance entre un vampiro y un humano. En realidad, la historia no es sobre adulterio. Eso es sólo una pantalla, una alegoría. Es acerca de nosotros, de nuestra especie. Para ser más exactos, es sobre ti: el bebé, el mestizo.

Caitlin sintió que todo le daba vueltas. Las implicaciones eran demasiadas para ella.

Tampoco pudo evitar darse cuenta de que la historia se repetía, que, generaciones después, ella estaba siguiendo el mismo patrón. Un romance prohibido, dos razas. Ella y Caleb. La historia era igual: estaban haciendo lo mismo que sus ancestros. Entonces se preguntó si, toda una vida, se repetía una y otra vez, por toda la eternidad.

Inspeccionaron la habitación. Era difícil ver con tan poca luz y ella aún no sabía qué buscar. Ahora, sin embargo, estaba segura de que estaban en el lugar correcto.

Y Caleb parecía pensar lo mismo. Deambulaba con curiosidad revisándolo todo. Ambos estaban seguros de que, lo que necesitaban, se encontraba en aquella habitación. ¿Podría incluso ser la espada misma?

No obstante, había pocos muebles en el lugar, por lo que les parecía difícil que hubiera algo oculto.

—Aquí —dijo finalmente Caleb.

Estaba junto a una credencia. Caitlin corrió a su lado.

Caleb recorrió con sus dedos uno de los lados del mueble.

—Mira —le dijo a Caitlin, y luego tomó su mano y la guió por la superficie. Había un pequeño hueco, en forma de cruz, cubierto de metal.

—¿Qué es?— preguntó ella.

—No lo sé, pero de algo estoy seguro: este hueco no le corresponde al mueble. Además, sospecho, por la peculiar silueta que tiene, por sus líneas curvadas, que tu cruz encajaría aquí a la perfección.

Ella lo miró sin saber de qué estaba hablando. De pronto, lo comprendió todo. Su cruz.

—Creo que es una llave —agregó Caleb.

Ella se lo quitó apurada, y juntos, lo insertaron con suavidad sobre el metal. Caitlin se quedó asombrada al ver que encajaba. Hizo un suave clic al entrar; luego lo giraron a la derecha con mucha delicadeza. Entonces se abrió un estrecho compartimiento vertical.

El corazón de Caitlin palpitaba con ímpetu; metió la mano y sacó un frágil pergamino. El objeto lucía amarillo y quebradizo, y estaba atado con un antiguo cordel, a punto de desmoronarse.

Se lo entregó a Caleb y ambos lo desenrollaron.

Era un mapa trazado a mano, con cientos de años de antigüedad.

En la parte superior había un garabato que decía: Cabaña de Elizabeth.

Caleb miró a Caitlin.

—Su cabaña —dijo casi sin aliento—, es un mapa que indica en dónde vivía.

Caitlin lo contempló atónita.

—Quien quiera que lo haya ocultado aquí, quería que tú lo encontraras. Tu dije era la llave; además, nunca fue abierto sino hasta ahora. Él quería que tuvieras al mapa para llegar a la cabaña. Ahí debe haber algo para ti.

Era para *ella*, para Caitlin. Sólo para ella. Fue abrumador. La hizo sentir querida por primera vez en su vida. Amada e importante. Tenía un vínculo con algo que era mucho más grande, más antiguo. Ella era el centro de aquel gran acertijo, y todo eso, le provocaba emociones que no podía ocultar.

De repente, algo sucedió. Un espantoso dolor le sacudió el estómago. No podía respirar y comenzó a jadear.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Caleb al mismo tiempo que acariciaba su hombro.

Era un dolor ocasionado por el hambre. Había vuelto. Pero esta ocasión era tan insoportable que ni siquiera podía respirar.

De pronto sintió otro, tan fuerte, que se puso de pie dando tumbos. Se escuchó aullar. Fue un horrible sonido que no pertenecía a este mundo. Después corrió por toda la habitación con la esperanza de que el dolor la dejara en paz. Pasó junto a una pieza de las que se exhibían y la tiró. Sólo escuchó cómo se hacía añicos.

Pero no podía controlarse; iba dando tantas vueltas que pronto destruiría todo lo que había en el lugar.

Caleb apareció junto a ella y la sujetó firmemente

—Caitlin —le dijo con severidad—, ¡Caitlin, escúchame!

La tomó de los hombros con toda su fuerza, pero, aun así, le era difícil contenerla.

—Vas a estar bien, sólo es el hambre. ¿Me escuchas? Todo va a estar bien; necesitas alimentarte. Tenemos que sacarte de aquí —le dijo para tranquilizarla— ¡Ahora mismo!

Caitlin volteó hacia arriba pero el aturdimiento le impedía ver a Caleb. Lo escuchaba, pero el dolor era demasiado fuerte, la estaba venciendo. Eran ansias de alimentarse, de destruir, de saciarse: en ese preciso momento.

Caleb se dio cuenta de que, lo que se estaba apoderando de ella, tenía una fuerza muy superior. Antes de que Caitlin reaccionara, la tomó del brazo y la condujo a la planta baja de la casa para salir de ahí.

Casi había oscurecido por completo cuando abandonaron la casa de Hawthorne y cruzaron por el caminito de la entrada. Se movían con tal rapidez que no se dieron cuenta de que se dirigían a una enorme trampa.

—¡Alto! —gritó una voz.

Frente a ellos había varios policías de Salem con las armas desenfundadas.

—Las manos arriba. ¡Lentamente!

Caitlin seguía aturdida. Los dolores eran tan intensos, que ya no podía contener las ondeadas de ira y de violencia que se estaban apoderando de ella. Le resultaba muy difícil enfocarse y escuchar lo que decían. Vio a los policías pero no sintió temor. Al contrario, ansiaba lanzárseles encima.

Lo único que la mantenía a raya era el fuerte abrazo de Caleb.

—¡Dije, las manos arriba! —gritó uno de los oficiales mientras los otros dos se acercaban.

—Calma, Caitlin, calma —susurró Caleb. Luego, sujetando el pergamino, levantó las manos y la instó a hacer lo mismo—. No pueden hacernos daño. Pero Caitlin estaba muy alterada. Vio que los policías le estaban apuntando a Caleb y la furia la invadió. El dolor la atacó de nuevo, y ella, con su visión especial, se enfocó en uno de los oficiales, en su garganta. Percibió cómo corría la sangre. La necesitaba.

Se lanzó. Saltó hasta estar en frente del oficial, y antes de que tuviera oportunidad de reaccionar, Caitlin ya estaba encima de él, sujetándolo. Echó

la cabeza hacia atrás y sus dientes se mostraron furiosos; buscaban el cuello del hombre.

Entonces, se escuchó un balazo.

OceanofPDF.com

ONCE

El reloj marcó la media noche y Kyle bajó por la escalinata de mármol flanqueado por más de veinte secuaces. Había sido una noche larga, pero todo salió mejor de lo que él había planeado. A pesar de todo, aún temía el encuentro con Rexius, su amo, y líder de la cofradía. Habían estado juntos durante miles de años y sabía bien que no soportaba tonterías; no toleraba los errores. Kyle se había sentido muy nervioso desde que aquella chica Caitlin se le escapó. Rexius siempre castigaba hasta la menor transgresión, por lo que Kyle había estado preparándose sin saber cuándo llegaría la sanción. Sabía que Rexius sólo se estaba tomando su tiempo; que jamás olvidaría.

A pesar de todo, aquella noche la labor de Kyle había sido tan espectacular en todos los rincones de la ciudad, que le parecía imposible que su amo pudiera estar molesto con él. Seguramente su reciente desempeño compensaba aquel error del pasado más allá de lo necesario. Después de todo, estaban justo en medio de un momento histórico y Kyle era el general de esta nueva guerra. ¿Cómo podría su amo atreverse a castigarlo justo ahora?

Ciertamente, entre más pensaba en ella, más deseaba Kyle que se produjera la reunión con su jefe. Tenía muchos deseos de reportar la fuerza de la peste, la velocidad con que se estaba propagando y la eficiencia con la que él y sus hombres la habían distribuido. Estaba ansioso por recibir la aprobación de Rexius y compartir la emoción que ambos sentían por el hecho de que la guerra que esperaron durante miles de años, por fin había llegado.

Kyle siguió internándose en lo profundo de la tierra; llegó a estar debajo del Ayuntamiento, pasó por otro corredor de mármol y atravesó un par de enormes puertas medievales. La experiencia era embriagante, había esperado ese momento durante años. Además, adoraba la sensación que le producía tener aquel enorme séquito detrás de él y la emoción de la guerra que estaba a punto de iniciarse. No había sentido ese vértigo de alegría desde que presenció las decapitaciones en la Revolución Francesa.

El vampiro entró en la cámara de su amo y cruzó un par de puertas abatibles. En ese momento, varios vampiros de mayor edad se pusieron detrás de él y le impidieron a su séquito seguirlo. Kyle escuchó que se

azotaba la puerta y notó que se había quedado solo. No le agradaba aquello, pero por supuesto, sabía que al tratar con Rexius, nunca se podía tener opciones ni saber cuál sería la siguiente sorpresa.

La cámara era una enorme sala que parecía caverna. Kyle miró alrededor y se sorprendió al ver a cientos de vampiros formados a lo largo de toda la pared. La cantidad de elementos se había incrementado de forma dramática, tanto, que había varios de ellos a los que ni siquiera reconocía.

Los vampiros estaban de pie en silencio y se mantenían pegados a la pared. Estaban muy alerta pero eran prácticamente invisibles. El único que sobresalía era Rexius, el líder. Como siempre, estaba sentado al centro en su enorme trono de mármol y tenía la mirada fija en Kyle. Así le gustaba hacer las cosas.

Kyle dio un paso al frente e hizo una reverencia.

—Mi señor —dijo.

Un pesado silencio pesaba sobre la cámara.

Kyle levantó la vista.

—Le agradecerá saber, mi señor, que nuestra labor se ha desarrollado de una forma admirable. La peste ya se propagó a todos los rincones de la ciudad. Los humanos caerán hincados en cuestión de días.

Hubo un incómodo silencio de varios segundos en el que Kyle sintió la mirada de desprecio que le brindaba su amo. La de aquellos azules ojos de hielo que siempre le producían escalofríos.

Finalmente, el vampiro fijó la vista en el suelo y volvió a inclinarse. Le era imposible sostenerle la mirada a su amo.

—Has hecho un buen trabajo, Kyle —dijo el líder con un tono de voz deliberadamente oscuro y grave—. Las otras cofradías ya se están reportando y, en este preciso momento, el número de participantes sigue creciendo.

—La guerra será maravillosa, amo —dijo Kyle—, y estoy honrado de poder ser el líder a su servicio.

De nuevo se produjo un largo silencio.

—Cierto —dijo al fin Rexius—, esta guerra será maravillosa. En unos cuantos días Nueva York será nuestra, y en unas semanas más, habremos esclavizado a toda la raza humana.

Rexius sonrió y se chupó los labios ligeramente. A Kyle siempre le daba temor ese gesto porque, una sonrisa en los labios de Rexius, sólo podía significar una cosa: malas noticias.

—Pero mucho me temo —continuó Rexius—, que tú no estarás aquí para compartir esa alegría con nosotros.

Kyle sintió un dolor en el pecho y miró hacia arriba temeroso. No sabía qué decir. ¿En dónde estaría? ¿Lo enviaría su amo a otro lugar?

—¿No estaré aquí? —preguntó intrigado, y se sintió avergonzado en cuanto escuchó su quebrada voz— Mi señor, me temo que no entiendo, he tenido un desempeño perfecto.

—Lo sé, y ésa es la única razón por la que continúas vivo hasta este momento —dijo Rexius.

Kyle tragó saliva.

—Pero aún quedan tus errores del pasado, los cuales nunca olvidaré, Kyle.

El vampiro volvió a tragar saliva sin poder paliar la resequedad de su garganta. Eso era lo que había estado temiendo.

—Dejaste que escapara la mestiza y ella podría conducir a alguien más hasta la espada. En ese caso, nuestra guerra estaría en peligro —Rexius se inclinó para que Kyle pudiera recibir el efecto completo de sus álgidos ojos azules—. Estaría en *gran* peligro.

Kyle sabía que no debía tratar de defenderse, que eso sólo empeoraría las cosas. Por esa razón, sólo esperó arrodillado, temblando de miedo y coraje. Lo habían engañado. Él había hecho bien su trabajo en esa guerra y ahora lo castigarían por ello.

Hubo un prolongado silencio, y mientras tanto, Kyle pensaba en lo que le depararía el futuro.

—Kyle de la Cofradía de Blacktide, has fallado en tus labores y quebrantado a nuestra sagrada comunidad. Por eso te sentencio a un baño parcial en ácido yódico, seguido por el exilio perpetuo de esta cofradía. Ya no estarás entre nosotros. Vivirás, pero tendrás un camino solitario y jamás reconoceremos tu nombre. Serás marginado para siempre.

Kyle abrió los ojos lleno de temor y asombro, y decenas de sirvientes aparecieron de pronto, lo sujetaron de los brazos y lo arrastraron al exterior. Ese castigo era demasiado exagerado. Era injusto.

—Pero, amo, no puede hacer eso: ¡he sido su mejor soldado durante siglos! Kyle forcejeó pero cada vez había más y más vampiros a su alrededor expulsándolo.

—¡Puedo encontrarla! —gritó cuando lo sacaban— ¡Puedo traerla de vuelta! ¡Yo solo! Sé cómo encontrarla, ¡tiene que darme una oportunidad!

—Ya has tenido demasiadas oportunidades —dijo el líder con una sonrisa de hielo—. La encontraré yo mismo, además, hay muchos soldados más en mi ejército.

Eso fue lo último que escuchó Kyle; luego fue arrastrado hasta afuera de la cámara a través de las puertas abatibles.

—¡Mi señor! —comenzó a gritar, pero las puertas se le cerraron en la cara antes de que pudiera terminar.

Kyle sintió los brazos sobre todo su cuerpo, y antes de que pudiera darse cuenta, estaba tirado de espaldas sobre una enorme losa.

Sobre él se cernían muchos vampiros que lo mantenían acostado en la piedra. Era una venganza frenética. Pensó en los miles de años que tenía, en todas las venganzas que había acumulado. Había tenido que pisar sobre mucha gente para alcanzar el lugar que ocupaba, pero ahora había llegado la hora de la revancha.

Uno de los vampiros lo miró con desprecio y caminó hacia él con una cubeta en las manos. Kyle percibió el espantoso hedor del ácido yódico antes de verlo siquiera.

—¡NO! —gritó. Ya había visto a otros sufrir a otros por el mismo tormento y sabía el espantoso dolor que le esperaba.

Cuando miró hacia arriba, lo último que vio fue la cubeta inclinada. Luego, los vampiros vertieron el líquido directamente sobre su rostro.

Y entonces, sus aullidos inundaron todos los recintos.

DOCE

En cuanto Caitlin voló en el viento frío abrazada con fuerza a Caleb, los dolores que le provocaba el hambre comenzaron a disiparse y sus pensamientos se aclararon. Miró a Caleb y lo vio cubierto de sangre; ambos lo estaban. Entonces trató de recordar lo que había sucedido.

Recordaba que habían salido de la casa de Hawthorne, también recordaba a la policía y el momento en que perdió el control. Entonces hubo un balazo. Sí, así había sido; cuando sacó sus colmillos para morder al oficial, Caleb la jaló de repente. La aventó con la velocidad del rayo, y de esa manera, la había salvado de atacar a otro ser humano.

Pero tuvo que pagar las consecuencias. El oficial disparó y le dio a Caleb en el brazo. Era su sangre la que los cubría a ambos, sin embargo, la pérdida no parecía haberlo debilitado. De alguna manera logró noquear a los tres policías antes de que ellos pudieran reaccionar, levantó a Caitlin con la misma inercia que llevaba y se elevó. A Caitlin le maravilló el control que él había demostrado en cada situación. Fue capaz de sacarlos de ahí sin que nadie saliera lastimado de gravedad, excepto él. A ella le apenaba no ser una criatura tan evolucionada como él, no tener el mismo control, y además, se sentía mal por haberlo expuesto otra vez al peligro.

Caitlin y Caleb sobrevolaron los bosques a las afueras de Salem en medio de la oscuridad. Durante su recorrido en el frío aire nocturno, ella sintió que la calma le regresaba poco a poco. Caleb la sujetaba con fuerza en el aire y ella sintió como su cuerpo comenzaba a relajarse. El hambre había menguado, así como su furia.

Caitlin casi había vuelto a la normalidad para cuando aterrizaron. Ahora que tenía mayor claridad, los sucesos de una hora atrás parecían una salvaje y alocada mancha borrosa, y le costaba trabajo entender por qué había reaccionado de esa manera. ¿Por qué había enfurecido con tanta rapidez?, ¿por qué le había sido imposible controlarse?

Por supuesto, sabía que la respuesta no era intelectual: cuando los dolores la aquejaban, sencillamente perdía todo el control. Se convertía en una persona distinta, alguien que estaba a merced de sus instintos animales. Gracias a Dios que tenía a Caleb, porque no le habría gustado cargar con el remordimiento de asesinar a aquel policía. Estaba muy agradecida de que la hubiera rescatado antes de que hiciera algo irreversible.

Caitlin volvió a sentirse mal cuando vio cómo goteaba la sangre del brazo de Caleb. Le habían disparado por su culpa.

Se inclinó y le puso la mano sobre el brazo.

Él miró hacia abajo.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Vas a estar bien?

—Sí —contestó él—. Los vampiros no son como los humanos: nuestra piel se recupera con prontitud. En unas cuantas horas habrá sanado por completo. Además, era una bala común y corriente, si hubiera sido de plata, entonces la historia habría sido muy diferente. Pero no fue así, entonces no te preocupes —le dijo con amabilidad.

Caitlin se fijó en el brazo de Caleb y se dio cuenta de que ya había comenzado a sanar. Era asombroso; apenas se veía como poco más que un moretón azulado. Era como si la piel se estuviera reparando frente a sus propios ojos.

Se preguntó si ella tendría un poder similar, pero claro, como era mestiza, lo más probable era que no lo tuviera. Como la mayoría de los otros poderes, seguramente estaba reservado para los vampiros de sangre pura. Por una parte, deseaba ser como ellos; inmortal, tener poderes sobrenaturales, ser inmune a casi todas las armas. Tenía algunos de esos rasgos, pero, obviamente, no todos. Estaba atrapada entre dos mundos y no sabía cuál elegir.

De cualquier forma no tenía muchas opciones. La única manera de convertirse en un vampiro genuino y puro, era que uno de ellos la convirtiera, y Caleb no se lo había ofrecido. Eso estaba prohibido, e incluso si no lo estaba, daba la impresión de que él no lo haría. Daba la impresión de que se sentía agobiado por su inmortalidad, y que de hecho, envidiaba la posibilidad que ella tenía de morir. También era obvio que, por el propio bien de Caitlin, no deseaba que ella se convirtiera en lo mismo que él.

—¿Aún lo tienes?

Ella lo miró sin comprenderlo.

—El mapa —añadió él.

Por supuesto, el mismo mapa que los había conducido hasta ahí.

Ella buscó en su bolsillo y se sintió aliviada al descubrir que el seguía ahí.

Gracias a Dios por los bolsillos con cierre.

Se lo entregó a Caleb.

Él lo desenrolló y lo observó.

—No estamos lejos —dijo, y luego bajó el mapa y se fijó en el bosque que tenían frente a ellos—. La cabaña debe estar cerca de aquí.

Caitlin miró alrededor y entrecerró los ojos para ver mejor en la oscuridad. Lo único que había eran árboles.

—No veo nada —dijo.

—Es un mapa viejo —explicó Caleb—. Fue trazado a mano y es muy burdo. Estoy seguro de que hay imprecisiones, pero, según los símbolos, ésta es la zona.

Ambos volvieron a mirar alrededor, pero seguían sin ver nada.

—Esta cabaña estuvo aquí hace cientos de años —dijo Caitlin—. ¿No crees que pudo haber sido destruida?

Caleb escudriñó el bosque y tomó una dirección específica; ella lo siguió y las hojas crujieron bajo sus pisadas.

—Sí —contestó él—, es posible, en especial si era de madera. De hecho es lo más probable, pero espero que la hayan construido con piedra. La mayoría de las viviendas de vampiros estaban hechas con ese material, en ese caso, tal vez todavía subsista, al menos una parte.

—Pero aun así, ¿no crees que, después de tantos años, ya la habría descubierto alguien?, ¿o tal vez ya hasta fue destruida por vándalos? —le preguntó Caitlin.

—Tal vez, a menos de que...

—¿A menos de que qué...? —lo presionó Caitlin.

—A menos de que la naturaleza la haya envuelto. Hay una tradición entre los vampiros que nos permite pasar pistas de generación en generación. Primero construimos una cabaña de piedra, y luego sembramos glicinia, espinas y capas de matorrales alrededor de ella. Si a todas esas plantas trepadoras se les permite crecer con libertad, se reproducirán de manera silvestre y con gran rapidez. Llegan a ser tan gruesas y profundas con el tiempo, que, si la cabaña se encuentra en un lugar suficientemente remoto, permanecerá inmaculada e invisible para los extraños. De esa manera, quienes conozcan esta información, podrán encontrarla siglos después.

Caleb miró alrededor.

—La ventaja que tenemos aquí es que este bosque está alejado de la civilización. Eso me da algo de esperanza.

—Bueno, eso sería asumiendo que tenemos un mapa genuino —dijo Caitlin tratando de asumir el papel de abogada del diablo—, pero, ¿qué tal si alguien lo “plantó”? Tal vez es una pista falsa.

Caleb la miró y sonrió.

—Tienes una estructura mental muy sofisticada —le dijo—. Pero tal vez estás pensando las cosas demasiado. Sí, lo que dices es posible, pero lo dudo. Creo que el pergamino es real.

La tomó de la mano y se internaron más en el bosque. El único sonido que se escuchaba era el del crujido de las hojas. Caitlin sentía que el frío le calaba los huesos.

De pronto Caleb se quitó la amplia gabardina de piel y la colocó sobre los hombros de su acompañante. Como siempre, a ella le sorprendió la forma en que él leía su mente, y se sintió conmovida por su generosidad.

—No —dijo ella—, no puedo tomar tu...

—Por favor —la interrumpió él—, yo no tengo frío.

A Caitlin le encantó la sensación de la prenda sobre sus hombros. No esperaba que fuera tan pesada; además, el interior todavía conservaba el calor del cuerpo de Caleb. A ella le fascinaba el aroma de la piel; se sentía tan antigua, tan cómoda... era como si la hubiera usado durante cientos de años. La gabardina era demasiado grande para ella, pero, de alguna manera, le quedaba a la perfección. En cuanto se la puso, sintió que le pertenecía. Era como si fueran novios y eso le encantaba a ella.

Caleb miró hacia abajo, revisó el pergamino y volvió a voltear hacia el bosque, pero seguía sin encontrar nada.

Caitlin también revisó por todos lados y entrecerró los ojos aún más para tratar de ver en la oscuridad. Cuando su visión se ajustó un poco más, creyó ver algo.

—Caleb, —le llamó.

Él volteó y ella señaló con el dedo.

—¿Ves eso? En el horizonte, parecen matorrales llenos de ramas. ¿Crees que pueda ser ahí?

Él puso más atención y también entrecerró los ojos. Al final, la tomó de la mano y la condujo hasta el auto. No tenemos nada que perder —dijo.

Caminaron hacia lo que habían visto y el crujir de las hojas continuó. Caitlin se sentía animada. Era un gigante e impenetrable matorral de espinas y ramas enredadas. Parecía una pared. Lo rodearon y se dieron cuenta de que tenía unos treinta metros de diámetro. Era inaccesible, y además, se apegaba perfectamente a la descripción que había hecho Caleb. Nadie podría penetrar a menos de que contara con un afilado machete y estuviera dispuesto a pasar días y días cortando la maleza. Lo más probable era que,

cualquier cosa que estuviera en su centro, si es que había algo ahí, se encontraría inmaculado.

Pero, por otra parte, tal vez sólo se trataba de un inmenso matorral de espinas y ramas que no les proporcionaría nada más que problemas

Caleb asintió.

—Sí —dijo—, esto podría ser.

Lo observó durante unos minutos y, finalmente, dijo:

Hazte hacia atrás.

Caitlin dio varios pasos en reversa preguntándose cuál sería el plan de Caleb.

Él se bajó las mangas, cubrió con ellas sus manos para protegerlas y luego se extendió. Con su increíble fuerza arrancó el matorral. Fue asombroso, fue como observar a una sierra eléctrica hacer el trabajo.

En unos cuantos segundos logró abrir una brecha, pero sólo tan amplia como para que una persona cupiera. Ya casi se había perdido en el matorral cuando, de pronto, la chica lo escuchó gritar:

—¡Aquí!

Caitlin caminó por el angosto sendero y atravesó el muro de ramas. Unos diez metros más adelante, por fin lo alcanzó.

Miró sobre su hombro y alcanzó a ver una pequeña pared de piedra.

—La encontraste —dijo y sonrió.

Él quitó algunas ramas más y con eso reveló una entradita con arco que conducía a la pequeña cabaña de piedra. Caleb entró tomando de la mano a Caitlin, quien lo seguía de cerca.

Estaba oscuro y lleno de moho. Ambos tuvieron que dar pasitos entrecortados hasta que Caleb se detuvo de repente. Escucharon que algo rodaba bajo de sus pies, por lo que él se agachó. Luego levantó un objeto.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

Él lo sostuvo en alto pero no veía bien. Finalmente, dijo:

—Son velas antiguas; creo que están intactas. Sostén esto.

Caitlin sujetó la vela y él frotó sus manos a la velocidad de la luz. Ella jamás había visto algo así. En unos cuantos segundos, sus manos se movían con tal rapidez que Caitlin casi podía sentir cómo surgía el calor de ellas. Entonces, Caleb tocó el pabito de la vela y así se quedó un rato. Después de un segundo, ambos se retiraron, y para sorpresa de la chica, la vela ya estaba encendida. Lo miró asombrada y deseó poder hacerlo también.

—Tienes que enseñarme cómo hacer eso —le dijo, y lo vio sonreír iluminado por la tenue luz.

Caitlin acercó la vela al suelo y descubrió que había varias más tiradas. Eso fue lo que provocó el ruido que escucharon. Caleb recogió otra, jaló el pabilo para que Caitlin pudiera encenderla. Ahora cada quien tenía una y eso era suficiente para iluminar el lugar.

Era una cabaña muy pequeña; Caitlin apenas cabía de pie y Caleb tuvo que encorvarse. La única habitación tampoco era muy amplia; tal vez mediría unos tres metros por tres. Las paredes eran de piedra, y aunque no estaban alineadas a la perfección, tampoco formaban recovecos en los que se hubiera podido esconder algo. Contra la pared más alejada, se veía la base de una chimenea llena de ramitas que seguramente estuvieron cayendo por siglos desde el exterior, a través del ducto de la chimenea misma.

Caitlin miró hacia abajo y descubrió que los pisos estaban hechos de placas de madera que lucían inmaculadas; era asombroso. Sin embargo, también era lógico: la cabaña no tenía ventanas y, aparte de la chimenea y la puerta, no había ninguna otra forma de que los elementos de la naturaleza pudieran entrar. Además, dado el grosor de la maleza que la había cubierto, era obvio que nada se había podido acercar a ella en cientos de años.

Realmente no había mucho que ver ni lugares en donde se pudiera haber escondido algo. El lugar estaba completamente desnudo y, por desgracia, parecía ser otro callejón sin salida.

Pero por lo menos, la cabaña estaba seca y ofrecía un refugio acogedor. Si no encontraban algo, por lo menos podrían pasar la noche ahí, entrar en calor y descansar un poco.

—¿Crees poder encender la chimenea? —preguntó ella.

Caleb la inspeccionó.

—No veo por qué no.

Luego Caleb le entregó su vela, se acercó y con gran rapidez sacó toda la tierra y las ramitas. El polvo le provocó estornudos a la chica.

El vampiro se metió en el hueco de la chimenea y sacó más ramas; las reunió todas y luego las sacó de la cabaña.

Caitlin lo escuchó subir por el techo y sacar más ramas desde arriba. De pronto sintió una tenue corriente de aire y supo que Caleb había despejado todo el ducto. Unos instantes después, él apareció de nuevo en el interior de la cabaña; traía consigo una pequeña cantidad de leños secos y listos para quemarse. A Caitlin le fascinaba ver la velocidad con la que hacía todo; a

velocidad de vampiro. Era increíble; al compararse con él, se sentía demasiado torpe y lenta.

Caleb colocó los leños en la chimenea, volvió a tomar su vela y encendió la madera en varios lugares. En unos cuantos minutos tenían un fuego bien alimentado en la acogedora cabañita. Caitlin estaba agradecida por el calor que les brindaba la chimenea.

Entonces incrustó las velas en las rendijas que había entre las piedras de la pared, lo más alto que pudo. Gracias a eso y a la chimenea, la habitación tenía bastante luz y estaba caliente. Ahora que tenía las manos libres, se acercó al fuego, y luego se sentó apoyada en la pared de piedra. Se frotó las manos cerca al calor y comenzó a sentirse mejor.

Caleb la imitó; pero él se sentó del lado opuesto del fuego. Quedaron frente a frente y sus pies casi alcanzaban a tocarse.

Él inspeccionó el lugar. Miró el suelo, las paredes y luego el techo. Se fijó muy bien en los ladrillos de la chimenea y los escudriñó sin dejar pasar un solo detalle. Caitlin también observó la cabaña con meticulosidad. Ambos tenían las mismas dudas: ¿qué podría ser lo que estaba escondido?, ¿y en dónde?

—Definitivamente, éste es el sitio —dijo Caleb—. Aquí vivió Elizabeth. La pregunta ahora es: ¿por qué el mapa nos trajo hasta aquí? No veo nada —dijo, aceptando la derrota.

—Yo tampoco —tuvo que admitir Caitlin.

Se quedaron en medio de un silencio bastante agradable. Después de toda la locura de aquel día, ella se sentía agotada. Estaba contenta de que habían encontrado un lugar para guarecerse; estaba tan cansada que no quería pensar en nada más. Le encantaba la sensación que le producía la gabardina de Caleb sobre sus hombros. En uno de los bolsillos del pantalón todavía traía su diario; le dieron deseos de sacarlo y escribir, pero estaba exhausta.

Miró a Caleb y estudió sus rasgos. Le fascinó ver lo resistente que era al frío, al cansancio y al hambre. De hecho, hasta parecía que, con cada noche que pasaba, tenía más energía. A pesar de todo por lo que habían enfrentado, él parecía estar en perfectas condiciones. Incluso a pesar del disparo. Caitlin miró su brazo y notó que ya había sanado por completo.

Sus ojos, perdidos en el fuego y en sus pensamientos, resplandecían y lucían más cafés que nunca. A Caitlin le abrumaba la necesidad que tenía de saber más sobre él.

—Cuéntame acerca de ti —le dijo—. Por favor.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó sin despegar la mirada del fuego.

—Todo —contestó ella—. Lo que has visto y que yo... ni siquiera puedo comprender —le dijo—. ¿Qué es lo que más recuerdas?

Caleb frunció el ceño y un prolongado silencio se apoderó del lugar.

—Es difícil decirlo —comenzó a narrar en voz baja—. Al principio, en mis primeras vidas, sólo estaba lleno de la tremenda emoción de estar vivo siglo tras siglo. Había sobrevivido a todos mis seres queridos. Primero empiezas a perder a tus amigos, a tu familia y a toda la gente que amas. Eso es lo más doloroso; es el período más difícil porque comienzas a sentirte muy, muy solo.

—Después de los primeros cien años, comienzas a formar vínculos con los lugares en vez de con la gente. Te apegas a los pueblitos, las ciudades, edificios, montañas... Eso es lo que te interesa más.

—Pero a medida que pasan más y más siglos, hasta los lugares fenecen. En los pueblos, por ejemplo, surgen nuevas comunidades. Los países se convierten en otros países y las guerras destruyen culturas enteras por las que sentías afecto. Los idiomas se pierden, y entonces, uno aprende que tampoco debe aferrarse a esas cosas.

Caleb aclaró la garganta y se concentró más.

—Cuando desaparecen los lugares que amas, entonces te aferras a los bienes materiales. Yo coleccioné artefactos e invaluables tesoros durante siglos. Gozaba mucho al hacerlo. Pero después de varios cientos de años, todo eso también perdió su brillo y su valor.

—Finalmente, después de miles de años, comienzas a ver la vida de otra manera. Ya no sientes apego por la gente, ni por los lugares o los bienes materiales. Dejas de aferrarte por completo.

—¿Entonces qué te queda? —preguntó Caitlin— ¿Qué cosas son las que te importan? Debe haber algo.

Caleb se lo quedó viendo mientras pensaba.

—Supongo que —contestó Caleb—, lo que se queda contigo cuando todo lo demás se pierde... son las impresiones.

—¿Impresiones?

—Sí, las impresiones de ciertas personas. Los recuerdos del tiempo que pasaste con ellas y el impacto que tuvieron en ti.

Caitlin trató de elegir con mucho cuidado sus siguientes palabras.

—¿Te refieres a... las relaciones?, ¿a las relaciones románticas?

De nuevo se produjo silencio y Caitlin notó que él también estaba pensando con qué palabras responder a su pregunta.

—Existen muchos tipos de relaciones importantes, pero al final, tal vez el romance es lo que prevalece con mayor vigor —contestó—. Pero claro que es algo mucho más complejo. Al principio es sólo el romance, pero con el tiempo, la otra persona ocupa una pequeña parte de ti. No sé cómo explicarlo, pero, después de todos los siglos, eso es lo que permanece.

A Caitlin le conmovió su candidez. Ella creyó que le hablaría sobre el lugar dónde nació y creció, pero él fue mucho más allá; como siempre. Sus palabras le impactaron pero no estaba segura hasta qué punto. No sabía qué agregar.

—Después de mucho tiempo —continuó Caleb—, cuando conoces a la gente, de inmediato tratas de ubicar la manera en que la conociste en vidas pasadas. Yo descubrí que, cualquier persona a la que conozca ahora, ya convivió conmigo de una manera trascendente en alguna encarnación. Ellos nunca lo recuerdan, pero yo sí. Y siempre estoy a la espera del momento en que viene a mí la memoria de cómo fue que los conocí antes. Cuando ésta surge, entonces todo cobra sentido.

A Caitlin le daba miedo hacer la siguiente pregunta, por lo que vaciló.

—Entonces... ¿qué hay acerca de nosotros?

La chica frunció el ceño y fijó la vista en el fuego. Él tardó mucho tiempo en responder.

—Tú eres la única persona que he conocido, de la que no recuerdo... nada. Sé que te conozco, pero todavía no sé cómo. Hay algo oculto y no entiendo por qué. Lo único que puedo asumir es que existe algo acerca de ti... de nosotros, que se supone que no debo saber.

Caitlin estaba pasmada. Le abrumaba la emoción que Caleb le producía; pero no se atrevía a abrir la boca porque, sabía que cualquier cosa que dijera, podría causarle problemas.

Por eso, se puso de pie, tomó un leño y lo arrojó al fuego con las manos temblorosas. Sin embargo, estaba tan nerviosa que el leño se le cayó y terminó en el suelo con un fuerte golpe.

Ambos se miraron. El ruido sobre la madera sonó hueco. Los pisos: había algo debajo de ellos.

En ese preciso instante ambos se acercaron con rapidez al lugar en donde había caído el leño y Caleb retiró con su mano cientos de años de polvo

hasta que pudieron ver la madera al desnudo. Golpeó fuertemente con los nudillos y ambos volvieron a escuchar la oquedad detrás de la madera.

—Atrás —dijo él, y Caitlin se pegó a la pared.

Entonces, Caleb tomó impulso y golpeó sobre el piso con el brazo. De esa forma abrió un hueco y se escuchó cómo se quebraba la madera. Luego, metió la mano por ahí y rompió varias placas más de madera.

Caitlin tomó una vela y la metió en el hueco. No había mucho espacio; alcanzaron a ver la tierra de abajo. Ella movió un poco la vela sin éxito al principio, pero cuando acercó la luz a la esquina, vio algo de repente.

—¡Ahí!

La chica se estiró y sacó el objeto con mucha cautela. Lo sostuvo y luego lo sacudió para retirar todo el polvo acumulado.

Era un pequeño saco de satín rojo atado con un cordel.

Le entregó la vela a Caleb y desamarró el cordel. Se preguntaba qué podría haber en él. ¿Una moneda?, ¿una joya? El corazón le palpitaba con fuerza tras el hallazgo; finalmente logró abrirlo. Metió los dedos con delicadeza y encontró algo frío y metálico.

Lo sacó y ambos lo miraron.

Era una llavecita.

Caitlin revisó bien el saco para asegurarse de que no quedaba nada más en él. Eso era todo. Sólo la llave.

Se la entregó a Caleb. Él también la sostuvo y la acercó al fuego para examinarla con cuidado.

—¿La reconoces? —le preguntó Caitlin.

Él negó con la cabeza.

Caitlin se acercó a él y ambos se sentaron junto al fuego y tocaron el objeto. Cuando ella la volteó, notó algo. Se chupó el dedo y frotó el metal con él. Una capa de polvo se evaporó y apareció una pequeña inscripción con una delicada tipografía.

La Casa Vincent.

Caitlin miró a Caleb.

—¿La conoces?

Él se recargó en la pared, sacudió la cabeza y suspiró.

—Creo que nuestra búsqueda llegó a su fin —dijo.

Caitlin percibió la decepción que había en su voz. Era obvio que él esperaba encontrar ahí la espada. Ella se sintió apenada, y de cierta forma, culpable. También la frustraban todas las pistas. Se recargó, preparándose para lo que,

aparentemente, sería una prolongada búsqueda. Al menos habían encontrado un indicio en ese lugar; al menos no era un callejón sin salida. Tenían una llave, ¿pero qué tendrían que abrir con ella?

Antes de que pudiera terminar su reflexión, el dolor volvió a aquejarla. Era el hambre, más fuerte que nunca. No podía ni respirar.

Sintió la mano de Caleb sobre su hombro.

—¿Caitlin?

Él no esperó su respuesta; pasó su brazo por debajo de su cuerpo, la levantó y la sacó de la cabaña. Luego atravesó el grueso matorral para llevarla al bosque.

El dolor no dejaba en paz a la chica. Sintió cómo la cargaban por el bosque y alcanzó a ver los árboles al pasar junto a ellos a toda velocidad.

La furia crecía en su interior; el deseo de alimentarse y de asesinar. Su cuerpo mutaba con rapidez y no dejaba de retorcerse en los brazos de Caleb. No sabía por cuánto tiempo más podría mantener el control.

Finalmente Caleb se detuvo y la puso de pie. Sostuvo sus hombros con delicadeza y la miró de frente.

—Debes escucharme. Sé que te será difícil en este momento, pero tienes que enfocarte.

Ella se esforzó mucho y trató de fijarse en sus palabras, en sus ojos. Su mundo se cubría de una bruma rojiza y la urgencia de matar corría por sus venas.

—Te tienes que alimentar, necesitas sangre. Ahora. Estamos en el bosque; yo te puedo enseñar a cazar. Lo haremos juntos.

Te puedo enseñar, enseñar. Caitlin trataba de aferrarse a las palabras.

Luego sintió que algo la jalaba y, antes de que pudiera notarlo, ya habían escapado hacia la noche.

TRECE

Samantha despertó justo al amanecer y miró alrededor. Ahí junto a ella, sobre la cama, estaba el joven Sam. Había sido tan fácil seducirlo que casi se sentía mal de haberlo hecho. Sabía que, al dormir con un humano, había quebrantado una ley, pero éste era tan joven y fresco, que había decidido flexionar un poco las reglas. ¿Por qué no? Nadie se enteraría. Por supuesto ella no lo iba a divulgar, y claro, tampoco permitiría que Sam viviera lo suficiente para contarlo. Tenía que darse un gusto así más o menos cada cien años; era lo mínimo que podía hacer por ella misma.

Además, había algo en él, algo que lo hacía casi tolerable a pesar de ser un humano. De hecho, para ser completamente franca, el chico era algo más que tolerable. Sin embargo, no podía señalar con exactitud qué lo hacía tan atractivo y eso era lo que más le molestaba.

En medio del desasosiego que le causaban sus sentimientos, Samantha se sentó, aún desnuda, y con un ágil movimiento se puso de pie y se deslizó en silencio por la habitación. Levantó su ropa y se vistió con rapidez sin dejar de mirar por las puertas corredizas. Estaba amaneciendo. *Qué irónico, pensó, dormir por la noche y despertar en la mañana. Como los humanos.* Sólo de pensarlo sintió náuseas, pero a veces uno tenía que hacer excepciones.

Volteó por encima de su hombro y vio al chico dormir profundamente. Lo había agotado, eso era obvio. Sabía que él jamás había tenido una experiencia igual y jamás volvería a tenerla. Después de todo, ella contaba con dos mil años de experiencia. Había sido afortunado, Sam. Al menos por ahora. Pero en las próximas semanas esa misma suerte se revertiría, cuando ella se cansara de él y hubiera averiguado todo lo que necesitaba saber acerca de su padre. Entonces, lo tiraría a la basura. Era un juguete divertido por el momento, bastante divertido.

Sam seguía dormido. Ella era muy ágil y delicada en sus movimientos: como un gato. Podría saltar por toda la casa y él jamás escucharía nada, a menos de que ella así lo quisiera. Era una de las muchas ventajas de ser un vampiro.

El chico era muy ingenuo; en verdad se había creído que la casa era de ella. A Samantha le había preocupado cómo explicaría la carencia de cobijas, sábanas y almohadas, en fin, de todo. Pero para su sorpresa, él ni siquiera

preguntó. Por lo menos había varios muebles en el lugar. Tal vez algún corredor de bienes raíces desesperado trató de preparar la casa para mostrarla a clientes potenciales. Bien, pues ella ya le había dado un buen uso al mobiliario.

De pronto sintió que el calor le recorría otra vez el cuerpo y se dio cuenta de que no podría esperar mucho más; tenía que alimentarse. Le había costado mucho trabajo aparearse con él y no llevar las cosas a su fin como siempre lo hacía: bebiendo la sangre de su amante. Pero lo necesitaba vivo. Él era la clave y ella tendría que controlarse. Sin embargo, el hambre la seguía aquejando. Caminó por la casa vacía y se asomó a ver el entrecortado cielo y el solitario camino rural. Se preguntó si algún humano inocente caminaría por ahí en algún momento. Tal vez un niño que se hubiera despertado demasiado temprano. Eso sería perfecto.

De pronto, un radiante BMW se acercó por el camino y dio vuelta en la entrada a la propiedad. Se escuchó el sonido de la grava y los relucientes neumáticos del auto rodaron con lentitud hacia la casa. ¿Quién diablos querría visitar el lugar a esa hora del día? ¿Sabría alguien que ella se encontraba ahí?

El corazón se le detuvo por un momento cuando pensó que podría ser algún integrante de su cofradía. ¿La habrían visto aparearse con el muchacho? Tal vez un vampiro rival la delató y ahora venían para castigarla.

La puerta del auto se abrió y de éste salió un humano vestido con un traje barato y con un letrero que decía “Se vende”, bajo el brazo. El hombre caminó hacia el frente de la casa.

Samantha se sintió tan aliviada que rió a todo pulmón. Era sólo otro patético humano; un corredor de bienes raíces. Los peores de todos.

Por supuesto, era muy lógico. Probablemente se estaba preparando para mostrar la casa. Tal vez tenía programado un evento de “casa-abierta” y había llegado temprano para asegurarse de que todo estuviera limpio y en orden. Demasiado entusiasta... y desesperado.

Lo vio acercarse y fruncir el ceño. En cuanto vio que la casa estaba ocupada, se preocupó de inmediato. La camioneta de Sam se había quedado estacionada en la entrada, una lámpara estaba encendida. El corredor se veía confundido, como si estuviera tratando de recordar si él la había dejado así, preguntándose de quién sería el vehículo. Entonces, cuando notó que se trataba de algo más, su preocupación se tornó en molestia.

Samantha sonrió. Le encantaba lo enojado que se veía y se regodeaba en el hecho de que las cosas se iban a poner todavía más difíciles para él. Estaba ansiosa por verlo.

Abrió la puerta del frente y se dirigió directamente a él.

Entonces el hombre rompió en furia.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le gritó desde la entrada al mismo tiempo que marchaba hacia ella—. ¿Te das cuenta de que esto es allanamiento? Ustedes, jovencitos, creen que todo es una broma, que se pueden meter a donde se les dé la gana. Ya me tienen harto. Pero no se van a salir con la suya esta vez. ¡Ya me cansé! —le gritó el corredor y luego sacó su celular sin aminorar la marcha.

Ella sonrió con todavía más alegría, y eso fue la gota que derramó el vaso.

—¿Crees que es una broma, no? —le preguntó al tiempo que se acercaba el celular a la oreja y caminaba con más rapidez.

Cuando llegó hasta donde ella se encontraba, la sujetó con brusquedad del brazo y dio la vuelta pensando que podría arrastrarla.

Pero su expresión cambió por completo cuando descubrió que ella tenía otros planes. Antes de siquiera poder hundirle bien los dedos en la piel, ella ya le había jalado el brazo con un ágil movimiento para luego doblarlo hacia atrás y rompérselo a la mitad con toda sencillez.

El corredor estaba a punto de gritar; su rostro desencajado por el dolor. Pero antes de que pudiera emitir cualquier sonido, Samantha le jaló la cabeza y la estrelló contra su rodilla. Se escuchó un crujido, y luego, nada. El cuerpo del hombre se relajó por completo.

Antes de que llegara al suelo, ella ya le estaba enterrando los colmillos en el cuello. La vampira puso los ojos en blanco mientras se alimentaba. Sintió el éxtasis de la sangre corriendo por todo su cuerpo.

Cuando terminó, levantó el cuerpo sin vida, y caminó con él hasta su auto. Lo arrojó a la cajuela y, antes de cerrarla, le sacó las llaves del bolsillo del pantalón.

Luego caminó de vuelta a la casa y se limpió los residuos de sangre que todavía le cubrían la boca. Entonces contempló el cielo matinal.

Aquél iba a ser un gran día.

CATORCE

Caitlin corría. Estaba otra vez en el bosque y se desplazaba entre la hierba que le llegaba hasta las rodillas. Amanecía y, al desplazarse, daba la impresión de que el mundo entero giraba a su alrededor. Sintió que se dirigía a toda velocidad hacia el enorme y fulgurante sol.

Ahí en el horizonte, estaba su padre. El sol iluminaba su silueta. Tenía los brazos bien abiertos para recibirla. Ella no alcanzaba a ver bien sus rasgos, pero sabía que estaba sonriendo. Deseó correr con más velocidad.

Caitlin se apresuró todo lo que pudo, pero sin importar su velocidad, su padre parecía alejarse cada vez más.

Ya no le sorprendía; el sueño siempre había sido así. Lo sabía incluso a pesar de estar dormida.

Pero algo diferente sucedió en esta ocasión. De repente ella ganó terreno y, por fin, pudo acercarse más.

Cuando estuvo a cincuenta, luego veinte, y luego diez metros de distancia, por fin pudo verlo. Estaba ahí parado. Era enorme, alto y altivo; iluminado por el sol y en toda su gloria. Era un hombre hermoso. Un guerrero. De cierta forma, se parecía a Caleb.

Caitlin corrió hacia él y le dio un gran abrazo que él correspondió. Se sentía tan bien estar por fin junto a él.

—¡Papi! —gritó ella.

—Mi niña —dijo él con una hermosa y profunda voz que le brindó confianza—, te extrañé mucho. Te estuve buscando. Estoy muy orgulloso de ti —agregó.

Luego la tomó de los hombros y la alejó un poco para contemplarla bien.

Sus ojos eran de un color amarillo brillante como el del sol, y resplandecían al verla.

Ella no se atrevía a verlo, pero tampoco quería voltear en otra dirección. La mirada de su padre irradiaba mucho amor y calidez.

—¿Te acuerdas, Caitlin? —le preguntó su padre— ¿Te acuerdas de cuando eras pequeña? ¿Los lugares que solíamos visitar? Los acantilados, los acantilados rojos.

En su mente apareció la imagen de unos enormes acantilados rojos; eran rocas gigantes dispersas por toda la playa hasta llegar al mar. Un lugar mágico. Sí, lo recordaba; ahora lo recordaba.

—Encuétrame ahí —agregó—. Continúa tu búsqueda y encuéntrame ahí.

El hombre comenzó a desvanecerse, y cuando ella se acercó para abrazarlo, él ya se había ido.

Caitlin despertó asustada.

Estaba acostada; sobre ella se cernían las copas de los árboles. A lo lejos, por entre las ramas, vio cómo se desplazaba el cielo, y de pronto, una nube pasó por ahí.

No tenía idea de en dónde se encontraba, pero le daba la impresión de que aún soñaba. Escuchó el viento silbar entra las delicadas ramas desnudas y sintió que todo el universo estaba vivo, en movimiento, sonando.

Se sentía cómoda pesar de estar al aire libre. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba recostada sobre un montón de suaves agujas de pino. Caleb se encontraba a unos cuantos metros. El corazón se le inflamó; era tan agradable dormir cerca de él. Deseó que tardara mucho en despertar para poder yacer así como estaban para siempre. Todo parecía estar bien en el universo.

Volvió a mirar el cielo y trató de recordar lo que había sucedido la noche anterior y cómo habían llegado hasta ahí.

Se alimentó. Había una pequeña familia de ciervos y Caleb la apaciguó y le enseñó a acecharlos. Le mostró cómo controlar el hambre. Recordó que, en algún momento, percibió las cosas con lucidez.

En cuanto atacó a los ciervos, su cuerpo la sorprendió: le dijo qué hacer y a dónde dirigirse. Había corrido y atacado con gran velocidad por todo el bosque.

Recordó que se había sujetado al cuello del ciervo con los brazos para montarlo. Fue muy rápido, más rápido de lo que pudiera haber imaginado; pero al final, encontró la vena y le hundió los colmillos. Había sido una sensación electrizante.

La vida retornó a ella en cuanto la sangre del ciervo corrió por sus venas. Como si ardiera. Había rejuvenecido.

El dolor fue menguando al igual que el hambre y Caitlin se sintió más poderosa que nunca. El mundo le pertenecía.

Miró a Caleb. Él también se había alimentado la noche anterior. Después se reencontraron. Estaban jubilosos y agotados. Se recostaron sobre la hierba del bosque, cerca el uno del otro, y ambos escucharon al viento mientras observaban el movimiento de los árboles.

Poco tiempo después, los dos se quedaron dormidos.

Ahora que ella estaba ahí, se acercó más a él. Quería sentir su abrazo. Todavía llevaba puesta la gabardina de piel; las mangas alcanzaban a cubrirle las manos. Caitlin acarició la mejilla de Caleb; era tan suave... Imaginó que estaban juntos; que eran una pareja.

De pronto escuchó las hojas quebrarse y se enderezó.

Frente a ella había una manada de lobos que se acercaba con mucha lentitud. Caitlin jamás había visto a un animal así y no sabía cómo reaccionar. Lo raro era que, no tenía nada de miedo. Más bien estaba intrigada; hipnotizada. De hecho, al verlos sintió una especie de cercanía, de familiaridad.

Sin dejar de observarlos, se estiró y sacudió a Caleb para que se despertara.

En un instante ya estaba sentado junto a ella prestando toda su atención. Ambos vieron a la manada acercarse hasta que los lobos estuvieron a unos cuantos metros olfateando y rondándolos.

—No temas —dijo Caleb en voz baja—. Puedo percibir sus pensamientos; sólo tienen curiosidad. No te muevas.

Caitlin se quedó inmóvil y vio al líder de la manada acercarse a ella. Cuando estuvo a unos cuantos centímetros, el animal colocó su nariz sobre la mejilla de la chica.

Fueron momentos de gran tensión porque ella no sabía qué hacer. El corazón le palpitaba con fuerza y tenía deseos de empujar al lobo. Sin embargo, siguió las instrucciones de Caleb y permaneció muy quieta.

De repente el animal dio la vuelta y se fue.

La manada lo siguió.

Excepto uno de ellos. Era un cachorro; apenas más grande que un perrito. El lobo cojeaba. Volteó a ver a su manada y luego otra vez a Caitlin, y caminó directamente hacia ella.

Se subió a su regazo, se sentó y bajó la cabeza. Era obvio que no quería irse.

—Es una hembra. La manada ya no la quiere —explicó Caleb—. Está herida; es un peso muerto y ellos están demasiado hambrientos para tenerle paciencia. La abandonaron.

Caitlin trató de enfocarse, de leer los pensamientos del animal como Caleb lo hacía. No era capaz de interpretarlos con exactitud, pero percibía cierta energía. Eran sus sentimientos. La lobita se sentía muy sola y atemorizada.

La chica se inclinó, levantó al animal y lo sostuvo en sus brazos. Luego acarició su cabeza y la loba se echó para atrás y le lamió la cara.

Caitlin sonrió.

—Ya tienes una amiga —dijo Caleb.

—¿Podemos llevarla con nosotros? —preguntó.

Caleb frunció el ceño.

—No creo que sea muy buena idea —replicó—. Su aroma podría... atraer a otras criaturas.

—Pero no podemos dejarla aquí —suplicó Caitlin. De pronto se sintió muy protectora—. *No podemos*.

—Habrá graves peligros en nuestro camino y ella podría resultar afectada.

—Pero aquí también los hay —dijo ella—. Si la dejamos sola, morirá.

Caleb lo pensó por un buen rato.

—Está bien, creo que podemos llevarla...

Como si la loba hubiera entendido, corrió y saltó a los brazos de Caleb para lamerle la cara. Él se rió y la acarició.

—Está bien, está bien, cosita, ya fue suficiente —dijo.

—¿Cómo la llamaremos?— preguntó la chica.

Caleb lo reflexionó.

—No lo sé —dijo.

Y de repente, se le ocurrió algo a Caitlin: La rosa y la espina.

—Rose —dijo—, llamémosle Rose.

Caleb la miró y asintió.

—Rose —dijo—, sí, es perfecto.

Como si estuviera respondiendo a su nuevo nombre, Rose volvió al regazo de Caitlin y se acurrucó junto a su pecho.

—Una familia de lobos es muy buena señal —dijo Caleb—. Significa que la energía de la naturaleza se encuentra de nuestro lado. No estamos solos en esta búsqueda.

—Tuve un sueño anoche —dijo Caitlin, tratando de recordar—. Fue muy vívido y diferente a todos los que había tenido antes. Era una especie de visita... de mi padre.

Caleb le prestó toda su atención.

—En el sueño lograba recordar todo. Eran memorias antiguas. Recuerdo que me llevó consigo un verano; fuimos a una isla. Ahí, junto al océano, había unas formaciones gigantes y acantilados de empinadas pendientes. Eran de color rojo y brillaban con la luz del sol.

A Caleb se le iluminaron los ojos de repente.

—Soñaste con los acantilados de Aquinnah —explicó—. Sí, eso tiene mucha lógica.

—En el sueño, mi padre me decía que regresara allá. Para... que nos *encontráramos* en ese lugar.

—Eso no fue un sueño —dijo Caleb al mismo tiempo que se enderezaba—. Los vampiros hacen visitas a través de los sueños matutinos. Tu padre quiere que vayamos a los acantilados.

—¿Pero, y qué hay de la llave que acabamos de encontrar? —preguntó Caitlin.

—No sabemos para qué es —respondió—. *La Casa Vincent* podría estar en cualquier lugar. Es casi como un callejón sin salida. No tenemos ningún otro lugar a dónde ir.

Caleb se puso de pie.

—Debemos ir de inmediato a los acantilados.

QUINCE

Sam se despertó en una habitación muy peculiar y miró alrededor. Trató de recordar en dónde se encontraba. La cama era cómoda, más que cualquiera de las cosas sobre las que había dormido durante mucho tiempo. Sin embargo, no sabía de quién era ni qué hacía él ahí.

Pero luego lo recordó: Samantha.

Volteó para buscarla pero ella se había ido. ¿En realidad había sucedido lo que recordaba?, ¿no habría sido todo sólo un sueño?

El joven se sentó, se talló los ojos y descubrió que estaba desnudo sobre un colchón sin sábanas. Su ropa estaba tirada por todo el suelo. Estaba demasiado cansado, pero era un agotamiento muy agradable. Era un hombre nuevo. La palabra clave era *Hombre*. Por primera vez en su vida, se despertó sintiendo que era un hombre de verdad. Jamás había tenido una noche así y algo le decía que nunca volvería a suceder otra vez. Ella era increíble.

Sam se puso de pie de un salto, se vistió y recorrió la casa vacía. Se asomó por las puertas de vidrio y vio que comenzaba a amanecer. Eso también era una locura. No sabía desde cuando no había visto al sol salir. De hecho, era muy raro que se levantara antes del medio día.

Tenía hambre y sed, pero más que nada, estaba extenuado.

—¿Samantha? —llamó mientras daba vueltas buscándola por toda la casa.

Fue de cuarto en cuarto pero no pudo encontrarla. Comenzó a preguntarse si no habría sido sólo producto de su imaginación.

Se dirigió a la sala y se asomó por el gran ventanal. Ahí estaba su camioneta en la entrada; y atrás, un flamante BMW. ¿Sería de ella?, ¿por qué no lo habría visto antes? Esta chica estaba llena de sorpresas.

Pero en realidad, nada de eso le interesaba. Ni siquiera le emocionaba tener un lugar en dónde quedarse. Se dio cuenta de que sólo le agradaba estar con ella. Su aroma, el sonido de su voz; la forma en que se movía. Y por supuesto, la noche anterior. Había sido algo asombroso.

Tal vez, lo que más le gustaba era tener alguien con quién hablar. Alguien que lo escuchara, que se preocupara por él y que lo entendiera de verdad. Se estaba enamorando de ella. No podía creerlo pero así era. Y ahora, después de todo eso, ¿se habría ido?

Abrió la puerta del frente y la encontró ahí. Samantha. Estaba a punto de entrar.

—Hola —dijo Sam, tratando de sonar casual a pesar de que estaba emocionadísimo. El solo hecho de verla otra vez hizo que el corazón le palpitara a toda velocidad. Lucía más hermosa que la noche anterior. Su largo cabello rojo caía sobre su rostro, y lo miraba sorprendida con sus brillantes ojos verdes. Era tan pálida... él también, pero ella tenía la piel más blanca que jamás había visto.

—Hey —le contestó, también en un tono casual. Estaba algo agitada, como si la hubiera sorprendido en medio de algo.

Pasó con rapidez junto a él y entró a la casa.

Él dio la vuelta y caminó intrigado detrás de la chica. Se preguntó si habría hecho algo que la molestara. O tal vez no era lo suficientemente bueno; tal vez ella quería que se marchara.

Sam se sentía incómodo.

Escuchó el sonido del agua caer. Samantha estaba en el fregadero lavándose las manos y echándose agua en la cara. Quizás acababa de despertar y salió a dar un paseo.

—Te despertaste temprano —dijo Sam con una sonrisa mientras la veía enjuagarse el rostro una vez más.

Ella se tomó su tiempo, luego se estiró y tomó una toalla para secarse. Se quitó el cabello de la cara y respiró hondo.

—Ajá —dijo, al mismo tiempo que exhalaba—; fui a dar una caminata. Siempre me levanto temprano.

—¿Sin zapatos? —preguntó Sam.

Ella miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba descalza. Se ruborizó; era un chico perspicaz.

—Sí, es mejor para los pies —dijo, y luego se dio la vuelta y se dirigió a la otra habitación.

A Sam le sorprendió lo abrupto de su partida. Se preguntó si lo estaría evitando. Tal vez había cambiado de opinión o quizás él había echado a perder la oportunidad. Sí, eso era. Siempre que encontraba algo grandioso, lo echaba a perder.

La siguió hasta la sala. Pensó que tendría que aligerar el ambiente un poco y hablar con ella.

Cuando entró, la vio haciéndose una coleta de cabello con el largo cabello rojo. Estaba ruborizada, aún más que antes; justo frente a él. *Debió ser una carrera demasiado intensa*, pensó Sam.

—Samantha —dijo con vacilación—: lo de anoche fue asombroso.

Ella volteó y lo miró. Su semblante se suavizó un poco. Caminó hasta donde estaba, le acarició la mejilla y lo besó con sosiego.

El corazón de Sam volvió a hincharse. No estaba harta de él, no había metido la pata. El optimismo se apoderó otra vez de él. La deseaba.

Pero antes de poder abrazarla de nuevo, ella retrocedió, fue hasta el sofá y se puso su saco negro de piel.

—Me siento muy inquieta. Salgamos de aquí —le dijo y luego lo miró—. ¿Quieres ir a dar un paseo? —preguntó.

—¿Un paseo? —preguntó Sam al mismo tiempo que veía su reloj—, ¿tan temprano?

—Me pone de malas quedarme sin hacer nada —le contestó—. Quiero salir de aquí y tomar aire fresco. ¿Qué dices? —le preguntó con los ojos fijos en él.

Cuando sus miradas se cruzaron, Sam comenzó a cambiar de opinión. Fue casi como si estuviera bajo un hechizo. De repente le agradó el plan, era lógico a todas luces. Ella tenía razón. ¿Para qué quedarse en la casa? Eso era aburrido. De pronto le dieron ganas de salir; de hecho, ya no soportaba ni un instante más encerrado.

—Sí, me encanta la idea —se escuchó decir—, pero ¿a dónde vamos?

—Envíale un mensaje a tu papá —contestó ella—, dile que iremos a visitarlo.

Sam hizo un gesto de sorpresa.

—¿A mi papá?, o sea... ¿ahora mismo?

—¿Por qué no? Querían reunirse, ¿no? Es un momento tan bueno como cualquier otro. Está en Connecticut, ¿verdad? Creo que sería un paseo muy agradable

Sam se esforzaba en pensar; le parecía que era demasiado apresurado.

—Pues, bueno, no sé si él estará listo. Vaya, sería con tan poco tiempo de anticipación...

—Sam —dijo ella con firmeza—, tu padre te envía muchos correos. Se muere por verte, sólo comunícate con él y pregúntale. De cualquier manera, sólo vayámonos. Si él no está disponible, al menos habremos hecho un lindo recorrido.

Lo estaba pensando y, de pronto, cambió otra vez de opinión porque se dio cuenta de que ella estaba en lo cierto. Claro. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Un largo paseo. A Connecticut. Le enviaría un correo a su padre; sí, era perfecto.

Sacó el celular, entró a Facebook y comenzó a escribir: Papá, tengo ganas de visitarte; de hecho, estoy saliendo de casa. Son sólo un par de horas. Por favor dame tu dirección. Espero que no sea demasiado imprevisto. Con cariño, Sam.

El chico volvió a meter el celular en su bolsillo, tomó las llaves y se dirigió a la puerta del frente. Ella ya lo esperaba afuera.

Mientras iban caminando por el jardín hacia el BMW, Sam le dijo:

—Me gusta tu coche.

Ella sonrió y le mostró las llaves.

—Gracias —dijo ella—. Estuve ahorrando por años.

OceanofPDF.com

DIECISÉIS

Caitlin y Caleb estaban parados junto al barandal que daba al océano; el transbordador que iba a Martha's Vineyard tocó la sirena y se dispuso a partir. Caitlin miró al mar y notó que el agua se movía; estaba emocionada. Le encantaban los botes, y se sentía libre y feliz. Vio cómo las olas se elevaban detrás de ella y pensó que, en ese momento, podría estar sentada en un salón tomando una clase estúpida y escuchando la cantaleta de algún profesor. Ahora se sentía adulta e independiente. El mundo le pertenecía.

Miró a Caleb esperando verlo igual de feliz, pero le sorprendió su nerviosismo. Nunca lo había visto así.

Lucía más pálido de lo normal. Tal vez no le gustaban los botes, o tal vez no sabía nadar.

Se acercó a él y, tomándolo de la mano, le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Él asintió y tragó saliva. Luego se sujetó con fuerza del barandal y miró hacia el agua como si fuera su enemiga.

—¿Qué sucede? —le preguntó Caitlin.

Caleb volvió a tragar saliva.

—Agua —dijo abruptamente y se sujetó con más fuerza al barandal—, a nuestra raza no le gusta el agua. En especial no nos gusta transportarnos en ella. La mayoría ni siquiera lo intenta.

Caitlin lo pensó un poco y se dio cuenta de que a ella no le afectaba. ¿Sería porque no era una vampira genuina?

—¿Por qué? —siguió interrogándolo.

—El agua funciona como una especie de protección síquica —le contestó él—. Cuando cruzas por una cantidad grande de agua, es como si atravesaras un campo de energía. Nos despoja de nuestros sentidos, nos debilita. Es más difícil saber lo que otros piensan, influir sobre ellos, percibir situaciones. Es como empezar de cero. De repente pierdes todo el poder y la protección con los que contabas en tierra.

De repente, Rose se acurrucó todavía más en el interior de la chamarra de Caitlin. La chica se dio cuenta de que temblaba; al parecer, también estaba asustada. Metió la mano entre sus prendas y le acarició la cabeza a la lobita. Después miró alrededor y se dio cuenta de que había muy pocas personas en el transbordador. La cubierta estaba prácticamente vacía. Dada la temporada del año, habían sido muy afortunados de que estuviera en

servicio. Además, con el frío aire de marzo y la bruma que cubría las olas, el viaje era de lo menos cálido.

—¿Quieres entrar? —preguntó Caitlin.

Caleb se sujetó con todavía más fuerza al barandal sin despegar la vista del agua.

—Sí, si no te molesta —dijo.

—Claro —contestó ella—, de todas formas tengo frío.

Caminaron juntos entre las hileras de asientos vacíos y encontraron dos junto a la ventana.

Caleb se sentó y Rose sacó la cabeza de entre la chamarra de Caitlin y lloriqueó un poquito.

—Creo que tiene hambre —dijo Caitlin—. ¿Qué comen los lobeznos?

Caleb sonrió.

—No lo sé... ¿tubitos de caramelo?

Caitlin le correspondió la sonrisa.

—Voy a ver qué venden en el quiosco. ¿Quieres algo?

Caleb sacudió la cabeza; todavía lucía mareado.

La chica retrocedió y revisó entre las hileras de frituras y dulces. Ordenó un hot-dog para Rose y dos barras de Snickers: una para ella y otra para Caleb, por si llegaba a cambiar de opinión.

Cuando terminó de pagar y estuvo lista para volver, se detuvo de repente. Vio un anuncio pegado a la pared. Se quedó pasmada al leerlo; no podía creer lo que decía.

Lo arrancó y corrió por el pasillo.

Llegó hasta donde estaba Caleb y se lo mostró.

Él lo leyó y tuvo que volver a revisarlo otra vez. Se quedó boquiabierto.

En el anuncio se invitaba a la gente a ir a Martha's Vineyard, y entre las atracciones de la lista, se encontraba La Casa Vincent.

DIECISIETE

Sam tomó el asiento del conductor en el BMW y Samantha manejó a toda velocidad por la carretera interestatal. No podía creerlo, era como un sueño. Ahí estaba él, sentado en un BMW nuevito, viajando a toda velocidad por la carretera y con una candente chica a su lado. Además, el auto era *de ella*, y lo conducía *ella misma*. Ya era sexy de por sí, pero todo el asunto del BMW la hacía todavía más increíble. Sam tenía la sensación de estar en una película de James bond. Cosas como ésa no le sucedían con frecuencia. Las chicas nunca le hablaban y las pocas veces que había tratado de ligar con ellas, falló penosamente.

Pero la buena suerte no paraba ahí. Samantha no sólo tenía una casa impresionante y un coche genial: ella, al igual que él, sólo quería emprender el vuelo y huir. Ambos tenían la ventanilla abajo y aquel día de marzo estaba comenzando a sentirse un poco más cálido. En la radio sonaba Coldplay; Sam se estiró para subir el volumen. Se preguntaba si ella lo bajaría o si cambiaría de estación. Pero no; más bien, le subió todavía más. Esa chica era genial.

Se asomó por la ventana y vio cómo pasaban los árboles a toda velocidad. Pensó en el momento en que conocería a su padre; era asombroso que todo eso le estuviera sucediendo porque, después de pasar años buscándolo, por fin se vería con él en un par de horas. También le resultaba difícil creer que su padre hubiera estado siempre tan cerca. En Connecticut. Era sólo un paseo.

¿Cómo sería? Probablemente era un tipo muy *cool*, alto, con barba de tres días, cabello más bien largo y una motocicleta. Tal vez vivía en una casa maravillosa; una especie de mansión o una casa bote. Tal vez era una estrella de rock que ya se había retirado.

Sam se imaginó llegando con Samantha por la espléndida entrada flanqueada con árboles. Se estacionarían frente a la puerta. También imaginó a su padre saliendo a recibirlos y sonriendo al ver a su hijo. Vio a su progenitor abrazándolo con mucha fuerza, y también, disculpándose.

Lo lamento, hijo; todos estos años te estuve buscando sin éxito. Pero todo será distinto ahora y vivirás aquí.

Sam sonrió al imaginar todo aquello. Le costaba trabajo ocultar su emoción y se preguntaba si aquél sería un nuevo comienzo. Sí, entre más lo pensaba,

más seguro estaba. Tal vez ni siquiera se tomaría la molestia de volver a Oakville. Quizá sólo se mudaría de inmediato. Por fin tendría algo de estabilidad y a alguien que se preocupara por él día y noche. Sería estupendo. Era el primer día de su nueva vida.

Volteó y contempló a Samantha mientras conducía con la ventana abajo. Su largo y rojo cabello latigueaba en el viento. Era tan sexy, tan *cool*. ¿Por qué estaría interesada en él? Le preocupaba el asunto de su padre y lo iba a llevar a encontrarse con él. Supuso que sólo se trataba de una chica con sed de aventuras, como él: siempre en busca de algo más.

Luego pensó en lo incómodo que sería conocer a su padre con ella a su lado. Pero luego cambió de opinión y pensó que, de hecho, iba a ser algo fenomenal. Lo haría lucir todavía más *cool* de lo que era. Ahí estaba él con una chica guapísima. Su papá quedaría impresionado y, tal vez, hasta sentiría mucho respeto por él.

Entonces se preguntó a dónde iría Samantha cuando acabara todo eso y él se mudara a la casa de su papá. ¿Se quedaría cerca o se iría? Por supuesto que tendría que irse; acababa de comprar la casa en Oakville. Tenía que regresar. Pero, y entonces, ¿cómo quedaría el asunto entre ellos?

Sam se mordió los labios. De pronto se puso muy nervioso y comenzó a reflexionar sobre cómo se darían las cosas, sobre lo que tendría que hacer. Si su padre le pedía que se mudara de inmediato, lo haría. Pero claro, tampoco le gustaría separarse de Samantha.

En fin, ya atendería el asunto a su debido tiempo. Por ahora no quería pensar en tantas cosas; lo único que deseaba era disfrutar del paseo; del momento.

Escuchó al coche rugir y vio a Samantha cambiar a la sexta velocidad. El velocímetro llegó a los 180 kilómetros por hora. Sam estaba contentísimo. ¿Le permitiría manejarlo después? Todavía no tenía licencia, pero le daba la impresión de que a ella no le importaría ese detalle.

Después de un rato, por fin reunió el valor para preguntarle.

—¿Me permitirías manejarlo?

Samantha volteó y le sonrió. Sus dientes eran perfectos y relucientes.

—¿Crees poder hacerlo?

DIECIOCHO

Caitlin y Caleb bajaron del transbordador en el puerto de Edgartown, una pequeña comunidad al sureste de Martha's Vineyard. Al bajar por la rampa, Caitlin notó que Caleb y Rose se sintieron aliviados de pisar tierra. Rose asomó la cabeza, husmeó en el aire y contempló el panorama con mucha curiosidad.

Caitlin levantó el anuncio y lo volvió a leer; no podía creer lo afortunados que habían sido. Era un anuncio que invitaba a explorar la “Zona histórica de Martha's Vineyard”, y en él, casi al final de la lista de atracciones, se encontraba: “La Casa Vincent. Construida en 1672”.

Ella y Caleb habían decidido cambiar los planes. Primero irían a la Casa Vincent, y luego, a los acantilados de Aquinnah. La llave tenía el dato de la Casa Vincent en su inscripción y era una pista más concreta que la de los acantilados. Tal vez ahora ni siquiera tendrían que llegar hasta allá. Además, contaban con un destino específico, y por supuesto, Caitlin había estado guardando la llave todo el tiempo. Metió la mano en su bolsillo y se relajó cuando tocó la antigua pieza de plata.

La pareja caminó a lo largo del muelle, el cual estaba prácticamente vacío. Era como si la isla fuera para ellos solos. A pesar de la época del año que era, la temperatura comenzó a subir un poco mientras viajaron en el transbordador. Ahora estaban a unos 18°C, poco comunes para aquellos días. Caitlin sintió deseos de deshacerse de algunas prendas.

Se miró, y cuando notó que todavía llevaba puesto lo que había comprado varios días antes en la tienda de artículos de segunda mano, se sintió muy apenada. Le urgía conseguir más ropa, pero ya no tenía dinero y no le podía pedir a Caleb.

Volteó a verlo y notó que estaba arreglándose el cuello de la camisa; al parecer, a él también le había afectado el calor. No era un día típico de marzo, más bien se sentía como uno de los últimos días de la primavera. El sol brillaba y su luz se reflejaba en el agua y en todos lados.

De repente Caleb volteó a verla y, como si pudiera leer su mente, le dijo:

—¿Por qué no te conseguimos algo de ropa? —y antes de que ella pudiera responderle, añadió— Descuida, tengo una tarjeta sin límite de crédito — luego se rió un poco avergonzado—. Es una de las ventajas de estar en este mundo durante miles de años: puedes amasar grandes fortunas.

A Caitlin le intrigaba que Caleb pudiera leer sus pensamientos. Por un lado le parecía fascinante, pero, por otro, le preocupaba mucho cuánto podía llegar a saber de ella con exactitud. ¿Sería capaz de conocer sus pensamientos y sentimientos más profundos? Esperaba que no fuera así, pero tenía la impresión de que, incluso si pudiera hacerlo, no lo haría; no husmearía.

—Siempre y cuando eso no sea un problema —dijo Caitlin titubeante—. Y sólo si me dejas devolverte el dinero algún día.

La tomó de la mano y caminó con ella por la avenida principal del pintoresco e histórico pueblo. Casi no había gente en la calle a pesar de lo agradable del clima; tal vez se debía a la fecha. Daba la impresión de que las personas visitaban el lugar sólo en ciertas temporadas. Estaba tan vacío que Caitlin sintió que le pertenecía. Era el lugar más hermoso que había visto jamás.

El pueblo relucía y era obvio que sus habitantes le daban un buen mantenimiento. Estaba lleno de casas históricas de enorme belleza. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si hubieran vuelto al siglo XIX. Parecía una silenciosa obra de arte.

Lo único que arruinaba la ilusión era las modernas tiendas para turistas. Caitlin imaginó que en el verano siempre estarían abiertas y abarrotadas de gente adinerada. Era uno de esos lugares que nunca se habría podido dar el lujo de visitar. Le pareció que era muy afortunada y estaba feliz de pasear por ahí con Caleb en un día tan hermoso.

Cerró los ojos y respiró el aire primaveral. Casi podía imaginarse viviendo ahí con él; tiempo atrás, en otro siglo. De cierta forma lo único que quería era abandonar la búsqueda y establecerse ahí con él; vivir una vida normal en pareja. Pero sabía que eso nunca podría ser.

—¿Quieres que busquemos la Casa Vincent? —preguntó Caitlin.

—Sí, lo haremos —le contestó—, pero primero iremos a conseguirte ropa.

Entonces la condujo hasta la única tienda que estaba abierta. Lily Pulitzer.

Tocaron la campanilla, y cuando se abrió la puerta, notaron que la vendedora estaba encantada de tener clientes. Hizo su periódico a un lado y se apresuró a atenderlos. No podía ser más amable.

Caitlin dejó a Rose con Caleb para poder ver la mercancía. La vendedora se veía muy contenta.

—Vaya, qué bonito cachorro —dijo con los ojos bien abiertos—, ¿es un siberiano?

Caleb sonrió.

—Algo por el estilo —respondió.

Salieron de la tienda diez minutos después. Caitlin vestía un atuendo nuevo, de los pies a la cabeza. Era una persona diferente. Cuando se vio, estuvo a punto de reír. Era tan *distinto* a lo que acostumbraba usar... Había pasado de ropa usada a adornarse con tonos pastel: jeans verdes, camiseta rosada, suéter violeta de casimir, y un abrigo color verde lima que le llegaba a las rodillas. Pero bueno, tampoco había tenido mucho de dónde elegir; era la única tienda abierta y ya no quedaba mucha ropa para esa época del año; además, no todo era de su talla. El abrigo le quedaba bien y tenía un bolsillo interior de buen tamaño para guardar su diario, el cual no había olvidado sacar de la chamarra. También compró unos zapatos bajos de lentejuelas doradas. Vestida de esa forma, bien podría aparecer como modelo en el catálogo de Lily Pulitzer.

Bueno, si iba a participar en una guerra de vampiros, al menos estaría a la moda. Y probablemente sería la única que *no* vestiría de negro.

Caitlin sonrió al recordar lo mucho que se sorprendió la vendedora cuando le dijo que tirara a la basura toda la ropa con la que había entrado a la tienda. Lo más probable era que no todos los días recibiera a clientes que le dijeran eso.

De cierta forma, le agradaba; era una nueva Caitlin. Aunque ciertamente no era el tipo de guardarropa con el que creía que realizaría su viaje con Caleb. Ella se había imaginado algo negro como lo que él usaba; tal vez de cuero con cuellos altos. Algo gótico. Pero estaba bien. Eran prendas nuevas y se sentía afortunada por ello.

—Muchas gracias, Caleb —le dijo al salir de la tienda. Y en realidad estaba agradecida. Ningún hombre le había comprado ropa antes, y mucho menos, así de bonita. Además, Caleb había sido muy amable y discreto. En verdad sentía que la estaba cuidando bien, y ella siempre apreciaría ese detalle, mucho más de lo que él podría imaginarse.

Caleb sonrió y la tomó de la mano. Caminaron juntos por la calle. Caitlin se sentía acalorada con su nueva ropa, tal vez demasiado; pero sabía que se trataba de un día particularmente caliente, y que era mucho mejor que tener frío.

Le habían preguntado a la dependienta si conocía la Casa Vincent, y recibieron la grata sorpresa de que, no sólo sabía de qué estaban hablando, también les indicó que estaba a una cuadra de distancia.

Por primera vez no se dirigían a un lugar a un paso frenético. Iban deambulando y tomándose su tiempo; ambos tenían la corazonada de que, una vez que llegaran a la Casa Vincent y descubrieran la siguiente pista, las cosas volverían a tornarse violentas. Estaban cansados y no querían apresurarse a entrar otra vez en un ritmo desquiciante. Tampoco sentían la urgencia de encontrar lo que les esperaba en aquel lugar. De cierta forma, sí, pero, por otra parte, sabían que en cuanto encontraran lo que fuera, y en donde fuera, sus vidas cambiarían irremediablemente, y hasta podrían verse obligados a separarse.

Caitlin bajó a Rose y la dejó caminar junto a ellos. Le dio gusto ver que se portaba bien; que les seguía el paso y no se iba por ahí. De repente sólo se acercó a una pequeña área de pasto para atender el llamado de la naturaleza, pero volvió de inmediato. Caitlin se agachó y le dio otro bocado de hot-dog que la lobezna engulló con alegría.

Pasaron junto a una enorme y antigua iglesia; luego caminaron junto a una pequeña valla blanca de estacas, dieron la vuelta y entraron por un sendero que atravesaba céspedes perfectamente cuidados. El prado era verde y brillante a pesar de la época del año. A un lado de ellos se encontraba la impresionante Antigua Iglesia Ballenera, construida por capitanes de barcos balleneros, y al otro, una enorme casa de mediados del siglo XIX, con una amplia terraza en la parte trasera. En el letrero se podía leer: “Casa de Daniel Fisher”. Era la construcción más hermosa que Caitlin jamás había visto. Le fue muy sencillo imaginarse viviendo ahí, paseando por el patio trasero tomada de la mano de Caleb y con Rose caminando junto a ella. Era casi como si hubieran llegado a su morada.

Caminaron por el sendero unos treinta metros más y por fin llegaron a un pequeño monumento histórico alejado de todo. Se fijaron en la placa: La Casa Vincent. 1672.

Ambos observaron la estructura; era más bien sencilla. Se trataba de una pequeña vivienda de techos bajos, típica del siglo XVII. Sólo tenía algunas ventanas diminutas. Daba la impresión de que sólo podía albergar una habitación o dos dentro de la modesta estructura de madera. No era lo que Caitlin esperaba.

Caminaron hasta la puerta del frente y Caleb trató de abrirla. Estaba cerrada.

—¿Hola? —dijo una voz— ¿Les puedo ayudar?

Ambos voltearon y encontraron a una mujer de más de sesenta años vestida con toda pulcritud, y con una expresión bastante severa. Los abordó con un aire demasiado formal; como de negocios.

Caleb miró a Caitlin.

—Es tu turno —le dijo—, quiero que uses tu poder mental. Puedes hacerlo; los vampiros pueden dominar a los humanos. Tu habilidad no se ha desarrollado aún, y tal vez no sea tan fuerte, pero estoy seguro de que la posees. Practica con esta mujer; influye en ella. Mantente tranquila, permite que sus pensamientos se conviertan en los tuyos y viceversa. Sugierele lo que debe hacer, con su propia voz. Tu mente puede hacerlo, sólo permíteselo.

La mujer se estaba acercando y volvió a dirigirse a ellos.

—La casa está cerrada por la temporada, así como lo indica el letrero— les avisó en un tono muy solemne—. Me temo que deberán volver en las fechas que abrimos. Además la están restaurando y no habrá visitas guiadas por un tiempo— La mujer vio a Rose—. Y *por supuesto*, no se permiten perros.

La señora estaba a sólo unos metros de distancia; tenía las manos apoyadas en la cadera y se veía inflexible; era como una maestra de escuela.

Rose volteó hacia ella y le gruñó.

Con algo de nerviosismo, la chica fijó la mirada en la señora. Nunca había intentado eso y no estaba segura de cuál sería el resultado.

Está bien, pensó Caitlin, *aquí vamos*.

Miró a la mujer y trató de enfocarse en sus pensamientos. Percibió mucha firmeza y severidad. No sería una persona fácil de controlar. También detectó enojo, molestia y una gran insistencia en que se cumplieran las reglas. Todo en orden. Caitlin dejó fluir sus pensamientos.

Luego trató de enviarle un mensaje; le dijo que no había ningún problema si las reglas se modificaban un poco de vez en cuando. Le indicó que los dejara en paz; que les permitiera entrar.

Caitlin no dejaba de ver a la mujer, pero no sabía con exactitud qué estaba pasando. La señora seguía luciendo molesta; al parecer, el ejercicio no estaba funcionando.

—Gracias por informarnos —le dijo Caitlin con suavidad—. Fue un placer conocerla. Le agradecemos mucho que haga a un lado las reglas por una vez, y nos permita entrar a conocer la casa a solas.

La mujer le lanzó a Caitlin una mirada fulminante.

—¡Yo no dije nada de eso! —contestó con brusquedad.

Pero la chica respiró hondo, cerró los ojos y volvió a enfocarse.

Cuando los abrió, fijó la mirada otra vez en la mujer.

Después de dos segundos completos, los ojos de la mujer comenzaron empañarse. Finalmente dijo:

—¿Saben qué? Creo que no hay ningún problema si se rompen las reglas de vez en cuando. Diviértanse, muchachos.

Luego se dio la vuelta y se fue caminando. De repente ya la habían perdido de vista.

Caitlin volteó a ver a Caleb llena de orgullo. Le sorprendía ver el alcance de sus poderes. Caleb sonrió.

—Pero sólo deberás usarlos cuando sea necesario —le advirtió—, y sólo de tal forma que nadie resulte dañado. Eso es lo que diferencia a los vampiros buenos de los malévolos.

Caitlin sacó la llavecita de plata; le emocionaba probarla. Trató de abrir la puerta del frente pero no funcionó.

—No es de esta cerradura —le dijo a Caleb.

Él también intentó abrir.

La frustración le hizo fruncir el ceño.

—Tienes razón —dijo Caleb y miró alrededor— ; tal vez haya más entradas.

Se dirigieron a la parte trasera de la casa en donde encontraron otra puerta.

El vampiro probó la llave de nuevo. Tampoco pudo abrirla.

—Tal vez no es para una puerta —dijo Caitlin—. Quizás abre algo más, algo que está *en el interior* de la casa.

—Bien, pues entonces supongo que no tenemos opción —dijo Caleb, y después de echar una mirada furtiva alrededor, tomó la perilla y la rompió. Adiós restauración.

Entraron apresuradamente y cerraron la puerta de inmediato.

La casa estaba en penumbras; la única luz que alcanzaba a iluminarla era la que se filtraba del exterior a través de las ventanitas. Los techos eran tan bajos que Caleb tuvo que caminar encorvado. Todo era de madera: los techos, las columnas, las vigas y las anchas placas del suelo. En el centro había una enorme chimenea de ladrillos. La casa estaba tan bien conservada, que era como si hubieran regresado a 1672.

Los pisos de duela crujieron cuando Caitlin y Caleb deambularon por la casa inspeccionando todos los recovecos. También revisaron el mobiliario

pero no encontraron la cerradura a la que pertenecía la llave. De hecho, no había ningún escondite.

Ambos le dieron la vuelta a la casa y se reencontraron al centro.

—¿Encontraste algo? —preguntó Caleb.

Caitlin sacudió la cabeza en negación.

—¿Y tú?

—Tampoco.

De repente escucharon un ruido y los dos giraron al mismo tiempo.

La puerta del frente de la casa estaba abierta y un hombre negro y corpulento de unos cincuenta años, estaba parado en la entrada. Caminó hacia ellos y se detuvo frente a Caleb.

Se lo quedó viendo.

—¿Caleb? —preguntó el hombre.

El rostro de Caleb se relajó.

—¿Roger? —preguntó a su vez el vampiro.

El hombre sonrió; ambos lo hicieron. Y luego se abrazaron con cariño durante un buen rato.

¿*Quién será?*, se preguntó Caitlin.

Roger comenzó a reírse. Las suyas eran carcajadas profundas, cálidas y generosas. Tomó a Caleb de los hombros y lo observó con cuidado. A pesar de que Caleb era muy alto, Roger lo sobrepasaba.

—Maldito desgraciado —dijo Roger—, no te había visto en ¿cuántos?, ¿ciento cincuenta años?

—Creo que más bien fueron doscientos —contestó Caleb.

Ambos se miraron llenos de sorpresa. Quien quiera que fuera, era obvio que ocupaba un lugar importante en la vida de Caleb.

Caleb volteó y le extendió la mano a Caitlin.

—Disculpen mis modales —dijo—. Roger, te presento a Caitlin Paine.

Roger hizo una ligera reverencia.

—Es un placer conocerte, Caitlin.

Caitlin sonrió.

—El placer es mío. ¿Cómo se conocieron?

—Oh, sólo digamos que somos amigos de mucho tiempo —señaló Roger con una sonrisa.

—Roger es uno de mis amigos más viejos —dijo Caleb—. Él salvó mi vida una o dos veces.

—Creo que fueron varias más —precisó Roger con una sonrisa.

Rose sacó la cabeza del abrigo de Caitlin y a Roger se le iluminaron los ojos.

—Vaya, ¿qué tal amiguita? —dijo y se acercó a la lobeza para acariciarla. Rose lamió su enorme palma.

—¿Cómo supiste que estábamos aquí? —le preguntó Caleb.

—Por favor, Caleb —contestó Roger como si la respuesta fuera obvia—. Estamos en una isla; tu aroma no tiene a dónde más ir. Se le puede percibir a kilómetros de distancia.

—Entonces supiste que estaba aquí en cuanto me bajé del bote —dijo Caleb con una sonrisa—, pero esperaste para ver a dónde iría.

—Por supuesto —añadió Roger—. ¿No habrías hecho tú lo mismo? Pero, por supuesto, de todas formas habrías venido aquí—.

Caleb miró alrededor con cuidado.

—¿Por qué?

—Sólo hay una razón por la que uno de nosotros vendría a la Casa Vincent. Es la espada, ¿no es así?, ¿no es lo que estás buscando?

Caleb y Caitlin se miraron.

—Tal vez —contestó con cautela.

Roger sonrió.

—Verás, la cuestión con la espada —dijo—, es que sólo podrá encontrarla la persona que haya *nacido* para eso. Es decir, sólo el *Elegido*. Sé que tú no lo eres, y, en cuanto a tu amiga, con todo respeto... bueno, no quisiera asumir nada, pero, a menos de que ella...

Caitlin metió su mano en el bolsillo y sacó la llave de plata.

Roger se la quedó viendo durante varios segundos sin articular una sola palabra.

Estaba boquiabierto.

—Dios mío —musitó.

Miró a Caleb como pidiéndole una confirmación, y éste asintió.

Roger exhaló.

—Vaya —dijo con un tono de humildad—, eso cambia las cosas.

Miró a Caitlin y sacudió la cabeza.

—Jamás lo habría imaginado —dijo.

—Entonces... ¿sabes en dónde está? —preguntó Caleb.

Roger asintió.

—Sí, pero no es aquí —dijo.

Caitlin y Caleb volvieron a mirarse.

—Esa llave alguna vez fue la indicada, pero ya no. Es sólo una carnada. No encontrarás la espada en la Casa Vincent; ahora éste es sólo un lugar que se debe visitar.

Caitlin estaba muy confundida.

—Pero... —quiso hablar.

—La Casa Vincent fue cambiada de lugar —les aclaró Roger—. ¿No conocen la historia?

Caitlin sacudió la cabeza.

—Caleb, me decepcionas, cometiste un error —lo reprendió Roger—. La casa solía estar en otro lugar, pero hace doscientos años la llevamos a su nueva ubicación. Al Consejo le preocupaba la seguridad, así que sacaron el objeto de la casa y lo ocultaron en un lugar más seguro, más estable. Además, asignaron a alguien para que lo resguardara. Ese alguien soy yo.

Caleb observó con cuidado a su amigo.

Durante doscientos años he estado esperando a que llegue alguien con esa llave —dijo y volvió a sacudir la cabeza—. Jamás creí que serías tú.

—¿Nos mostrarás dónde está la espada? —le preguntó Caleb.

El hombre fijó la vista en Caleb y luego en Caitlin.

Luego le extendió su enorme mano a la chica.

—¿Puedo verla? —preguntó.

Caitlin miró a Caleb y él asintió.

Ella entregó la pequeña llave de plata.

Roger la observó y luego la levantó para verla a la luz. La volteó y leyó la inscripción en la parte trasera.

Al final sólo sacudió la cabeza.

—Demonios, creí que sería más grande —agregó.

DIECINUEVE

Samantha estaba en el asiento del pasajero; le impresionaba la manera en que Sam conducía el auto. No estaba nada mal para un chico de su edad. Manejaba bien la palanca y tuvo que perdonarle la confusión que había tenido al principio con las velocidades. De hecho, después de pasar de la tercera, lo hizo bastante bien. A ella le gustó su agresividad, en especial cuando el velocímetro llegó a los doscientos kilómetros por hora. Samantha tuvo que aceptar que el muchacho tenía pasión.

Se recostó y trato de relajarse para disfrutar del viaje. Era mucho más lento que volar, pero no estaba mal para ser un vehículo humano. Recordó al antiguo dueño del auto, el corredor de bienes raíces que le había servido de desayuno, y sonrió. Todavía sentía su sangre corriendo por sus venas, era una sensación agradable. La había saciado.

En realidad no había necesidad de que dejara manejar al chico, pero pensó que, ya que tenía los días contados, podía permitirle gozarlos al máximo. Además, ya sólo faltaban unas cuantas horas para que conociera a su padre y ella averiguara dónde estaba la espada. Después de eso, podría deshacerse de ambos.

Sin embargo, había algo que le incomodaba; el chico había empezado a agradarle, y eso le molestaba muchísimo. No recordaba a ningún humano que le hubiera agradado en cientos de años. Mucho menos un estúpido adolescente. No obstante, tenía que aceptar que había algo muy atractivo en él; era como una especie de afinidad con su espíritu, algo que le parecía reconocer. A pesar de que era muy joven, a ella le resultaba obvio que ya lo habían maltratado bastante. Tenía ese carácter impetuoso con el que menospreciaba al mundo; parecía saber que sus días estaban contados y estaba preparado para morir con estilo. A ella le agradaba eso. Le recordaba el *affaire* que tuvo con un joven príncipe de Bulgaria en el siglo XIV...

Tal vez no tendría que matarlo de inmediato. Podría mantenerlo vivo un poco más; hasta encontrar la espada. Podría esclavizarlo y utilizarlo como juguete. Para que hiciera lo que ella quisiera. Tal vez hasta podría...

Interrumpió su tren de ideas; estaba furiosa consigo misma. ¿Acaso se estaba suavizando?

Tenía que enfocarse en la tarea que tenía frente a sí. El padre. Llegarían a su casa en menos de una hora. Si era vampiro tal vez tendría que pelear con él

porque, seguramente la percibiría de inmediato. Debía estar preparada para cualquier cosa en cuanto estacionaran el auto.

Ella haría lo que fuera necesario; luchar hasta la muerte si hacía falta. Ese vampiro era la clave para llegar a la espada y para asegurar el triunfo de su cofradía. Estaba dispuesta a ir al cielo o al infierno con tal de obtenerla.

*

Sam continuaba manejando. Cada vez se acercaban más a la dirección que les había dado su padre; el sistema de navegación del auto los dirigía. Sin embargo, el chico estaba confundido. Había imaginado que su progenitor vivía en un pueblo muy exclusivo y que tenía una casa espectacular en medio de un enorme terreno, a un lado de una carretera importante.

Pero cuando el GPS les anunció que estaban a un kilómetro y medio de distancia, Sam pensó que algo no andaba bien. Estaban en un pueblo de porquería; vaya, ni siquiera un pueblo, era una franja en una carreterucha infame llena de casas rodantes por todos lados.

El GPS indicó que debían dar la última vuelta y Sam no pudo creer lo que tenía frente a sí. Pasaron por debajo de un enorme letrero que decía: Zona de casas rodantes Homestead.

Ahí vivía su padre, en una casa rodante.

Sam manejó con precaución por el sucio camino y vio varias casas rodantes a su paso. Cada una lucía peor que la anterior. Tenía un hueco en el estómago; era esa conocida sensación que tenía cada vez que sus sueños estaban a punto de irse al diablo. Había sido una estupidez crearse tantas expectativas. Qué idiota.

A medida que avanzaba, había menos y menos casas, y cuando llegó al final del camino, vio el número que le había dado su padre en una casa rodante color azul claro. Supuso que ya había llegado. La diminuta vivienda estaba en ruinas. La puerta del mosquitero tenía las bisagras chuecas, las escaleritas estaban desvencijadas y el césped se veía tan descuidado que las briznas de hierba le llegaban a las rodillas. La casa estaba más escondida que las otras porque frente a ella había una enorme barrera de matorrales. Tenía privacidad, pero no el tipo de privacidad que Sam hubiera deseado.

Estaba avergonzado por haber llevado a Samantha a aquel lugar para presentársela a su padre. De repente sintió ganas de salir volando o de sólo enroscarse y morir.

Se estacionó y apagó el motor; se quedaron sentados dentro del auto. Se miraron un poco y Sam verificó, por décima vez, que el sistema de navegación indicara la dirección correcta. Efectivamente así era.

—¿Vamos a salir? —le preguntó Samantha después de un rato.

Él no sabía qué hacer en realidad. ¿Qué tipo de hombre podría vivir en un lugar así?, ¿quién era su padre?

Lo único que quería era encender el motor, pisar el acelerador y seguir manejando. Pero no podía.

Tragó saliva, abrió la puerta y descendió del auto. Samantha lo siguió.

Se acercaron a la casa, subieron dos de los escalones que se estaban hundiendo porque la madera estaba podrida, y luego Sam jaló la ruidosa puerta de mosquitero.

Respiró hondo, estiró el brazo y tocó.

Adentro se escuchó un golpe seco y luego un crujido. La puerta se abrió unos segundos después.

Y ahí, frente a él, estaba su padre.

VEINTE

Roger los condujo por el camino de ladrillos. Atravesaron los cuidados jardines y pasaron otra vez junto a la casa de Daniel Fisher. Salieron de nuevo a la calle y dieron la vuelta. Antes de que lo notaran siquiera, ya estaban subiendo por la escalinata frontal de la enorme Antigua Iglesia Ballenera.

Caleb y Caitlin se miraron sorprendidos. Habían pasado por ahí sólo unos minutos antes.

La puerta estaba cerrada pero Roger tenía la llave. Abrió y los dejó pasar.

—No la llevaron muy lejos —dijo con una sonrisa y un guiño.

Entraron y cerraron la puerta detrás de ellos.

Caitlin quedó anonadada en cuanto estuvo en la iglesia. Era imponente. Tan llena de luz y espacio; tan bella en su simplicidad. Era muy diferente a las iglesias que había visitado. No había cruces, ni figuras religiosas; no había adornos, y ni siquiera, columnas o vigas. Era sólo un enorme espacio abierto con abundantes ventanas en todas las paredes. También había hileras y más hileras de antiguos reclinatorios de madera; suficientes para cientos de personas. Era un lugar lleno de paz.

—Esta es la construcción más grande sin columnas de los Estados Unidos —dijo Roger—. Sin columnas y sin vigas. La hicieron los grandes maestros constructores de barcos y sigue tan fuerte el primer día.

—¿Entonces esto es en lo que inviertes tu tiempo ahora, Roger? —preguntó Caleb con una sonrisa—, ¿cuidando una vieja iglesia?

Roger sonrió.

—Eso es mejor que estarte sacando a ti de problemas —le contestó y luego dio un profundo y cansado suspiro—. Estoy agotado, Caleb. Llevo vivo mucho más tiempo que tú y ya estoy agotado. Me agrada este lugar. Es silencioso. Aquí no molesto a nadie y nadie me molesta a mí. Estoy cansado de todas esas malditas guerras, cofradías, política... Me gusta estar solo en este lugar.

—Y lo más importante es que me toca resguardar la espada. Te seré franco: yo pensé que después de tantos años, ya no vendría nadie. Estaba comenzando a creer que ni siquiera existía El Elegido. Pero supongo que me equivoqué —miró a Caitlin—. Y ahora tú ya me dejaste sin trabajo.

Roger volteó a ver a Caleb.

—Antes de mostrarte dónde es, me gustaría pedirte algo —le dijo.

Caitlin se preguntó qué sería. ¿Cuál sería el precio por darles acceso a un objeto tan valioso? Al objeto que este hombre había cuidado durante toda su vida.

—Lo que quieras, amigo —contestó Caleb.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te escuché tocar —dijo Roger y señaló el viejo piano que estaba en la esquina de la habitación.

—La Patética. Segundo movimiento. Como en Viena.

Caleb inspeccionó el instrumento con vacilación.

—Ha pasado demasiado tiempo, Roger.

Su amigo sonrió.

—Estoy seguro de que todavía la recuerdas.

De pronto Caitlin se dio cuenta de que había mucho que no sabía sobre Caleb. Muchas cosas de las que tal vez jamás se enteraría. Era demasiado joven si se comparaba con él. Caleb y Roger habían vivido más experiencias a través de los siglos, de las que ella podría vivir aunque se quedaran juntos. Eso le daba tristeza. Anhelaba ser inmortal y convertirse en un vampiro genuino y puro como él; permanecer a su lado por siempre.

Caitlin vio a Caleb caminar sin prisa por la iglesia vacía. La duela crujía cada vez pisaba con sus botas negras de piel. Subió los tres escalones de la plataforma y se dirigió a la esquina. Ahí, retiró la cubierta del piano Steinway y se sentó.

Levantó la tapa del teclado y lo contempló.

Cerró los ojos y sólo se quedó ahí durante un rato. Caitlin se preguntaba qué estaría pensando, qué tipo de recuerdos le evocaba el instrumento. Y luego, después de un largo rato de silencio, le dio la impresión de que había cambiado de parecer, que tal vez no complacería a Roger.

Pero después de algunos minutos, levantó las manos y comenzó a tocar.

Era hermoso.

Las notas hicieron eco en la enorme iglesia vacía y resonaron en las paredes, inundando el espacio. El sonido parecía reflejarse en cada objeto.

Caitlin jamás había escuchado música como ésta, ni remotamente parecida. Deseó capturar el momento y tuvo ganas de llorar.

Una profunda tristeza la embargó y, una vez más, comprendió que había mucho de Caleb que jamás llegaría a conocer. Tendría que conformarse con lo que le brindaba y aprender a ser feliz con él durante el tiempo que tuvieran disponible.

También entristeció al recordar a Jonah. No había pensado en él porque, cuando estaba con Caleb, no tenía necesidad de pensar en nadie más. Sin embargo, a pesar del poco tiempo que habían pasado juntos, su recuerdo continuaba ahí, en algún lugar, en lo más profundo de su conciencia. De cierta forma, a Caitlin le incomodaba haber finalizado su incipiente relación con Jonah de una manera tan abrupta. Cualquiera que fuera la naturaleza de su vínculo, éste se había quedado sin resolver. A pesar de todo, ella creía que se volverían a ver tarde o temprano. No sabía cómo, sólo sabía que así sería.

Ni siquiera deseaba que sucediera; al menos, no en ese momento en particular. En realidad, toda su devoción estaba dedicada a Caleb y esperaba que eso nunca cambiara.

Caitlin se imbuyó en la música por completo y ésta llenó su alma durante el tiempo que Caleb la interpretó; tenía la impresión de que había pasado una eternidad. Ni ella ni Roger se movieron. Ambos permanecieron inmóviles y en silencio mientras Caleb tocaba con virtuosismo.

Cuando terminó, la última nota resonó en el aire durante varios segundos y Caitlin vio a Roger abrir los ojos poco a poco.

Caleb se levantó y atravesó el proscenio con calma; bajó los escalones y regresó a donde ellos estaban. Se detuvo a unos metros de su amigo.

Roger suspiró y se secó las lágrimas de los ojos.

—Es justo como yo la recordaba —dijo.

Luego respiró hondo, dio la vuelta y caminó por el pasillo.

—Sígueme —dijo.

*

Ambos lo siguieron y subieron con él por una antigua y sinuosa escalera. Llegaron al nivel del *mezzanine* y Caitlin miró hacia abajo. La belleza de la iglesia, desde aquella perspectiva, la dejó impresionada.

Siguieron a Roger por el corredor y a través de una puerta oculta; luego volvieron a subir por otra escalera de caracol. Continuaron así hasta llegar más y más arriba. Caitlin tenía la sensación de que nadie había subido hasta allá en años.

La escalera terminaba en una pequeña cúpula situada en la parte más alta de la iglesia. Era tan pequeña que apenas cabían los tres.

Roger se estiró y tocó una sección de la pared. De ahí sacó un pestillo que estaba oculto. Se abrió un compartimiento secreto, y de ahí, sacó un pequeño cofre enjoyado.

Lo sostuvo con cuidado entre sus manos y lo miró con un sentimiento muy especial.

—Yo nunca lo abrí —dijo—. Jamás lo he visto abierto y pensé que nunca lo haría. Hasta que vi la llave que traían.

Roger miró a Caitlin. El espacio era tan pequeño que el calor iba en aumento y resultaba difícil respirar; ella comenzó a sentir claustrofobia. También vértigo. Todo parecía irreal y daba la impresión de no tener fin.

—Conocí bien a tu padre —dijo.

Caitlin se quedó boquiabierta; de hecho no podía hablar. Había tantas preguntas que quería hacer, que no sabía por dónde comenzar.

—¿Cómo era él? —fue lo primero que se le ocurrió.

—Era un buen hombre; un gran hombre. Yo lo amaba. Era mucho mejor que todos los demás; mejor que toda la raza. Estaría muy orgulloso de verte llegar tan lejos —dijo mientras continuaba sosteniendo el cofre con ambas manos.

Caitlin insertó la llavecita de plata. El corazón le palpitaba con fuerza y no dejaba de rezar pidiendo que se abriera. Y así fue.

La llave se deslizó y produjo un maravilloso clic. Caitlin la giró a la derecha y se abrió la tapa del cofre.

Los tres se acercaron con ansiedad para ver lo que éste resguardaba.

El descubrimiento los dejó anonadados.

VEINTIUNO

—¡Oye, amigo, muévete! —dijo una voz colérica.

Kyle sintió que lo pateaban y luego lo golpeaban con una especie de bastón. Abrió los ojos.

Estaba recostado en una fría y dura superficie pero no sabía en qué lugar. La luz del sol había comenzado a fluir desde el horizonte y le quemaba los ojos y la piel.

—Oye, amigo, ¿qué no me escuchaste? ¡Te dije que te movieras! —gritó el policía.

Kyle abrió los ojos por completo y se dio cuenta de que estaba sobre una placa de mármol. Eran los fríos escalones de la escalinata de mármol del Ayuntamiento. El día apenas comenzaba y él estaba afuera, desparramado en el suelo como indigente. Miró hacia arriba y vio a dos sonrientes policías uniformados que lo molestaban y provocaban con sus macanas.

El vampiro trató de recordar lo que había sucedido y de qué manera había llegado hasta ahí. Se reportó con Rexius y luego se lo llevaron. Lo ataron; más tarde, el ácido. Se tocó un lado de la cara y le pareció que todo estaba bien, pero luego tocó el otro lado y el dolor volvió de inmediato. Sintió el contorno de las espantosas cicatrices de la desfiguración. Lo habían tatuado con ácido yódico, un castigo reservado para los traidores. A él, a Kyle, a un hombre que le había sido leal a la cofradía durante miles de años. Y todo por un pequeño error. Era insólito.

Kyle sintió que el dolor aumentaba de un lado de su rostro y su ira creció a la par.

—¿Quieres que nos lo llevemos —le preguntó uno de los policías al otro.

—Nah, es demasiado papeleo. Mejor vamos a evitarnos la pérdida de tiempo; hagámonos cargo nosotros mismos.

Uno de ellos levantó su macana con la intención de golpearlo con fuerza.

—Sujétalo —le dijo al otro.

El oficial tomó a Kyle del brazo y lo puso de pie de un jalón. Entonces vieron el otro lado de su rostro y se dieron cuenta de que tenía espantosas cicatrices que lo desfiguraban. Ambos retrocedieron ante aquella visión.

—¡Maldita sea! —dijo uno de ellos— ¿Qué demonios es eso?

La cólera se apoderó de Kyle, y antes de que los policías pudieran reaccionar, se puso en guardia. Utilizando sólo sus manos, los tomó del

pecho y los levantó hasta por encima de su cabeza. Eran hombres corpulentos, pero Kyle era mucho, mucho más grande y bastante más fuerte. Los levantó hasta lo más alto y, sin advertencia alguna, los hizo chocar entre sí.

Los dos cayeron sobre los escalones y luego Kyle dio un paso y les pisó el cráneo, asesinándolos a ambos.

La furia del vampiro no cesaba. Su propia gente lo había marginado como si fuera un don nadie, como si no valiera nada. Después de todo lo que había hecho por ellos; a pesar de que él mismo había desencadenado la guerra. Y todo por un pequeño error, por esa estúpida niña, Caitlin. La haría pagar muy caro.

Pero eso sería después de que se vengara de su propia gente. Nadie podía tratarlo de esa manera, nadie. Tal vez lo habían exiliado, pero él no tenía por qué aceptar ese veredicto. Además, todavía había vampiros que le eran fieles. Él mismo podría ser el líder de la cofradía.

Seguía ahí, furibundo, cuando, de pronto, se le ocurrió un plan. Sería una manera de vengarse y de recobrar el control. De esa manera se convertiría en el líder supremo.

Pensó en la espada. Si él la tuviera, si pudiera encontrarla antes que ellos, el poder sería todo suyo. Entonces podría volver y destruirlos; o por lo menos, a quienes lo habían traicionado. A los vampiros que le siguieran siendo leales, los reclutaría como soldados.

Sí, sería una carnicería como no se había visto nunca antes; y cuando tuviera el control en sus manos, se ocuparía de los humanos y terminaría aquella guerra él mismo. Para entonces, la peste habría causado el daño suficiente y él tomaría las riendas. Con esa espada podría gobernar Nueva York, y luego, todos los Consejos y cofradías del mundo estarían bajo su mando.

Era un plan estupendo, pero si quería la espada, tendría que encontrar a la chica, a Caitlin. Y para eso necesitaría ayuda. El muchachito ruso, aquel cantante al que ella convirtió. En sus venas todavía corría la sangre de ella.

Era un buen plan.

Kyle subió corriendo por la escalinata del Ayuntamiento y arrancó todos los cerrojos de acero antes de tirar la puerta de una patada. Era muy temprano por la mañana y el vestíbulo estaba vacío. Trotó por todo el pasillo. Llegó hasta el extremo, jaló un pestillo que estaba oculto y la pared

se abrió. El vampiro bajó a toda velocidad por la escalera de piedra y se perdió en la oscuridad.

Kyle iba rapidísimo. Estaba consciente de que podría encontrarse de pronto frente a un ejército, pero también sabía que ellos no esperaban que atacara solo. También sabía que estaban preocupados atendiendo la guerra, y que si se apresuraba, podría entrar el tiempo suficiente para conseguir lo que necesitaba. En especial a esa hora tan temprana, cuando muchos de ellos estaban preparándose para dormir.

Kyle llegó a los niveles inferiores y corrió con todas sus fuerzas por el pasillo hasta que encontró la enorme puerta que buscaba. Tal como lo había sospechado, sólo había un guardia vigilándola. Era un vampiro joven, de apenas unos cuantos cientos de años, con mucho menos fuerza que la de él. Antes de que el soldado reaccionara, Kyle ya lo había noqueado con un fuerte golpe que le dio en la mandíbula.

Luego empujó la puerta con el hombro; atravesó la habitación y ahí lo encontró: el chico ruso. Estaba atado a la pared con las manos estiradas, la boca cubierta con gruesa cinta de aislar y los ojos bien abiertos, reflejando todo su miedo y terror. Llevaba días ahí, así que, para ese momento, estaría socavado por completo. Kyle corrió, y sin perder tiempo, arrancó de la pared los grilletes que tenía en manos y pies. El chico se quitó la cinta de la boca y comenzó a gritar.

—¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí? ¿Adónde me llevas? ¿Por qué...

Kyle le dio un golpazo con suficiente fuerza para noquearlo. Luego lo cargó sobre su hombro y lo sacó de ahí arrastrando todavía las cadenas.

Corrió con el chico a cuestas por el pasillo y subió la escalera. En poco tiempo ya había cruzado la puerta del Ayuntamiento y llegado hasta la calle, donde brillaba la luz del día. Había corrido con todas sus fuerzas y le dio mucho placer darse cuenta de que nadie lo seguía.

A pesar de que siguió corriendo, tuvo la oportunidad de relajarse un poco. Ya tenía lo que necesitaba, por las venas de aquel chico corría la sangre de Caitlin, y eso lo conduciría directo a ella. Ahí donde la encontrara, lo más probable era que también estaría la espada. Sonrió; era sólo cuestión de tiempo. Tendría el arma muy pronto.

VEINTIDÓS

Caitlin y Caleb volaron sobre kilómetros de oscuro bosque para cruzar Martha's Vineyard y dirigirse hacia la luz vespertina del sol. A ella le asombró lo grande que era la isla. Había imaginado que se trataba de un lugar pequeño, pero cuando miró hacia abajo se dio cuenta de su enormidad. Los acantilados de Aquinnah, adonde se dirigían, estaban en la esquina opuesta de la isla, justo al otro lado. Aun volando a la velocidad que Caleb lo hacía, les tomaría un buen rato llegar.

A él no le agradaba volar si corría el riesgo de que lo vieran. No quería atraer la atención de la gente porque podría ser perjudicial para él o su raza. Sin embargo, la isla estaba tan solitaria en esa época del año, que no le importó transportarse hasta el otro extremo, en especial, porque sólo tendría que sobrevolar una enorme franja de bosques.

La mente de Caitlin no paraba de girar. Estaba meditando sobre la Iglesia Ballenera y la pista que ahí encontraron. No era lo que ella esperaba en lo absoluto. Creyó que sería otra llave, pero en lugar de eso, había otro pergamino en el cofre. Amarillento y roto. A primera vista era obvio que faltaba la otra mitad, y que sin ella, la primera era totalmente inservible. Contenía sólo una parte del acertijo, y dadas sus condiciones, era insólito que hubiera sobrevivido. Caitlin estaba segura de que continuaba existiendo gracias a que fue almacenada en una angosta cajita de metal a prueba de aire, la misma cajita que ahora yacía en su bolsillo.

Ella, Roger y Caleb revisaron el críptico mensaje que había en esa mitad del pergamino, pero sabían que todo era inútil. Muchas de las palabras y frases estaban incompletas. Eran sólo fragmentos, piezas de un rompecabezas que decía:

Los cuatro jinetes...

Abandonan...

Entran a un círculo...

Se reúnen en...

Y encuentran...

Junto a la cuarta...

Intentaron completar las oraciones varias veces, pero a pesar de su gran esfuerzo, jamás lograrían descifrarlo sin la otra parte.

Los tres estaban desilusionados; Roger se sentía peor que nadie. No había indicios ni pistas sobre el paradero de la otra mitad del pergamino.

Entonces Caitlin y Caleb decidieron ir al otro sitio que tenían como pista: los acantilados de Aquinnah, el lugar que había soñado.

Caitlin se empeñó en recordar el sueño, pero éste ya se veía distante y brumoso, como si lo hubiera tenido meses atrás. Empezó a preocuparle si en realidad había soñado eso. No quería decepcionar a Caleb ni hundirlo más en aquella búsqueda inútil.

De pronto dieron una vuelta y los bosques sobre los que se cernían, se abrieron ante ellos. El panorama se transformó y vieron hermosa y alta hierba que se contoneaba con el viento. El rojizo sol del atardecer la iluminaba de una forma hermosísima. Caitlin divisó una granja con ovejas y vacas diseminadas en el primitivo paisaje.

La chica percibió el aire salado, y tras dar una vuelta más, el panorama volvió a mutar para tornarse en una visión de hierbas de duna, y luego, de arena.

Los acantilados aparecieron de pronto.

Eran asombrosos. Tenían cientos de metros de altura y su arena fulguraba con un místico color rojo. Al atardecer, en particular, daba la impresión de que las enormes formaciones de roca estaban vivas y envueltas en fuego.

En la base de los acantilados había una playa de suave arena, con rocas aquí y allá de todos tamaños y formas. En medio se encontraban los ocasionales pedruscos que yacían caprichosos sobre la arena y recibían el impacto de las olas.

Su apariencia era prehistórica. Todo el lugar era mágico, como una playa de Marte. Caitlin jamás imaginó que pudiera existir un sitio como ese.

Rose también percibió la belleza de la playa porque asomó la cabeza entre los pliegues del abrigo de Caitlin y husmeó el aire salado.

La pareja rodeó los acantilados sin prisa, en busca de un lugar para aterrizar. A Caitlin le pareció que había algo muy familiar en aquella playa. Había estado ahí antes, eso era definitivo. Sí, era el lugar que recordaba, y lo más importante era que también intuía haber estado ahí con su padre en algún momento.

No sabía si encontrarían algo, pero tenía la sensación de que estaban en el lugar preciso en donde debían estar.

La playa estaba desolada; les pertenecía por completo. Caleb aterrizó con suavidad, y de inmediato, Caitlin bajó a Rose. La lobezna corrió por la playa, saltó al agua y luego volvió a la orilla; las olas casi le alcanzaban las patitas.

Caitlin y Caleb se rieron.

Caminaron con calma por la playa tratando de inspeccionarlo todo. Iban en silencio; Caleb tomó a Caitlin de la mano.

En la playa prevalecían el rugido de las olas al romper y el aroma del aire marino. Caitlin cerró los ojos y respiró hondo, era muy refrescante.

Caleb escudriñó los acantilados, la playa, los pedruscos. Ella también.

—Aquí debe ser —dijo Caitlin—. Sé que alguna vez estuve en esta playa con él.

Caleb asintió.

—Suena lógico. Éste es un lugar muy poderoso para los de nuestra raza.

Caitlin lo miró sorprendida.

—¿Ya habías venido? —le preguntó.

—En muchas ocasiones —contestó—. Los acantilados de Aquinnah es uno de nuestros lugares sagrados; es uno de los campos de energía más antiguos de la tierra. La arcilla roja y la arena albergan y proveen antiquísima energía que nos restaura.

—Por supuesto los humanos no lo saben. Jamás han logrado entender el significado preciso de los acantilados. Nosotros lo conocemos desde hace miles de años; es un sitio de poder, un lugar místico. Fue creado por los antiguos.

—Es lógico que tu padre te haya traído. Aquí se llevan a cabo las ceremonias de iniciación de todos los vampiros. Traemos a los jóvenes o a los que fueron convertidos. Pero principalmente, es un lugar de amor.

Caitlin se lo quedó viendo.

—¿De amor? —preguntó.

Las bodas entre vampiros son muy raras porque no podemos procrear —explicó—, y porque no tomamos a la ligera los compromisos que son para toda la eternidad. Sin embargo, cuando los vampiros llegan a

desposarse, sus ceremonias son sagradas y muy elaboradas. Pueden durar días, y casi siempre, se llevan a cabo aquí.

Caitlin miró intimidada a su alrededor.

—Las ceremonias matrimoniales entre vampiros se realizan por la noche, particularmente cuando hay luna llena —explicó Caleb—. Los matrimonios se llevan a cabo aquí porque las rocas simbolizan eternidad. Son parte de lo más antiguo que existe en este planeta y se cree que su energía le provee a la unión un vínculo que no podrá quebrantarse jamás.

A Caitlin le emocionaron sus palabras. A pesar de que sólo llevaban poco tiempo juntos, intuía que lo conocía desde siempre. Mientras lo escuchaba hablar de la ceremonia y del matrimonio, ella se dio cuenta de que no había nada que le gustaría más, que saber que pasaría el resto de su vida con él. Le deprimía mucho saber que su vida se extinguiría mucho antes que la de Caleb, que eran de razas diferentes y que su amor estaba prohibido. Le entristecía saber que, para él, ella sólo sería un recuerdo.

Le quería decir todo eso, pero no sabía cómo expresarse. Tampoco sabía si él sentía lo mismo por ella, así que sólo continuó caminando en silencio.

Todo era tan perfecto en ese momento. ¿Por qué no podían quedarse así las cosas? Le fascinaba aquella isla, la playa; y le resultaba muy sencillo imaginarse viviendo ahí con Caleb. Se veía a sí misma viviendo con él, apartados del resto del mundo y en paz. Tal vez podrían construir una pequeña casa en la cima de los acantilados para contemplar el océano. Dejarían el pasado atrás y comenzarían de nuevo. ¿Sería eso posible?

En las semanas recientes, Caitlin había sentido que tenía el control sobre su vida. Todo pasaba a su alrededor y los sucesos la arrastraban, pero ahora que las cosas se habían apaciguado un poco, ahora que su búsqueda parecía haber llegado a un callejón sin salida, pensó que tal vez podrían dejar de indagar. Tal vez todo podría volver a ser casi como antes.

En el fondo sabía que eso era imposible. Sabía que, sin importar lo que hicieran, ambos estaban inmersos en el destino que les correspondía cumplir; y que dentro de muy poco tiempo, la situación entre ellos cambiaría para siempre. Era algo demasiado triste.

De pronto pensó en la manera en que Caleb tocaba el piano, en la belleza de la música que había interpretado. Las notas todavía resonaban en sus oídos.

—No sabía que podías tocar el piano —le dijo en voz baja.

Él suspiró.

—Han pasado muchos años y mucho me temo que no pude hacerle justicia a la pieza. Ojalá hubieras podido escuchar a Ludwig interpretarla.

Caitlin se quedó atónita.

—¿Te refieres a Ludwig Van...? ¿A... Beethoven? —le preguntó estupefacta.

Caleb asintió.

—¿Estuchaste a Beethoven tocar eso? ¿En persona?

—Sí —le contestó—, ya hacia el final de su vida.

Caitlin estaba pasmada. Le impactaba pensar en todo lo que Caleb debió haber vivido hasta entonces.

—Entonces... ¿lo conociste? —le preguntó.

—Sí —dijo Caleb—. Era un amigo muy cercano. También era uno de nosotros.

—¿Era *vampiro*? —preguntó Caitlin en shock.

Caleb sólo asintió.

Quería saber más, quería saberlo todo, pero se daba cuenta de que Caleb no sentía deseos de hablar al respecto. Caitlin no estaba segura de lo que había pasado, pero era obvio que, para él, algunos sucesos habían tenido un impacto muy profundo.

—Debe haber sido increíble conocer gente así. Recordar ese tipo de cosas —dijo ella.

—A veces sí —le contestó—, pero por lo general, es sólo una carga.

—¿Por qué?

—A veces los recuerdos comienzan a pesarte demasiado. Te pierdes tanto en los sucesos del pasado, que resulta difícil vivir el presente. Es como convertirse una casa llena de cosas antiguas. Llega el momento en que resulta imposible guardar algo nuevo en ella.

Caminaron en silencio durante varios minutos. El sol había empezado a ponerse y su tenue luz lo cubría todo. Las olas rompían y Rose aullaba y daba vueltas junto a ellos. En el cielo se escuchaba el chillido de las gaviotas.

Caitlin miró alrededor en busca de alguna pista o huella que hubiera dejado su padre. Algo que pudiera recordar, pero no encontró nada.

Escuchó un estruendo, la brisa la acarició, y de repente, dos caballos pasaron junto a ellos. Caitlin volteó para fijarse de dónde habían salido,

pero no vio nada. Eran sólo caballos salvajes que pasaron galopando junto a ellos en la playa, corriendo sobre el agua y la arena.

Caleb y Caitlin se miraron. Era asombroso; jamás habían visto algo así.

—Son caballos salvajes —dijo él—, y son blancos. Excelente señal, ¡vamos a atraparlos! —gritó y comenzó a correr.

Al principio, Caitlin creyó que estaba loco: ¿cómo iban a atrapar a un caballo?, pero luego se acordó de la nueva velocidad que tenía y fue detrás de Caleb.

La chica sintió que sus piernas lo hacían todo por ella. De repente, ya estaba desplazándose a una velocidad que jamás habría creído posible. Alcanzó a Caleb y ambos aceleraron. En unos cuantos segundos ya estaban a la par de los equinos. Rose iba atrás.

—Caleb sonrió.

—¡Demos un paseo! —dijo.

Luego saltó al lomo de uno de los caballos y Caitlin hizo lo mismo: corrió lo más rápido que pudo y dio un salto al aire para caer sobre el lomo del otro.

No podía creerlo, pero ahora estaba montando junto a Caleb. Él reía y su cabello volaba con sensualidad en el viento. Ambos cabalgaron a toda velocidad por la playa, juntos. Cada vez se acercaban más al horizonte. Caitlin no podía creer que fuera capaz de algo así, de que su fuerza sirviera para eso. Era demasiado irreal.

Los caballos anduvieron muchos kilómetros por la playa, y sobre sus lomos, Caitlin y Caleb tenían una vista privilegiada de los acantilados, los pedruscos y la arena. A ella le impresionaron las dimensiones del lugar: parecía no tener fin.

Pero de repente, sin advertencia, los caballos se detuvieron abruptamente.

Caleb y Caitlin los instaron a moverse, pero los animales se negaron. La pareja se miró desconcertada.

—¡Supongo que quieren que desmontemos aquí! —gritó Caleb riéndose.

Caitlin miró hacia abajo y notó que el agua les llegaba a las rodillas a los caballos. Caleb sonrió y explicó:

—¡Creo que nos vamos a tener que mojar un poco! —luego saltó y cayó sobre la espuma de las olas.

Caitlin se quitó los zapatos, los sujetó con una mano y también saltó.

Sintió el agua helada con los pies desnudos y hasta las rodillas, pero cuando ésta retrocedió para formar la siguiente ola, ya sólo le llegó hasta las espinillas. En realidad era muy refrescante y la suavidad de la arena resultaba muy agradable.

Luego Caitlin volteó y vio que los caballos se alejaban galopando por la solitaria playa hacia el sol.

Rose corría en la arena. Probaba las olas y luego regresaba aullando.

Caleb vio una ola acercarse, y jugueteando, tomó a Caitlin y la cargó para mantenerla seca. Su fuerza era tal, que la ola rompió en sus piernas y él ni siquiera se tambaleó. Era como una piedra. Mantuvo a Caitlin abrazada a él. Reían mientras él la hacía girar por todos lados.

El corazón de la chica latía con fuerza.

Cuando por fin la bajó sujetándola con firmeza, sus miradas se cruzaron. La sonrisa desapareció del rostro de Caleb y su expresión se tornó más seria; era algo muy distinto.

Caitlin vio que sus ojos cambiaban de color, del avellana al turquesa. Él fijó su mirada en ella y ambos sintieron lo mismo en ese preciso momento.

Caitlin estaba nerviosísima cuando él se inclinó para besarla.

*

Fue un beso de mil soles. El cuerpo de Caitlin estaba repleto de un calor y una emoción que jamás había sentido antes. Le correspondió a Caleb con mucha pasión, y de pronto, él ya la había levantado y sacado del mar para llevarla a la orilla.

La colocó sobre la arena seca y ahí se quedaron juntos, en la solitaria playa. El mundo era sólo suyo. La pasión de sus besos creció y ella extendió la mano para acariciar el cabello de Caleb.

Había imaginado ese momento desde que lo conoció.

Jamás amó a alguien de esa manera.

VEINTITRÉS

Sam estaba frente a su padre con el corazón encogido. No podía creerlo. A pesar de que la zona, las casas rodantes y el sucio vecindario lo habían desilusionado lo suficiente, nada lo había preparado para lo que sintió al verlo. Todos sus sueños se resquebrajaron de repente.

Era un hombre bajito, delgado y frágil de aproximadamente cincuenta años. Estaba casi calvo, pero de un lado de la cabeza le colgaban varios mechones largos. No se había rasurado en días y parecía que se había dormido con la ropa puesta. Tenía la piel cubierta de arrugas y pésimo cutis lleno de acné. Sus ojos negros eran pequeños y vidriosos, y daba a impresión de que saldrían disparados de su cabeza. El hombre miró a Sam. Era como una rata; de hecho, era la imagen perfecta de la sordidez. Y apestaba; probablemente no se había bañado en varios días.

Aquel individuo no se parecía en nada a Sam, y por supuesto, tampoco tenía nada que ver con el padre que Sam había imaginado.

El chico no podía creer que hubiera sido engendrado por un ser así. La opinión que tenía de sí mismo, nunca fue tan mala.

Tal vez tenía la dirección equivocada. Rezó por que así fuera.

Ay no, Dios, que no sea él por favor.

—¿Sam? —preguntó el hombre de repente.

Con esa palabra, Sam obtuvo la confirmación de que había llegado a la dirección correcta. El corazón se le paró en seco. Era su padre.

El chico trató de encontrar las palabras correctas.

—Este... tú, eres, eh...

—¿Tu papá? —dijo el hombre, y cuando sonrió, Sam alcanzó a ver las hileras de diminutos dientes anaranjados—. Así es.

El hombre se asomó por encima del hombro de Sam y vio a Samantha de la cabeza a los pies. Se chupó los labios.

—Pensé que vendrías solo —le reclamó al chico sin quitarle de encima la vista a Samantha.

—Yo... —comenzó a explicar Sam— bueno, es que yo...

—¿Quién es ella? —preguntó el hombre sin dejar de mirarla.

—Ella es Samantha —dijo Sam al fin—. Ella es mi... —no sabía bien cómo presentarla.

—Novia —añadió la pelirroja con encanto.

Sam se sintió muy agradecido por el detalle. Además, le fascinó cómo sonó la palabra, en especial, cuando ella la articuló.

—Muy bien, entonces —dijo el hombre sin terminar. Dio la media vuelta y volvió a entrar a la casa.

Sam y Samantha se miraron. No sabían cómo interpretar aquella peculiar bienvenida. ¿Los había invitado a pasar?

Vacilante, el chico entró; Samantha no se despegó de él.

Antes de entrar, la vampira se cercioró de que nadie la viera, y luego cerró la puerta con firmeza y echó el cerrojo.

*

Sam observó los detalles de la oscura casa rodante. Todas las persianas estaban cerradas y la única luz era la de una lamparita en la esquina. Afuera era un lindo día soleado, pero estando en el interior, era imposible darse cuenta de ello. La casa de su padre era realmente tétrica y estaba repleta de objetos inútiles.

En cuanto Samantha vio al hombre, supo que no se trataba de un vampiro. Si lo fuera, se habría dado cuenta. Era obvio que, quien era vampiro, no era el padre de Sam, sino *su madre*. Habían estado buscando del lado equivocado de la familia. Ir tras el rastro de este hombre, había sido una pérdida de tiempo, a menos... a menos de que él pudiera guiarlos hasta la verdadera madre de Sam.

El chico estaba tan decepcionado, que hasta Samantha sintió algo de pena por él. No recordaba cuándo había sido la última vez que mostró compasión por un humano, y tuvo que reprenderse a sí misma por hacerlo. Ese muchachito de verdad le había estado haciendo bajar la guardia.

—Entonces... —comenzó a decir el hombre, quien obviamente tenía problemas para socializar. Dio vueltas por el lugar sin siquiera mirarlos—. ¿Qué quieren beber? —les preguntó por fin— ¿Cerveza?

Sam tardó en responder.

—Eh, pues... lo que sea está bien —dijo.

El hombre entró a la diminuta cocina y regreso casi de inmediato con dos latas grandes de cerveza Schlitz tibia. Las colocó en la mesita de centro, pero ni Sam ni Samantha las tocaron.

La vampira se dio cuenta de que Sam estaba demasiado inquieto y no sabía que decir, igual que su padre.

En la casa se produjo un silencio bastante incómodo. Estaba sucediendo algo muy raro: o su papá no estaba feliz de verlos, o era demasiado introvertido.

Samantha miró alrededor en busca de algo extraño. Había cosas por todos lados y el lugar estaba muy desordenado. En el suelo había latas vacías y pilas de periódicos y revistas. Pero, en la esquina, había una laptop abierta. La vampira percibió algo raro y utilizó su visión especial para alcanzar a ver lo que estaba en la pantalla. Se dio cuenta de que el papá de Sam estaba en Facebook, pero en una cuenta con otro nombre.

—Y entonces, ¿le contaste a alguien que venías a visitarme? —preguntó su papá.

Sam lo miró desconcertado.

—¿Te refieres a...

—Sí, que si le avisaste a tu madre que venías a verme.

—No —respondió Sam—. No he hablado con ella en mucho tiempo. Todo fue muy imprevisto, así, de momento. Sólo se me ocurrió que sería divertido que nos viéramos.

El hombre asintió y se relajó un poco.

—Bueno, ajá —dijo, y de su bolsillo sacó un paquete arrugado de cigarros y encendió uno. Fumó con toda calma y luego, cuando exhaló, el lugar se llenó de humo—. Entonces, eh, ¿en qué andan ustedes?

Sam y Samantha se miraron; no sabían de qué estaba hablando.

—Mmm... ¿a qué te refieres? —preguntó Sam.

Samantha volteó a donde estaba la laptop. Volvió a usar su mirada especial para ver la página de Facebook. Había algo que no le gustaba. Cuando observó bien toda la pantalla, vio que había varias pestañas abiertas al mismo tiempo. Todas en Facebook y bajo distintos nombres.

Tal vez el padre de Sam se dio cuenta porque, en ese momento, se levantó y cerró la computadora. Luego regresó con ellos.

—Me refiero a... —dijo— ustedes, muchachos... ¿tienen sexo? —les preguntó.

Samantha vio que el hombre se estiraba para tomar algo de la mesa.

También notó la confusión en el rostro de Sam y se dio cuenta de que el enojo empezaba a reemplazar a la incertidumbre.

En ese momento la vampira comprendió todo. No era su padre sino un impostor, un depredador cibernético. Era un pedófilo que atraía a la gente a través de Facebook. Ahí les lanzaba la carnada a distintos chicos y esperaba

a que alguien como Sam, alguien desesperado y dispuesto a creer que un individuo así podría ser su padre, cayera.

El hombre fue muy rápido; antes de que Samantha alcanzara a reaccionar, tomó un cuchillo grande de la cocina, corrió y sujetó a Sam del cuello. Le puso la hoja en la garganta y presionó hasta que estuvo a punto de salir sangre.

El chico entró en pánico y empezó a llorar del dolor.

—Si te mueves, lo mato —le dijo a Samantha en un tono bastante violento.

Era una situación muy interesante para la vampira. Dado que aquel hombre no era el padre de Sam, los asuntos que tenía con el chico, habían terminado, y por lo tanto, sólo estaba perdiendo el tiempo. Podía irse y dejar que Sam muriera ya que eso no marcaría ninguna diferencia. Aquella pista de Facebook que Sam tenía de su padre, era la única viable, y por lo tanto, el chico ya no le servía.

Pero algo la hizo titubear. Fue aquella peculiar chispa que había comenzado a sentir por el joven. No podía creerlo, pero en el fondo, se preocupaba mucho por él, y si había algo que odiaba más que a un humano, era a individuos tan espeluznantes como aquel pedófilo. No, no podía nada más salirse de ahí.

—Híncate y quítate la blusa —le ordenó el hombre a Samantha con su áspera voz y sin retirar el cuchillo del cuello de Sam.

El muchacho trató de soltarse pero el hombre lo sujetó con más fuerza y le sacó un poco de sangre de la piel.

Samantha podía deshacerse del hombre de inmediato, el problema era que, como tenía el cuchillo tan cerca de Sam, con cualquier movimiento en falso, le cortaría la yugular. No podía darse el lujo de actuar con precipitación.

Se arrodilló, levantó las manos, se quitó la blusa poco a poco y se quedó en *brassiere*.

Luego miró hacia arriba y vio la sonrisa de oreja a oreja del asqueroso individuo, y la forma en que se le iluminaban los ojos.

—Ahora quítate el *brassiere* —le ordenó.

Seguramente Sam notó que tenía una oportunidad de liberarse porque, en ese instante, se movió con mucha rapidez, para un ser humano, vaya. Se estiró, tomó al hombre de la muñeca y lo estrujó con toda su fuerza.

Por desgracia, el hombre también tenía mucha energía. Los años que había pasado sometiendo a muchachitos tal vez le habían ayudado a desarrollar, en el interior de aquel cuerpo flacucho, cierta resistencia que le servía en momentos como ese. Sam forcejeaba, pero de repente, el pedófilo se liberó y le hizo una cortada en la mejilla.

El chico aulló de dolor y levantó las manos. Había sangre por todas partes.

Luego el individuo sujetó de nuevo el cuchillo con fuerza y Samantha alcanzó a ver que se preparaba para hundirlo en el pecho de Sam.

La vampira entró en acción. De repente saltó, sujetó la mano con la que el individuo sostenía el cuchillo y luego le jaló el brazo hacia atrás con suficiente fuerza para dislocárselo.

El hombre aulló y soltó el arma.

Pero Samantha aún no había acabado. Con su fuerza sobrehumana lo tomó del cuello y con un ágil movimiento, se lo rompió.

El hombre cayó al piso como un saco inerte.

Todavía llena de rabia, la vampira volteó y vio que Sam estaba en shock y la observaba estupefacto. Su sorpresa era tanta, que ni siquiera le prestaba atención a su dolor. Samantha estaba segura de que el chico jamás había presenciado algo así en su vida y tal vez no volvería a hacerlo.

Sam había tratado, en verdad había tratado de salvarla a pesar de que tenía el cuchillo en el cuello. Entonces Samantha pensó en que nadie había tenido con ella un gesto como ese en siglos.

Tal vez sí debería conservarlo con vida después de todo.

VEINTICUATRO

Ya era de noche cuando Caitlin y Caleb despertaron. Estaban acostados juntos sobre la arena. La brisa era cálida y los iluminaba una hermosa luna llena.

La playa todavía estaba vacía y el sonido del romper de las olas los rodeaba. Se quedaron ahí desnudos, abrazados. Habían usado sus abrigos para cubrirse y Rose estaba junto a ellos.

Ambos habían cambiado mucho.

Se miraron a los ojos y volvieron a besarse sin prisa.

Su relación había cambiado para siempre. Caitlin también, y no había nada que la pudiera hacer más feliz.

Ya no eran sólo dos personas o amigos reunidos al azar para cumplir una misión. Ahora eran amantes. Eran una pareja. Y estaban *juntos*.

Caitlin sólo esperaba que eso durara para siempre.

Había muchas preguntas que quería hacer, como *¿y ahora qué?* Él había roto una ley; su amor estaba prohibido. ¿Qué iba a suceder si lo encontraban?, ¿lo matarían?, ¿lo había arriesgado todo por ella?, ¿creía que ella bien lo valía?

Y ahora, después de lo que sucedió, ¿la iba a abandonar?, ¿existía alguna manera en que permanecieran juntos?, ¿que su relación durara?

¿Qué les depararía el futuro?

Caitlin estaba demasiado emocionada de saber lo que Caleb había sacrificado por ella.

—Tengo miedo —dijo en voz baja.

—¿De qué? —preguntó él.

—De nosotros —contestó—. De morir. Tú vivirás para siempre pero —le costaba trabajo articularlo— yo... no —masculló—. Quiero estar contigo, quiero ser como tú. Inmortal —le confesó.

El semblante de Caleb se tornó sombrío. Se vistió con calma y se levantó.

Miró al océano.

Ella también se vistió. Agradeciendo el calor que le proporcionaba su abrigo, tocó el bolsillo para asegurarse de que el diario y el medio pergamino siguieran ahí. Luego se paró junto a su compañero.

—Yo también quiero estar contigo —dijo Caleb—, pero créeme, ser inmortal no es agradable. Es una maldición. Morir es mucho mejor; poder

comenzar limpio, de cero. Empezar una nueva vida en otro lugar, en otro tiempo y con otro cuerpo. No tener que recordar. Permitir que el ciclo de la vida siga su curso. Nosotros, los vampiros, somos... antinaturales.

La miró.

Nada me gustaría más que tenerte a mi lado, pero volverse inmortal sólo para estar conmigo para siempre, no vale la pena.

—*Por favor* —, le dijo, tomándolo de la mano—. Eso es lo que yo deseo. Conviérteme —le imploró mirándolo a los ojos.

—Conviérteme para que pueda ser una vampira de verdad; para que pueda estar contigo para siempre.

Caleb tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No podría hacer eso jamás a pesar de lo mucho que te amo —le explicó—. Quedarías atrapada en el limbo para siempre. No podrías procrear y a mí no me gustaría causarte ese dolor. Ni siquiera para mi beneficio. Además, si te convirtiera sin autorización, mi castigo sería muy duro.

Caitlin sintió que se le encogía el corazón. Tal vez nunca tendría lo que deseaba, después de todo.

Caleb la tomó de la mano en silencio.

—Si vamos a pasar la noche aquí, lo mejor será que busquemos refugio y encendamos una fogata —le dijo y luego caminó con ella por los acantilados en silencio.

—Creo que vi un lugar hace rato, cuando montábamos a caballo —dijo Caleb—. Era una cueva —añadió—. Ahí —dijo señalando.

Efectivamente había una pequeña cueva en el acantilado. No era muy profunda ni amplia, pero sería suficiente para brindarles resguardo.

El suelo de la cueva era de la misma arena que había en la playa, y la luna alcanzaba a iluminar el interior. Había una gran pila de madera quemada al centro; era obvio que el lugar ya había sido usado antes. Tal vez era popular para hacer fogatas, o incluso, para que los amantes pasaran la noche.

Caleb se frotó las manos con gran rapidez, y de la misma manera que lo había hecho en la cabaña, encendió el fuego en unos cuantos segundos. En muy poco tiempo tenían una fogata que iluminaba toda la cueva. Rose se acercó y se sentó cerca del calor que comenzaba a generarse.

Caitlin también se acercó. Estaba de pie junto a Caleb y con un brazo lo rodeó de la cintura.

Ambos se sentaron y miraron el techo de la cueva. Había grafiti por todos lados. La parte superior tenía forma de bóveda y reflejaba la luz de un

millón de maneras diferentes.

—¿Cuál será el siguiente paso? —preguntó Caitlin.

Hablaba acerca de la espada, pero también se refería a *ellos*.

—No lo sé —contestó Caleb—. Creo que llegamos a un callejón sin salida.

—Lo siento —se disculpó ella—. Tal vez mi sueño... tal vez mi sueño no significaba nada. Quizá tomamos la dirección equivocada y ahora tenemos que volver a la Casa Vincent. Puede ser que hayamos soslayado algo, alguna pista que...

De pronto Caleb la tomó del brazo y le indicó que guardara silencio. Tenía la mirada fija en las paredes de la cueva.

Ella volteó también y lo vio.

Ambos se pusieron de pie.

Ahí, en la esquina más alejada, en lo alto, había un hueco en la pared. Tenía la forma de una cruz. Era irreal y muy extraño. Lograron verlo sólo gracias a la luz de la luna y a la que les proveía la fogata. De no haber sido por eso, jamás habrían dado con él. Era muy pequeño. Si Caleb no hubiera observado con tanto esmero, jamás lo habrían visto.

Caitlin se estiró y limpió el hueco; éste comenzó a tomar forma. Era un espacio muy pequeño que dibujaba la silueta de una llave.

La chica sacó la llavecita de plata y miró a Caleb.

Él asintió.

Caitlin la introdujo y vio que cabía a la perfección.

Se miraron desconcertados.

Luego la chica le dio vuelta y escuchó un clic. En la pared de roca se abrió un pequeño compartimiento. Ella metió la mano y sacó lo que ahí había. Era la mitad de un pergamino.

*

Caitlin sacó la otra mitad que tenía en su abrigo. Por suerte, lo habían transportado en el pequeño contenedor de metal y éste había evitado que el viento o el agua lo dañaran.

Juntaron las dos partes y se acercaron a la luz de la fogata. Entonces pudieron leer la inscripción completa:

Los cuatro jinetes cabalgan por la senda de la libertad

**Abandonan el terreno común,
Entran a un círculo de sangre,
Se reúnen en la casa
Y encuentran a sus seres amados
Junto a la cuarta punta de la cruz.**

La pareja se miró. Estaban desconcertados por el hallazgo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Caitlin.

—No... estoy seguro. Pero todas estas frases... “la senda de la libertad”, “el terreno común”... Tal vez me equivoque, pero creo que todo señala a El Camino de la Libertad de Boston. Eso explicaría la primera oración. Y la palabra “común” debe referirse a Boston “Common”, el lugar. No sé con exactitud hacia dónde nos dirige este acertijo, pero estoy seguro de que es en alguna de las paradas del Camino de la Libertad. Sí, suena bastante lógico: Salem, Edgartown, Boston... Los tres sitios están fuertemente vinculados.

Caitlin se esforzó mucho por entender las pistas.

—Pero... ¿cómo es posible? —preguntó—. Todo parece muy aleatorio. ¿Por qué habremos encontrado el pergamino aquí?, ¿en esta cueva, en este lugar? No es lógico. ¿Qué tal si hubiéramos ido a otro sitio?

—No, yo creo que sí es lógico —contestó Caleb—. Piénsalo. No llegamos aquí por accidente. Tu padre te visitó y nos guió hasta acá. Además, los caballos nos dejaron justamente afuera de la cueva.

Caitlin tenía sus dudas.

—Los caballos son de gran ayuda para la raza de los vampiros. Son seres místicos; mensajeros. Nos han acompañado desde el principio de los tiempos. Llegaron cuando los necesitamos; no fue coincidencia. Nos condujeron hasta acá—insistió—. A veces los hechos fortuitos son los más planeados de todos.

Caitlin observó el pergamino. Le maravillaba lo antiguo de la escritura y la concatenación de sucesos que los habían conducido hasta ahí. De pronto intuyó que todo estaba destinado a suceder.

Esperaba que pasara lo mismo con la relación que tenía con Caleb.

—¿Y entonces?, ¿a dónde vamos? —preguntó—. ¿A Boston?

Él asintió.

—Creo que vamos a tener que abordar ese bote otra vez.

OceanofPDF.com

VEINTICINCO

Kyle caminaba como león enjaulado en la cubierta del pequeño yate. Aunque era muy temprano, la embarcación se dirigía a toda velocidad a Martha's Vineyard y el vampiro mostraba gran ansiedad. No podía quedarse en paz. Odiaba los barcos, también el agua. Lo peor de todo era que, como casi todos los de su raza, odiaba transportarse por mar. Lo odiaba más que ningún otro vampiro tal vez.

El chico ruso insistió en que encontrarían a Caitlin si se dirigían al mar, así que lo siguió. Subieron por la costa, a lo largo de toda la carretera, pero la búsqueda terminó cuando llegaron a la bahía. El muchachito señaló el mar. Dijo que aquella estúpida chica, la culpable de todos sus problemas, se encontraba en la isla.

Kyle estaba tan furioso que no podía controlarse. Esa muchachita no sólo lo había hecho perseguirla por toda la Costa Este y perderse la guerra que ya se estaba librando; también lo había forzado a abordar una embarcación y transportarse sobre agua. Para conseguir el yate, Kyle caminó al muelle, eligió el primero que vio, subió a bordo y mató a toda la tripulación en ese instante. Arrojó a los hombres al mar, se apoderó del barco, y luego él y el ruso emprendieron la travesía. Al menos, asesinar a todos esos hombres había apaciguado un poco su rabia.

Pero ahora que estaban en el mar, y que todo lo que los rodeaba era azul, había vuelto a enfurecer de nuevo. Ya estaba harto de perseguir a la chica. Quería encontrarla y matarla, justo después de obligarla a que le dijera dónde estaba su padre... o la espada.

Tenía tanta prisa por encontrarla que le daban ganas de salir corriendo por ella. Fue hasta donde estaba Sergei navegando el yate y volvió a gritarle:

—¡Quiero más velocidad!

—No puedo, amo —explicó temeroso el joven—. Esto es lo más rápido que se puede navegar en este bote.

—¿Estás seguro de que ella está en esa isla? —le preguntó por décima vez.

—Estoy seguro de que cruzó por el agua en esa dirección —contestó—. Siento su esencia en mis venas.

—Eso no fue lo que te pregunté —agregó Kyle con un tono intimidante.

El ruso levantó la cabeza e inhaló otra vez. Parecía algo confundido, como si no estuviera seguro o como si fuera a cambiar de opinión. Daba la impresión de que había perdido el rastro.

Pero Kyle lo mataría si eso llegaba a pasar.

—Eee...stoy seguro de que vinieron en esta dirección. Percibo con mucha fuerza sus presencias. Pero... eso es todo lo que sé —dijo.

Furioso, Kyle se dirigió al barandal. Tenía la cara roja del coraje. Se estaba perdiendo la contienda; después de miles de años de esperar esa guerra, *su* guerra, ahora ésta libraba sin él. La peste se había empezado a dispersar en Nueva York en ese preciso momento. Era su obra en todo su esplendor. Y él, estaba ahí, lejos de todo y atrapado en un barco con un estúpido cantante de ópera ruso sin poder disfrutar de la batalla. Sin ver a los patéticos humanos gritar y correr para salvar sus vidas: la parte del espectáculo que más había estado esperando.

En verdad iba a hacer que esa muchachita pagara.

Kyle sujetó el barandal con ambas manos y con tanta cólera, que lo dobló por la mitad y luego lo arrancó por completo de la cubierta.

*

Caitlin estaba parada en el transbordador, agarrada del barandal. El agua se movía con gran velocidad. Tenía a Rose arropada en su abrigo y Caleb estaba a su lado. La chica miraba al horizonte; no podía ver tierra pero sabía que estarían ahí pronto.

Caitlin deseaba no volver jamás porque, mientras permanecieran en el mar, rodeados del agua azul, las cosas no cambiarían. Ella y Caleb estarían juntos. Cuando divisó la primera señal de que se acercaban a la costa, supo que la vida comenzaría a cambiar inexorablemente. En cuanto llegaran a tierra, el corazón de Boston los atraería como un imán para conducirlos por el Camino de la Libertad. Ella sabía que ésa sería la última parada de su viaje. Lo presentía y le aterraba.

Caleb lucía nervioso. Caitlin lo observó y notó que él también se aferraba al barandal mientras miraba al frente. La preocupación se le notaba en el rostro. Ella había comenzando a reconocer sus expresiones faciales y sabía que la que tenía ahora, no la usaba con mucha frecuencia. Aquel temor no era producto de su temor al agua; era algo más. ¿Tendría miedo del futuro?, ¿de lo que sucedería cuando encontraran la espada?

Ambos intuían que cuando el arma apareciera, Caitlin ya no podría estar con Caleb. Él trataría de participar en la guerra de los vampiros, sirviendo a su cofradía, y Caitlin sabía que ya no habría lugar para ella. En el fondo, ni siquiera se imaginaba como sería la vida sin él.

La relación entre ellos era muy distinta ahora. Caleb deslizó su brazo alrededor de la cintura de Caitlin y la estrechó; ella se dio cuenta de que nunca se había sentido tan cercana a alguien. Era como si fueran una sola mente contemplando el agua del mar. Caitlin era una mujer distinta y creía que, de alguna manera, aunque fuera leve, él también había cambiado después de la noche que pasaron juntos.

Ambos guardaron silencio en el trayecto de regreso. Ninguno de los dos estaba preocupado por la pista que acababan de encontrar; tampoco trataron de descifrar el acertijo ni de especular sobre el lugar en donde podría estar la espada. Sólo disfrutaban de estar juntos. No había necesidad de hablar; era la calma antes de la tormenta y ambos querían gozarla.

De repente Caleb hizo una mueca. Apretó la mandíbula, gesto que Caitlin le había visto hacer cuando se aprestaba a pelear.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Él se quedó viendo al horizonte; entrecerró los ojos y rechinó la mandíbula. Hubo un prolongado silencio.

—Presentí algo —contestó él.

Caitlin esperó a que le diera más información, pero no lo hizo.

—¿Qué? —le preguntó.

Él guardó silencio por un rato.

—No lo sé —dijo—. Hay un gran alboroto. Siento que mi gente está sufriendo... Hay personas... buscándonos y, creo que... nos dirigimos a un peligro muy grande.

VEINTISÉIS

El yate se detuvo en el puerto de Edgartown. Kyle ya no podía esperar más, así que saltó casi diez metros desde la cubierta y aterrizó con destreza en el muelle. Al ruso lo dejó atrás para que amarrara la embarcación.

Pisar tierra firme lo hizo sentir más cómodo de inmediato.

El muchacho se apresuró. Apagó el motor, ancló el yate y siguió a su amo.

—¡Oigan, no pueden amarrar aquí su bote! —escucharon gritar a un hombre panzón de mediana edad con las mejillas rojas—. ¡Es un muelle privado! Está reservado para...

Antes de que terminara la frase, Kyle lo sujetó del cuello con una sola mano y apretó con tal fuerza que lo levantó más de un metro del suelo y lo sostuvo en el aire.

Al hombre se le salieron los ojos de sus órbitas y la cara se le puso morada.

Kyle hizo una mueca y, con un solo movimiento, lo arrojó al agua.

El hombre cayó muy lejos y salpicó agua por todos lados.

El vampiro esperaba haberlo matado; tal vez debió estrujarlo por más tiempo.

—¿En dónde está la chica? —preguntó Kyle entre dientes.

El ruso miró alrededor con nerviosismo. Trataba de orientarse. Levantó la nariz y husmeó en todas direcciones.

—Si la perdiste, te mato —le dijo Kyle amenazante.

El ruso volvió a buscar con el olfato y se detuvo cuando señalaba hacia la Avenida Principal.

—Se fue por ahí —dijo.

Caminó hacia la avenida y Kyle lo siguió de cerca.

*

Kyle y Sergei subieron por la escalinata de la Antigua Iglesia Ballenera de Edgartown. Al llegar a las puertas abatibles, Kyle las abrió de una patada y sin aminorar la marcha.

El ruido fue bastante fuerte y Kyle atravesó el vestíbulo hasta llegar al centro del templo. Sergei iba detrás de él. Se detuvieron en medio de una gran sala y miraron a su alrededor.

No había nadie ahí.

Kyle sujetó al ruso de los hombros.

—¡Estoy cansado de esto! —gritó—. ¡¡¿EN DÓNDE ESTÁ?!!

—En un lugar en donde jamás la encontrarás —dijo una apacible voz desde la parte trasera de la iglesia.

Kyle y Sergei voltearon al mismo tiempo.

Ahí, en la entrada, estaba Roger muy tranquilo.

Kyle percibió el cambio de energía y supo que se enfrentaba a uno de los suyos. Al fin. No más humanos para jugar. Por fin se estaban acercando.

Kyle avanzó poco a poco con Sergei a su lado.

—Al contrario, tú me vas a decir exactamente en dónde está, quién es, quién la acompaña y a dónde se dirige —le dijo a Roger para presionarlo.

Roger dio unos pasos hacia ellos y luego, de repente, tomó algo que les lanzó con rapidez.

Kyle lo vio venir pero Sergei no fue tan hábil.

Era una larga y afilada lanza de vampiros que se dirigía a ellos a toda velocidad. Kyle se agachó justo a tiempo pero Sergei no. La punta de plata de la lanza le rasgó la cara; atravesó la piel y le cortó la mejilla antes de continuar su trayectoria. No fue un golpe directo pero sirvió para provocarle una fuerte hemorragia.

Sergei gritó de dolor y se llevó las manos al rostro cubierto de sangre.

Kyle no titubeó. Subió tres escalones, dio un salto y, con ambos pies, le plantó una fuerte patada a su oponente en el pecho. Roger salió disparado por la sala hasta que se estrelló contra la pared.

Antes de que pudiera incorporarse, Kyle ya estaba encima de él ahorcándolo. Percibió la energía de Roger y se dio cuenta de que era un vampiro de los antiguos; un vampiro tan viejo que ya no tenía la misma fuerza de antes. Kyle era superior y sabía que lo podría matar con facilidad. Pero antes, se iba a deleitar torturándolo... con toda calma.

De repente Kyle notó que Roger hacía un rápido movimiento con la mano. Alcanzó a ver una luz amarilla, y, antes de reaccionar, lo supo.

Roger se acababa de meter a la boca una pastilla para suicidarse.

Era demasiado tarde.

Su cuerpo se quedó sin vida en los brazos de Kyle.

Furioso como nunca antes lo había estado en su vida, Kyle echó la cabeza atrás y aulló. Fue un primitivo rugido que provocó que todas las ventanas de la iglesia se hicieran añicos.

OceanofPDF.com

VEINTISIETE

Todo le seguía dando vueltas a Sam. Lo sucedido en la casa rodante había sido tan intenso, que todavía no podía procesarlo. El asqueroso individuo, el cuchillo, la riña, su mejilla. Y luego, Samantha. Lo había matado. Había sido asombroso. ¿Quién era ella?

Cuando estuvo sentado en el gabinete del merendero de la carretera, cuando la tuvo frente a él, la miró con intensidad. Se sentía más atraído a ella que nunca, pero también, más preocupado. Debía ser cauteloso. La vampira lucía completamente relajada bebiendo su malteada de vainilla. Sam no lo entendía. ¿Era la misma chica? Ahí estaba, tan serena y candente; la increíble muchacha con la que le encantaba estar. Pero también era esa loca sicótica que asesinó al pedófilo sin siquiera parpadear. ¿De verdad estaba interesada en Sam?

Todo fue tan rápido y el lugar estaba tan oscuro, que el chico no estaba seguro de lo que había pasado. Se acordaba del ruido, del espantoso crujido que escuchó cuando ella le rompió el cuello al hombre; y también recordaba que había visto el cuerpo de éste aflojarse y caer al suelo. Parecía que estaba muerto, pero no podría asegurarlo. Tal vez Samantha sólo lo había noqueado; aunque, de todas maneras, ¿cómo? El tipo era fuerte y tenía un cuchillo.

Por millonésima vez, se odió a sí mismo. Había sido tan estúpido, tan ingenuo. ¿Cómo se le ocurrió creerle?, ¿cómo fue a caer en la trampa de un depredador cibernético?, ¿en verdad era tan idiota?, ¿en qué estaba pensando? También se sentía muy avergonzado, sobre todo eso. Ahora estaba más convencido que nunca de que jamás encontraría a su padre.

Para colmo, había arrastrado a Samantha en todo aquel enredo y ni siquiera la había podido proteger. En lugar de eso, fue ella quien salió en su defensa. Qué vergonzoso. Lo más seguro era que lo considerara un idiota.

A Sam le preocupaba que se fuera, pero no podría culparla si lo hacía.

Samantha miró su mejilla y le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Entonces él se acordó y se quitó la toalla de papel que tenía pegada a la cara. La revisó. La hemorragia se había detenido pero todavía le dolía muchísimo.

—Ajá —contestó y luego la miró y se dio cuenta de que ella no tenía ninguna herida—. Y... dime, ¿cómo hiciste eso? Me refiero a... ¿cómo hiciste para patearle el trasero así?

Samantha se encogió de hombros.

Estudié karate la mayor parte de mi vida. Espero no haberte espantado, pero ese tipo era peligroso y no quise correr ningún riesgo. En realidad le apliqué una técnica bastante sencilla. Puedo enseñarte cómo hacerlo.

Ella siempre encontraba la manera de hacerlo sentir mejor. Era como si adivinara lo que estaba pensando y luego hiciera lo necesario para tranquilizarlo. Era fabulosa. En ese momento, todas sus preocupaciones salieron volando por la ventana.

—Lo siento mucho —dijo él—. Soy un verdadero idiota; no puedo creer que te haya llevado a ese lugar.

—Oye —dijo Samantha—, queríamos dar un paseo, ¿no es así?

Él la miró y ambos se carcajearon.

La tensión se relajó.

Sam le dio una enorme mordida a su hamburguesa y Samantha vio su muñeca, entonces, lo sujetó con sus gélidas manos.

Sam bajó la hamburguesa, no sabía lo que ella trataba de hacer. Samantha jaló a Sam del brazo y se quedó viendo el reloj. Estaba viendo su reloj.

Su expresión había cambiado por completo; ahora estaba muy seria, como en trance.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam.

—¿De dónde sacaste esto? —le preguntó con muchísima gravedad.

Él miró el reloj; ya había olvidado que lo traía puesto. Siempre lo usaba, desde que era chico. Era parte de él y ya ni siquiera se daba cuenta cuando lo tenía. Era un reloj bastante raro, tenía que admitir, pero, a pesar de eso, no podía entender por qué Samantha lo miraba de esa forma.

—Es de mi papá —dijo—, o al menos, creo que le pertenecía. Estaba demasiado chico y no recuerdo. Siempre lo he tenido.

Sam lo miró con curiosidad. Estaba fabricado con algún metal raro; él siempre había pensado que se trataba de una aleación de platino. Tenía peculiares gravados a un lado. De hecho se veía bastante antiguo y hacía un tic bastante raro. Curiosamente, jamás había tenido que darle cuerda ni cambiarle la batería. Siempre funcionaba y daba la hora a la perfección.

Samantha lo recorrió con sus dedos.

—Toma —le dijo él y se quitó el reloj—. Vamos, revísalo. Póntelo si quieres. Tiene algo genial en la parte trasera, pero nunca pude descifrar su significado—le dijo y se lo entregó.

Cuando lo tuvo en la palma de su mano, Samantha lo admiró como si fuera una niña con un juguete nuevo. Lo volteó y lo revisó con mucho cuidado. La vampira había quedado estupefacta; genuinamente sorprendida.

—¿Qué pasa?, ¿puedes leer lo que dice? Creo que es como francés o algo así —dijo Sam.

—Es latín —corrigió ella en un murmullo. Se había quedado sin aliento.

Samantha miró a Sam con sus hermosos ojos bien abiertos, llenos de sorpresa y emoción.

—Significa: *La Rosa y la Espina se reúnen en Salem.*

VEINTIOCHO

Caitlin y Caleb estaban en Boston Common, en la cima de una pequeña colina desde la que inspeccionaban el parque. Él tenía un mapa de El Camino de la Libertad que acababa de comprar en una tienda. Pasó su dedo sobre el papel una y otra vez. Caitlin estaba a su lado y sostenía las dos piezas del antiguo pergamino.

—Vuélvelo a leer —dijo Caleb.

Caitlin entrecerró los ojos para alcanzar a ver bien las palabras:

**Los cuatro jinetes cabalgan por la senda de la libertad
Abandonan el terreno común,
Entran a un círculo de sangre,
Se reúnen en la casa
Y encuentran a sus seres amados
Junto a la cuarta punta de la cruz.**

—“La senda de la libertad”, repitió Caleb en voz alta tratando de concentrarse—. *Debe* ser una referencia al Camino de la Libertad que comienza en Boston. Eso sería muy lógico. Está justamente a la mitad, entre Salem y Martha’s Vineyard. Estamos en el centro.

—Y “terreno común” *debe* ser una referencia a Boston Common, el lugar en donde nos encontramos ahora.

Eso también sería muy lógico. En el siglo XVII colgaban a las brujas aquí. Es un sitio muy importante para la raza de los vampiros.

—El pergamino... dice que los jinetes “abandonan el terreno común”. Eso significa que *comenzamos* aquí, pero no estoy seguro por qué. Y lo demás... “un círculo de sangre”... “se reúnen en la casa”, “la cuarta punta de la cruz”... Ya no sé a dónde ir a partir de aquí.

Caitlin miró otra vez alrededor. Tenían un panorama imponente desde la cima. A pesar de que la temperatura ya había subido un poco, aún quedaba algo de nieve y había varios niños jugando con un trineo del otro lado de la colina. Gritaban de alegría y sus padres los acompañaban. Caitlin divisó un hermoso parque, casi idílico. Resultaba difícil creer que ahí solían colgar a las brujas.

Volvió a revisar la cima de la colina, pero lo único que vio fue un árbol grande. No había ninguna pista.

—¿Por qué “cuatro jinetes”? —preguntó—. ¿A qué se refiere?

—Es una referencia al Apocalipsis. Son los Cuatro Jinetes del Apocalipsis que cabalgaron por todos los rincones de la tierra. Creo que quiere decir que, si no encontramos la espada, comenzará el Apocalipsis.

—O tal vez —especuló Caitlin—, que el Apocalipsis comenzará si sí la encontramos.

Caleb reflexionó.

—Tal vez —dijo en voz baja y luego miró alrededor.

—¿Pero por qué aquí? —se preguntó de nuevo— ¿Por qué en este lugar?

A Caitlin se le ocurrió algo.

—Tal vez no habla de este sitio en particular —explicó—, sino de irse de aquí. Se refiere al viaje —añadió.

Caleb la miró.

—¿De qué estás hablando?

—El pergamino habla sobre un viaje; habla de abandonar un lugar e ir a otro. Tal vez sólo tenemos que *ir* a esas locaciones, emprender la travesía. Quizá no tengamos que ir encontrando objetos en el camino, sino sólo hacer el *viaje*.

Caleb frunció el ceño.

—Es como la gente que entra a los Laberintos —dijo Caitlin—. Entran para hacer el recorrido, no para llegar a algún lugar. Caminar en ciertas direcciones, describir patrones... se supone que te cambia de alguna manera.

A Caleb comenzaba a gustarle la idea.

—Está bien —dijo—. Voy a creerte, pero, si así fuera así, de todas formas, ¿a dónde caminaríamos?, ¿a dónde tendríamos que ir ahora?

—Bien —dijo Caitlin pensativa—, dice que abandonemos el “territorio común” y entremos al “círculo de sangre”, así que nuestra siguiente parada deberá ser el círculo de sangre.

—¿Y eso es...? —preguntó Caleb.

Ella se paró junto a él y vio el mapa. El camino de la libertad tenía dieciocho sitios históricos. Era un recorrido de cuatro kilómetros. Sólo de verlo se sintió abrumada. No sabía a dónde se dirigirían. Revisó cada uno de los sitios pero ninguno parecía tener forma de círculo, y ciertamente, no había ninguna referencia a un círculo de sangre.

También leyó las acotaciones del mapa pero no encontró nada.

Y entonces, lo encontró.

En la parte baja del mapa había una nota a pie de página. Estaba debajo de la acotación para la Antigua Casa de Gobierno. Decía: “En la base del edificio, sobre la calle, se encuentra el punto que señala el sitio en donde tuvo lugar la masacre de Boston.

—Aquí —dijo emocionada y señaló—, La masacre de Boston. No dice nada sobre un círculo, pero creo que califica para sangre.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Caleb.

Él revisó el mapa y, después de unos instantes, le dijo:

—Hagámoslo.

*

Caitlin y Caleb abandonaron el parque, dieron vuelta en Court Street y se dirigieron al corazón del distrito histórico de Boston. De repente divisaron la Casa de Gobierno. Era un edificio grande de ladrillos que había sido preservado desde el siglo XVIII. Tenía muchas ventanas y, en la parte más alta, una cúpula. Su belleza y sencillez eran asombrosas.

Cuando llegaron a la base rodearon la estructura en busca del lugar de la masacre de Boston. Después de dar la vuelta en la esquina, por fin lo encontraron.

Ambos se detuvieron.

Era un círculo, un círculo perfecto.

El punto que marcaba la masacre de Boston, era bastante pequeño; apenas más grande que una alcantarilla. Caitlin y Caleb se acercaron para examinarlo.

No tenía ninguna seña particular, sólo era un modesto círculo de pequeños mosaicos incrustados en el piso, junto a la Antigua Casa de Gobierno.

—Sí, parece lógico —dijo Caleb—. Definitivamente vamos por el camino correcto.

—¿Por qué?

—Ese balcón que está allá arriba —dijo señalándolo—, ahí es en donde se leyó por primera vez la Declaración de Independencia.

Caitlin observó el balconcito.

—¿Y? —preguntó.

Caleb respiró hondo y se preparó para explicarle.

—La fundación de esta nación, fue en realidad la fundación de una nación de *vampiros*. Libertad y justicia para todos. Libertad para no sufrir persecuciones religiosas. Un pequeño grupo de personas conquista una nación enorme y poderosa. ¿Tú de verdad crees que un modesto contingente de humanos lo habría logrado?

—Fuimos *nosotros*. Fue *nuestra* raza. Pero eso no lo dicen los libros de texto. La fundación de los Estados Unidos fue la fundación de *nuestra* nación.

—Pero las razas más oscuras de vampiros, como la Cofradía de Blacktide, han tratado de sabotear nuestra labor desde entonces. Por eso siempre han existido dos grupos en guerra. El bien y el mal, la libertad y la persecución. Y siempre que haya uno presente, también estará su contraparte.

—Estoy seguro de que tu padre, quien quiera que haya sido, fue uno de los fundadores: uno de los vampiros más poderosos. Ellos poseían las armas con mayor alcance y las almacenaron para las generaciones futuras.

—¿Las almacenaron? —preguntó Caitlin, tratando de asimilar toda la información.

—La espada que buscamos, la espada turca, fue diseñada para proteger, no para atacar. Pero sólo si la usan las manos correctas. En las manos equivocadas, puede convertirse en un arma letal. Por eso se le escondió con tanto cuidado. Se supone que sólo la gente adecuada la debe encontrar, y si acaso hubo alguien en posición de ocultarla, ése debió ser tu padre.

Era demasiada información, demasiados datos para guardarlos todos. Era muy difícil creer que fuera verdad, pero al parecer, los elementos eran acumulativos. Caitlin sintió que se estaban acercando al fin del camino.

—No veo pistas aquí —dijo mirando alrededor.

—Yo tampoco —añadió Caleb—. Así que, si tu teoría es correcta, y lo que tenemos que hacer es el viaje, entonces eso significaría que teníamos que ver esto por alguna razón, y luego seguir el camino.

Caleb tomó el pergamino y volvió a analizarlo al lado de Caitlin.

—“Se reúnen en la casa” —leyó Caleb con calma. Luego se quedó pensando—. ¿Cuál casa? —preguntó en voz alta.

Caitlin volvió a tomar el mapa del Camino de la Libertad.

—Hay muchas casas en el camino: la de Paul Revere, la de John Coburn, la de John J. Smith. Podría ser cualquiera de ellas. O tal vez es una casa que ni siquiera es parte del recorrido —añadió Caitlin.

—Creo que nos trajeron a este camino por alguna razón —dijo Caleb—. Cualquiera que sea, creo que la casa debe ser parte de El Camino.

Ambos revisaron el mapa otra vez, y de repente, Caitlin se detuvo porque le ocurrió algo.

—¿Y qué tal si ni siquiera es una casa? —preguntó ella.

Caleb se la quedó viendo.

—Por alguna razón, me parece que hacer referencia a una casa, tal cual, es demasiado obvio. Las demás claves son mucho más sutiles. ¿Qué tal si el significado no es literal sino metafórico?

Caitlin recorrió el camino en el mapa con su dedo.

—Por ejemplo, ¿qué tal si en realidad es una casa? Mira —dijo señalando—, “Casa de Reunión”, se trata de otra iglesia, y además, está aquí a la vuelta.

Caleb la miró con un gesto de aprobación y sonrió.

—Me da gusto que estés de mi lado —le dijo a Caitlin.

*

Ambos caminaron de prisa por Washington Street y en unos cuantos minutos ya estaban frente a la Iglesia denominada “Casa de Reunión”. Era otro templo histórico completamente restaurado.

Una empleada los detuvo cuando entraron.

—Me temo que ya cerramos —dijo—. Esta iglesia opera como museo y ya son las cinco de la tarde —les explicó—. Pero pueden volver mañana.

Caleb volteó a ver a Caitlin y ella supo de inmediato lo que estaba pensando. Quería que probara su poder de persuasión con esa mujer.

La chica se la quedó viendo fijamente y le envió una sugerencia mental. *Los dejaría entrar; haría una excepción para que pasaran.*

La mujer parpadeó y, de repente, les dijo:

—¿Saben qué? Son una pareja muy agradable; voy a hacer una excepción pero no se lo digan a nadie —y les guiñó.

Ambos sonrieron y entraron a la iglesia.

Era bellísima. También era un espacio muy amplio y abierto con enormes ventanas en todas las paredes; repleto de reclinatorios de madera vacíos. Tenían todo el lugar para explorarlo con libertad.

—Es inmenso —dijo Caitlin—. ¿Y ahora qué?

—Para empezar, sigamos el camino —sugirió Caleb y señaló la ruta que el museo marcaba con grandes flechas rojas para guiar a los visitantes. Estaban parados justo encima de ella.

El camino conducía a una serie de exhibidores y pequeñas placas que se mostraban a lo largo del barandal de madera. Se detuvieron a leerlos.

Caitlin abrió los ojos sorprendida.

—Escucha esto —dijo—. “En 1697, en este lugar, el Juez Sewall se disculpó por haber sido uno de los jueces que juzgaron a las brujas de Salem en 1692, y las condenaron a muerte.”

Caitlin y Caleb se miraron. La referencia a Salem les causaba mucha emoción; estaban en el lugar correcto. Todas las pistas que habían encontrado en su búsqueda, comenzaban a converger. Se sentían muy cerca, casi como si la espada estuviera oculta bajo sus pies.

Pero se fijaron bien alrededor y no encontraron ninguna pista que les señalara a qué otro lugar debían ir.

—Bien, pues esta debe ser la “casa de reunión”, y si estás en lo correcto y todo se basa en el recorrido, entonces la pregunta sería: ¿Cuál es el cuarto lugar?

Caleb volvió a sacar el pergamino.

**Abandonan el terreno común,
Entran a un círculo de sangre,
Se reúnen en la casa
Y encuentran a sus seres amados
Junto a la cuarta punta de la cruz.**

—Ya abandonamos el “territorio común” —dijo—, entramos al “círculo” y nos “reunimos en la casa”. Ahora tenemos que encontrar a sus seres amados, junto a la cuarta punta de la cruz. Entonces, si estás en lo correcto y todo tiene que ver con el recorrido, significa que nos falta un lugar.

Ambos se quedaron pensando.

—Creo que “encontrar a los seres amados” se refiere a encontrar a tu padre —dijo—. Me parece que sólo nos queda un sitio más, ¿pero cuál?, ¿cuál es la cuarta punta de la cruz?, ¿será otra iglesia?

Caitlin reflexionó; buscó y buscó en su mente. Repasó el pergamino y volvió a revisar el mapa. Ella también intuía que estaban bastante cerca, que sólo les faltaba un sitio por visitar. Pero no se le ocurría nada. Verificó

cuáles eran las otras iglesias en el camino de la libertad, mas no tuvo ninguna corazonada con ellas.

Y de repente, se le ocurrió. Dio un paso hacia atrás y volvió a escudriñar el mapa. Con su dedo marcó el camino que ya habían recorrido y los ojos se le iluminaron.

—Una pluma —dijo jadeando—. Rápido, necesito una pluma.

Caleb corrió por el pasillo, encontró una pluma en uno de los reclinatorios y regresó presuroso.

Caitlin dibujó una línea en el mapa del camino de la libertad.

—Es un patrón —dijo—. Hemos estado caminando sobre un patrón. Comenzamos en Common —dijo y lo marcó con un círculo—. Luego entramos al círculo de sangre —también lo marcó con un círculo y lo conectó con una línea—. Luego fuimos a la casa de reunión —también conectó ese punto con una línea y lo marcó con un círculo.

Luego levantó el mapa y se lo mostró a Caleb.

—Mira por dónde caminamos y fíjate en la figura, en el patrón que se forma.

Caleb entrecerró los ojos; no estaba seguro de entender.

—Todavía no está terminado, por eso es que no lo vez. Sólo hemos caminado a tres puntos, pero, el cuarto, completaría la figura.

Entonces dibujó una línea recta para completar el patrón.

Caleb se quedó boquiabierto cuando lo reconoció.

—Es una cruz —dijo en voz baja—, se supone que debemos caminar sobre una cruz.

—Sí, —dijo Caitlin emocionada—. Y si seguimos la línea, si completamos la cruz de forma simétrica, te darás cuenta que sólo conduce a un lugar.

Ambos siguieron la línea que había dibujado Caitlin.

Justo ahí, en ese lugar, en la cuarta punta de la cruz, estaba el cementerio de King's Chapel, o la capilla del rey.

—Los seres queridos —dijo Caleb—. El cementerio.

—Ahí debe estar enterrado él —agregó Caitlin.

—Y por lo tanto, te apuesto que la espada también está ahí.

*

Samantha conducía el BMW a toda velocidad en las afueras de Boston y Sam iba sentado a su lado. Se dirigían por la carretera a Salem. Ella estaba

cada vez más desesperada por todas las dificultades que se les habían presentado al buscar al padre de Sam. Cuando vio los mensajes de Facebook y Sam le contó tan emocionado que había estado en contacto con su padre, Samantha pensó que sería bastante fácil encontrarlo. Creyó que sólo tendría que llevarlo a Connecticut, y que después de eso, encontraría la espada.

—Pero las cosas se habían complicado. No esperaba encontrarse con aquel pedófilo, y sobre todo, tampoco creyó que se encariñaría con Sam. Todo era más confuso y ella se sentía menos alerta. Su plan original era muy simple: encontrar al padre, matarlos a ambos y regresar con la espada. Pero ahora ni siquiera estaba segura de querer asesinar al chico. En especial cada vez que veía aquella cortada reciente sobre su mejilla: un recordatorio de cómo había tratado de salvarla.

Estaba enojada consigo misma, más que nada, por su falta de disciplina. Odiaba los sentimientos, siempre se interponían.

Lo pudo haber matado después de que vio su reloj y consiguió la pista que conducía a Salem; pero por alguna extraña razón, quería tenerlo cerca. No entendía por qué. Le había dicho que necesitaba su ayuda para hacer algo muy importante, y que tendrían que ir a Salem. ¿La acompañaría? Él le brindó una enorme sonrisa. Era obvio que a ese chico no le interesaba volver a la escuela.

Además, todavía lo podía utilizar para encontrar al padre. Había corrido con buena suerte al encontrar el reloj, pero Salem era un lugar muy grande y la inscripción podía significar cualquier cosa. Tenerlo con ella, de hecho, sería bastante útil.

De repente presintió algo y frenó abruptamente. El auto rechinó y se detuvo en medio de la carretera.

—Guau —dijo Sam al mismo tiempo que golpeaba el tablero con las palmas—. ¿Qué pasó?

Varios coches más tuvieron que detenerse de forma inesperada detrás de ellos y se empezaron a escuchar los claxonazos.

Pero a Samantha no le importó. Había detectado algo en el aire; una vibración.

Se quedó sentada y levantó la barbilla para percibir mejor.

Sí, ahí estaba otra vez, muy cerca. Era una señal inconfundible. Había un gran bullicio entre los vampiros, ahí, en Boston. La vibración pasó

por sus venas, estaba muy cerca. De pronto se inquietó y pensó que, tal vez, hasta tenía algo que ver con la espada.

De repente Samantha abandonó el grupo de coches, dio una cerrada vuelta en U, y el tránsito de ambos lados de la carretera se tuvo que detener de golpe para que ella pudiera pasar a toda velocidad por el lado opuesto de Storrow Drive.

Sam estaba pegado a la puerta y trataba de recuperar el equilibrio.

—¿Por qué la prisa? —preguntó sorprendido y un poco espantado.

Samantha condujo por unos treinta metros más y dio vuelta a la izquierda. Se produjo un rechinado muy agudo e interrumpió cuatro carriles.

—Cambio de planes —contestó.

*

Kyle saltó del yate antes de que éste llegara siquiera al muelle y aterrizó con destreza sobre los adoquines de Boston. El ruso cayó junto a él.

Había pensado varias veces en matarlo en el bote, pero aunque eso le brindaría una alegría pasajera, no le proveería lo que necesitaba. Por eso decidió darle una última oportunidad para ver si ésta vez lograba señalar la dirección correcta.

Si al llegar a Boston el ruso seguía confundido, entonces lo mataría sin duda alguna, y encontraría otra manera de hacer las cosas. Kyle lo miraba con impaciencia.

Por lo menos el chico todavía tenía aquella gran herida. Kyle estaba seguro de que le quedaría una linda y enorme cicatriz en la mejilla. Sólo de pensarlo se sentía feliz.

Por fortuna para el ruso, sus ojos se iluminaron de pronto y señaló en una dirección.

—Ahí está, amo, estoy seguro —dijo con emoción—. La siento con gran fuerza; es a sólo unas cuadras.

Kyle sonrió de nuevo. Esta vez parecía real. Sí, le creía; a unas cuadras, le gustaba mucho cómo sonaba eso.

El vampiro se acercó a un nuevo y reluciente auto de lujo. El conductor estaba de pie frente al vehículo.

El ruso se acercó, abrió la puerta del pasajero y se subió.

—¡Hey! —gritó el conductor.

Pero antes de que pudiera reaccionar, Kyle ya lo había noqueado con un solo golpe haciéndolo volar varios metros. Sin siquiera detenerse, el vampiro subió al asiento del conductor y huyó en el auto que ya lo esperaba encendido.

Condujo a toda velocidad por las calles de Boston. En el camino viró sin aviso y le pegó a un coche por el puro placer de hacerlo. Los cláxones empezaron a sonar a su alrededor. Sonrió, estaba feliz y el bullicio lo hacía sentir un poquito mejor.

Sabía que la espada sería suya en cuestión de minutos.

Luego mataría a todos.

OceanofPDF.com

VEINTINUEVE

Cuando Caitlin y Caleb salieron de la Casa de Reunión, dieron la vuelta en School Street y divisaron el cementerio de King's Chapel. Estaba a dos cuadras de distancia y sólo tenían que continuar caminando en línea recta.

La cuarta punta de la cruz, pensó Caitlin, es perfectamente lógico.

A la chica le parecía asombroso que hubieran estado caminando sobre la forma de una cruz durante todo el recorrido; como si los guiara una mano invisible.

De pronto el corazón comenzó a palparle con mayor rapidez. Le daba nervios conocer a su padre, si es que aún estaba vivo. También ver su tumba, si es que ya había muerto. No sabía cómo reaccionaría en ninguno de los casos, pero también estaba emocionada porque al fin sabría quién era y de dónde venía. Le ilusionaba conocer su linaje y su destino.

Por otra parte, le afectaba saber que, tal vez, el fin entre ella y Caleb se aproximaba. ¿Qué pasaría si realmente encontraban la espada?, ¿qué haría él?, ¿se iría a luchar en su guerra?, ¿salvaría a su cofradía?, ¿y cuál sería el papel de ella en todo eso?

Caminaron hacia el cementerio tomados de las manos; eran sólo unos treinta metros. Caitlin sintió que Caleb la apretaba con fuerza; tal vez estaba pensando en lo mismo. Lo que encontraran en ese lugar cambiaría sus vidas para siempre. Rose se ocultó más en el abrigo de Caitlin.

El sol se estaba poniendo cuando entraron al pequeño cementerio. King's Chapel era más o menos oscuro. Era el edificio más pequeño de las dos construcciones históricas de Boston que operaban como camposantos. En realidad no era muy grande; tal vez unos treinta metros de ancho y unos treinta de profundidad en los que había varias tumbas desperdigadas. Las lápidas eran bastante modestas y se les podía calcular unos cien años de antigüedad.

Para moverse entre las tumbas, era necesario recorrer el angosto camino adoquinado que atravesaba el cementerio. Caitlin bajó a Rose y los tres caminaron juntos. Caitlin y Caleb revisaron cada una de las lápidas. A ella le palpitaba el corazón con fuerza cada vez que leía una nueva. ¿Sería ésta la de su padre?, ¿sería aquella?

Comenzaron en la parte trasera, desde la última fila. Revisaron lápida por lápida en busca de una pista, de cualquier cosa. A Caitlin le llamaban la

atención los monumentos más grandes. Esperaba que su padre hubiera sido un hombre importante, en cualquier época que haya vivido, y que alguna de las grandes criptas le perteneciera.

Pero no. De hecho no encontraban su nombre en ningún lugar.

Cuando terminaron de buscar y volvieron al sitio en donde habían comenzado, Caitlin se fijó y vio que todavía quedaba una hilera de tumbas. Era la más cercana a la calle. Caminaron junto a ella para revisar lápida por lápida.

Y ahí, justo al final, la encontraron.

La lápida decía “Elizabeth Paine. Murió en 1692”.

Era la misma Elizabeth Paine de Salem, la mujer de *La letra escarlata* de Hawthorne. Aquella que, según Caleb, había tenido un hijo con un vampiro. Era su apellido y estaba enterrada ahí.

¿Sería la persona a la que habían estado buscando todo el tiempo? Entonces, ¿Caitlin no había buscado a su padre sino a su *madre*?

¿O el vampiro era en realidad el esposo de Elizabeth?

Caleb se acercó y se arrodilló junto a la tumba con Caitlin. Rose también se sentó junto a ellos y observó la lápida con mucho cuidado.

—Ésta es —dijo él con sorpresa—. Aquí es adonde se suponía que teníamos que venir. Es el lugar de descanso de tu ancestro.

—Entonces... —ella no sabía por dónde comenzar— ¿hemos estado buscando a mi mamá?

—No lo sé —contestó Caleb—. Podría ser que *ella* fuera la vampira. O tal vez, sólo se casó con alguien de mi raza.

—Pero —seguía confundida— ¿entonces eso significa que están muertos?, ¿o siguen con vida?

Caleb sacudió la cabeza.

—No lo sé —repitió y volvió a sacar el pergamino: “*Y encuentran a sus seres amados junto a la cuarta punta de la cruz*”. Miró alrededor.

—Éste debe ser el lugar, aquí están “sus seres amados”. Creo que ésta es la cuarta punta de la cruz; no podría estar en ningún otro sitio —dijo mientras escudriñaba el cementerio de nuevo—. El problema es que no veo ningún indicio de en dónde pueda estar oculta la espada. ¿Tú sí?

Caitlin miró alrededor; la roja luz del sol poniéndose caía sobre el cementerio como si fuera sangre. La chica suspiró. No. No había pistas.

Pero entonces, se le ocurrió algo.

—Léelo otra vez —le indicó—, pero con calma.

—“Y encuentran a sus seres amados” —leyó— “junto a la cuarta punta de la cruz”.

—“Junto” —dijo Caitlin y los ojos se le iluminaron.

—¿Cómo —preguntó Caleb.

—Dice *junto* a la cuarta punta de la cruz, no *en* la cuarta punta de la cruz.

Al mismo tiempo ambos voltearon y se fijaron en la construcción de piedra que estaba al lado.

Era King’s Chapel.

*

Caleb cerró la puerta en cuanto entraron. Ésta produjo un sonido que resonó. La iglesia estaba cerrada con llave, pero el vampiro había usado su fuerza para romper la cerradura y ahora podrían inspeccionar el lugar con tranquilidad.

Caminaron por la hermosa y pequeña capilla iluminada por la luz solar que entraba por los vitrales. Caitlin se sintió en paz de inmediato. Era un lugar acogedor y elegante; los reclinatorios estaban divididos en secciones familiares y tapizados con terciopelo rojo. Todo estaba tan bien conservado, que le dio la impresión de que habían entrado a otro siglo.

Caleb caminaba junto a ella; ambos revisaron el lugar. Se percibía cierta inmovilidad en el ambiente.

—Aquí es —dijo él—, lo sé.

Y por primera vez, Caitlin compartió su sensación.

Se dio cuenta de que estaba comenzando a percibir todo con mucha más fuerza. Y ciertamente, intuía la presencia de la espada. Era electrizante. No sabía qué le producía más emoción: que la espada estuviera ahí, o poder sentirlo por sí misma.

Caitlin puso a Rose a un lado y caminó sin prisa sobre la alfombra del pasillo tratando de ver si sus exacerbados sentidos le indicaban dónde podría estar. De repente fijó la mirada en el púlpito.

En el otro extremo de la capilla, una delicada y pequeña escalera en forma de caracol, subía hasta él. Daba la impresión de que los ministros habían dicho sus sermones en ese púlpito durante cientos de años. Algo la llamaba hacia ese lugar.

—Yo también lo siento —dijo Caleb.

—Ve —le contestó él—. Sube, es *tu* espada, *tu* linaje.

Ella siguió caminando por el pasillo y subió poco a poco por la escalera. Rose caminó junto a ella y se quedó sentada abajo. Vio a su ama subir y sollozó un poco.

Caitlin llegó a la parte más alta. Era un pequeño cubículo en donde sólo había espacio para un predicador. Revisó los detalles de madera preguntándose en dónde podría estar la espada. No había ninguna señal obvia, sólo el barandal de madera y de forma circular que le llegaba al pecho. Pasó la mano por la superficie. Tenía siglos de uso. No vio ningún compartimiento, ningún cajón.

Pero entonces, lo encontró.

Era una ligera impresión sobre la madera, algo que estaba pintado. Tenía la forma de una pequeñísima cruz del tamaño de su dije.

Caitlin raspó la imagen y retiró años de pintura. Efectivamente, había un orificio. Se quitó el dije y lo insertó; cabía a la perfección.

Luego lo giró y escuchó un suave clic.

Jaló y no pasó nada. Luego jaló con un poco más de fuerza y escuchó cómo se quebraba la pintura que cubría las bisagras. La retiró por completo y luego introdujo los dedos lo suficiente para sujetar la puerta y abrirla. De pronto vio la parte lateral de un compartimiento muy angosto. Volvió a jalar.

Hasta que lo abrió.

De ahí salió el aire que había permanecido durante siglos ahí, junto con una nube de polvo.

Y cuando el polvo se dispersó, Caitlin abrió muy bien los ojos.

Ahí estaba.

La espada.

Era asombrosa. Estaba cubierta de oro y joyas de una punta a la otra. Sintió su poder de inmediato; casi le daba miedo tocarla.

Luego se inclinó y, de una manera casi reverencial, la sujetó.

Con una mano la tomó de la empuñadura, y con la otra, de la vaina. La sacó poco a poco y la sostuvo en alto para que Caleb la viera.

Él se quedó boquiabierto.

Sujetó bien la vaina y sacó la espada. Se produjo un delicado y hermoso sonido, y entonces, pudieron ver la espada. Había sido fabricada con un metal que ella no reconocía, y brillaba como ningún otro objeto que hubiera visto en su vida.

La energía que manaba era abrumadora, como electricidad. Recorría su mano y luego le subía por el brazo.

Sintió que, armada con esa espada, podría hacer cualquier cosa.

*

Samantha llegó rechinando el BMW y se detuvo en frente de King's Chapel. Dio un salto para salir y dejó el auto en medio de la calle. Sam también saltó del asiento del pasajero para seguirla.

Se escucharon los cláxones.

—¡Oiga, señorita, no se puede estacionar ahí! —le gritó un policía que ya se venía en camino.

Samantha se acercó a él y lo golpeó en la cara con el puño cerrado. Le había roto la nariz; el oficial cayó de rodillas inconsciente. Pero antes de que llegara al suelo, Samantha sacó la pistola que traía en la funda.

Sam se quedó boquiabierto; estaba conmocionado.

—Demonios... —comenzó a decir.

Y antes de que terminara de hablar, Samantha lo tomó del cuello, lo levantó y lo cargó. Luego subió por las escaleras de la capilla.

—¡Samantha! —trató de gritar— ¿Qué crees que...

La vampira lo arrastró y, con una patada, golpeó la puerta para abrirla.

—¡NO TE MUEVAS! —gritó.

Samantha estaba ahí de pie en el pasillo de King's Chapel. Había tomado a Sam como prisionero y le estaba apuntando a la sien con una pistola con la mano derecha.

La vampira miró a la chica. Era Caitlin. Estaba en el púlpito y tenía la espada entre sus manos. Su espada, la espada que necesitaba.

Del otro lado vio al vampiro que había traicionado a su cofradía: Caleb. Y al frente, sobre el pasillo, había una lobeza.

—Suelta la espada —gritó Samantha— ¡o mato a tu hermano!

Sam trató de librarse pero ella lo superaba en fuerza por mucho.

—Por favor —dijo Sam—, no hagas esto. ¿Qué es lo que quieres? —lloriqueó.

Samantha notó que Caitlin estaba confundida, no sabía qué hacer. No dejaba de ver a Caleb como si le estuviera pidiendo consejos sobre qué hacer.

—No le des la espada —dijo Caleb con firmeza.

—Si no me la das, ¡lo mato! —gritó la vampira— ¡Te lo juro!

—¿Sam? —gritó Caitlin.

—Lo siento, Caity —gimoteó su hermano—. Entrégale la espada por favor; no dejes que me mate.

Entonces se produjo un pesado silencio mientras Caitlin pensaba qué hacer.

Rose comenzó a gruñir al mismo tiempo que se acercaba a Samantha.

—Está bien —gritó Caitlin después de unos instantes—. Si te doy la espada, ¿lo dejarás ir?

—Sí. Arrójala —ordenó Samantha—. Al suelo, lentamente.

Caitlin titubeó un poco más.

Y de repente, arrojó la espada.

Cayó en el pasillo produciendo un fuerte ruido metálico, justo al centro del triángulo que formaban ella, Caleb y Samantha.

En ese momento, Rose corrió y se le aventó encima a la vampira.

Ésta le apuntó a la lobeza y le disparó.

*

De repente se escuchó un estruendo en la puerta y Kyle y Sergei entraron casi a la velocidad de la luz.

En el de por sí caótico recinto, los visitantes desconcertaron aún más a todos.

Kyle aprovechó la confusión, y antes de que alguien reaccionara, corrió por el pasillo y noqueó a Sam y a Samantha con un solo golpe. La pistola cayó al suelo y se patinó.

Caleb no perdió ni un segundo. Se apresuró a ir por la espada que seguía tirada en el piso. Pero Kyle ya la había visto también, y corrió tras de él.

Antes de que Caleb llegara, Kyle le saltó encima y lo golpeó con el codo, dejándolo tirado en el piso.

Luego ambos lucharon en el suelo, a unos cuantos metros de la espada.

Sergei aprovechó y se dirigió a donde estaba la reliquia.

Al principio, la confusión había conmocionado a Caitlin, pero ahora estaba lista para actuar. Tenía que salvar a Caleb. Kyle estaba sobre él y le llevaba ventaja; estaba tratando de sacarle los ojos con los pulgares.

La chica saltó desde el púlpito, voló por los aires y aterrizó a unos cinco metros sobre el piso de la iglesia. Corrió hacia Kyle y lo golpeó con fuerza en las costillas. De esa manera liberó a Caleb justo a tiempo.

Y luego, de pronto, comenzó a sentir un dolor insoportable.

Aulló cuando sintió que el frío metal le rasgaba la espalda, la piel, los intestinos y el estómago, y salía con la misma rapidez con la que había entrado.

Cayó arrodillada y la sangre le subió por la garganta: brotó por la boca, entre los dientes y le colgó de la barbilla.

En la conmoción de su agonía, miró hacia abajo y se dio cuenta de que le habían enterrado la espada por atrás.

—¡NO! —gimió Caleb y se apresuró a llegar a su lado.

Estaba tan distraído que no vio a Sergei de pie junto a ellos, empuñando la espada llena de sangre. Lucía complacido con su trabajo y sonreía malévolamente.

—Tú me mataste antes de que llegara mi hora —le gruñó a Caitlin—, y ahora te he devuelto el favor.

Entonces corrió por el pasillo de la capilla.

Kyle también salió disparado y se dirigió a la puerta del frente.

Cuando pasaron junto a Samantha, ésta ya había recobrado el conocimiento, y con un ágil movimiento cargó a Sam sobre su hombro y corrió detrás de los otros dos vampiros.

En la capilla sólo quedaron Caitlin y Caleb, y a su lado, la lobezna que no dejaba de sangrar y sollozar.

—¡Caitlin! —gritó Caleb mientras la sujetaba de los hombros. Se inclinó hacia ella y le acarició el rostro. Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Le había impactado tanto ver que la lastimaban, que ni siquiera pensó en la espada. En el fondo sabía que todos se habían ido, que habían huido con el arma. La espada que había jurado proteger toda su vida.

Pero ahora, al verla tirada ahí, sangrando, agonizando, Caitlin era lo único que le importaba. Tirada sobre el suelo de la capilla, la chica sentía que el mundo se iba enfriando. Un indescriptible dolor le atravesaba la espalda y el estómago, y la sangre abandonaba su cuerpo con rapidez. De una manera muy tenue, percibía las manos de Caleb sosteniéndole la cabeza y acariciándole el rostro.

Miró hacia arriba y vio el techo. Y a Caleb. Contempló su hermoso rostro. Sabía que estaba muriendo, pero a pesar de todo, a pesar del dolor, no estaba triste por sí misma. Lo único que le provocaba nostalgia era la idea de no estar con él.

—Caitlin —dijo Caleb sollozando—. Por favor, no te vayas, ¡no me dejes!

Caleb lloraba mientras la mecía.

La chica vio sus enormes ojos que ahora eran de color negro. Trató de enfocarse bien en ellos.

—*No te vayas.*

Pero no podía evitarlo.

—Caitlin —dijo él entre lágrimas—. Quiero que lo sepas; ahora lo veo. Ya sé quiénes fuimos en nuestras vidas pasadas. Ahora lo veo todo —sollozó Caleb.

Caitlin trató de hablar, de encontrar las palabras, pero las cuerdas vocales se le estaban cerrando para siempre y la sangre no le permitía hablar bien. Se esforzó, pero lo único que salió fue un murmullo demasiado tenue.

—¿Qué? —le preguntó Caleb y se acercó más a ella— Dímelo otra vez.

Luego se inclinó lo más que pudo y colocó su oído muy cerca de la boca de Caitlin.

—Con... viér...teme —dijo ella.

Caleb se la quedó mirando aterrado. No estaba seguro si la había escuchado bien.

Con la última fuerza que le quedaba, la chica se levantó un poco, lo sujetó de la camisa y lo acercó a ella lo más que pudo.

—¡Conviérteme! —le ordenó.

Era el último remanente de fuerza.

Cerró los ojos y sintió que el mundo desaparecía.

Y lo último que vio fue a Caleb acercándose más y más a ella con los dientes asomándose entre sus labios.

Luego, cuando los dos colmillos le perforaron la piel, sintió un exquisito dolor en el cuello.

Y el mundo oscureció por completo.

HECHOS CONTRA FICCIONES

HECHO:

En Salem, en 1692, doce chicas adolescentes conocidas como “las afligidas” sufrieron de una misteriosa enfermedad que las condujo a un comportamiento histérico y a asegurar con vehemencia que en la comunidad había brujas que las atormentaban. Lo anterior dio origen a los juicios de Salem.

Hasta la fecha no se ha podido explicar la misteriosa enfermedad que aquejó a las jóvenes.

HECHO:

La letra escarlata, la obra más conocida de Nathaniel Hawthorne, está basada en la vida de una mujer llamada Elizabeth Paine, quien vivió en Salem y fue castigada por negarse a revelar la identidad del padre de su hijo.

HECHO:

Nathaniel Hawthorne no sólo escribió acerca de Salem, también fue residente del pueblo toda su vida. Provenía de varias generaciones que también habían vivido ahí. Su bisabuelo fue uno de los jueces principales de los juicios de brujas de Salem. La casa de Hawthorne fue conservada y permanece intacta en Salem hasta la fecha.

HECHO:

En el siglo XVII en Boston, las brujas eran colgadas en la cima de la colina de Boston Common.

HECHO:

Elizabeth Paine está enterrada en el cementerio de King’s Chapel, en Boston. Su lápida se ubica en la primera hilera de tumbas junto a la capilla.

OceanofPDF.com

¡YA ESTÁ DISPONIBLE!



En TRAICIÓN (BETRAYED) (Libro #3 de Diario de un Vampiro - The Vampire Journals), Caitlin Paine despierta después de estar en un coma profundo, para descubrir que ha sido transformada. Convertida en una verdadera vampiro, se sorprende con sus nuevos poderes, incluyendo su capacidad para volar y su fuerza sobrehumana. Se da cuenta de que su verdadero amor, Caleb, sigue a su lado, esperando pacientemente que se recupere. Ella tiene todo lo que podría soñar.

Hasta que todo, de repente, sale terriblemente mal.

Caitlin se horroriza al descubrir a Caleb con su ex esposa, Sera, y antes que de Caleb tenga la oportunidad de explicar, Caitlin le dice que se vaya. Descorazonada, confundida, Caitlin quiere hacerse ovillo y morir, su único consuelo es su cachorro de lobo, Rose.

Caitlin también encuentra consuelo en su nuevo entorno. Se da cuenta de que ha sido puesta en una isla escondida en el río Hudson: Pollepel, entre un aquelarre de vampiros adolescentes de élite, chicos y chicas, 24 en total, incluyéndola a ella. Se da cuenta de que este lugar es para marginados, al igual que ella, y conoce a su nueva mejor amiga, Polly, y empieza a ser entrenada para el combate de vampiros de élite, y se da cuenta de que por fin ha encontrado un lugar que puede ser su hogar.

Pero una guerra de vampiros se avecina, y su hermano Sam sigue ahí afuera, secuestrado por Samantha. El malvado Kyle, también, ahora empuñando la mítica Espada, todavía está en pie de guerra y no se detendrá

ante nada para acabar con Nueva York. Caitlin, a pesar de su nuevo hogar, y a pesar de haber encontrado un nuevo amor en el vampiro escurridizo, Blake, sabe que solo puede permanecer en esta isla el tiempo necesario antes de ser llamada a su destino. Después de todo, ella sigue siendo la Elegida y las miradas todavía están sobre ella para encontrar a su padre y al arma que podría salvarlos a todos.

Dividida entre sus nuevos amigos y sus persistentes sentimientos hacia Caleb, ella debe llegar a decidir dónde están sus verdaderas lealtades y si ella está dispuesta a arriesgarlo todo para tratar de encontrar a Caleb y tenerlo en su vida una vez más.

TRAICIÓN (BETRAYED) también se destaca como una novela independiente. TRAICIÓN (BETRAYED) tiene más de 60,000 palabras- Los Libros # 4 -- # 10 de DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS) ¡ahora también están disponibles!

“TRAICIÓN (BETRAYED) es una gran entrega de esta saga. Morgan Rice realmente ha llegado con un ganador en esta serie. De ritmo rápido, llena de acción, amor, suspenso e intriga. Si usted no ha leído sus dos primeras novelas, léalas y luego ponga en sus manos TRAICIÓN (BETRAYED). He leído estos libros en orden, pero cada uno de estos libros también están diseñados para leer de forma individual; por lo que incluso si usted no ha leído los dos primeros, lea TRAICIÓN (BETRAYED). Estoy seguro de que va a terminar consiguiendo los dos primeros – vale la pena leerlos...¡o releerlos!”

VampireBookSite

“El final de gran suspenso de TRAICIÓN (BETRAYED) dejará al lector jadeando por más y TRAICIÓN (BETRAYED) recibe un diez de calificación por su ritmo de lectura, y por su imaginativa historia”.

--The Dallas Examiner

“TRAICIÓN (BETRAYED) tiene buen romance, un argumento fuerte, mucha acción y un ritmo muy rápido. Está escrito en un tono un poco más tenebroso que las anteriores entregas, pero conocemos más la historia de fondo, lo que ayuda a entender un poco más a los personajes. Los

personajes secundarios se vuelven más fuertes y ayudan a construir las diferentes líneas de la historia juntos... Morgan Rice ha llevado la historia a un nivel más alto. Hay tantas sorpresas maravillosas que usted no querrá dejar de leerlo hasta el final”.

--The Romance Reviews

El Bestseller # 1 de Morgan Rice, de la saga LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, un thriller distópico, pos apocalíptico, ahora también está disponible a la venta Y el Bestseller # 1 de Morgan Rice, de la saga de fantasía, EL ANILLO DEL HECHICERO, (THE SORCERER'S RING), comprende diez libros (y siguen llegando) ya está disponible también—empezando con el Libro #1, A QUEST OF HEROES!

OceanofPDF.com

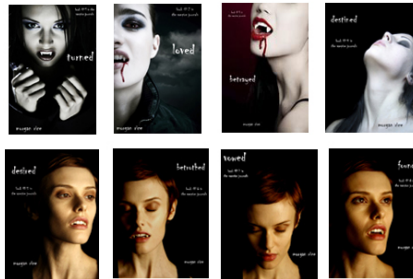
THE SORCERER'S RING



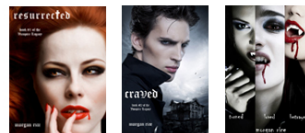
THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals



the Vampire Legacy



Libros de Morgan Rice

THE SORCERER'S RING (EL ANILLO DEL HECHICERO)

A QUEST OF HEROES (Libro #1 del Anillo del Hechicero)
A MARCH OF KINGS (Libro #2 del Anillo del Hechicero)
A FEAST OF DRAGONS (Libro #3 del Anillo del Hechicero)
A CLASH OF HONOR (Libro #4 del Anillo del Hechicero)
A VOW OF GLORY (Libro #5 del Anillo del Hechicero)
A CHARGE OF VALOR (Libro #6 del Anillo del Hechicero)
A RITE OF SWORDS (Libro #7 del Anillo del Hechicero)
A GRANT OF ARMS (Libro #8 del Anillo del Hechicero)
A SKY OF SPELLS (Libro #9 del Anillo del Hechicero)
A SEA OF SHIELDS (Libro #10 del Anillo del Hechicero)
A REIGN OF STEEL (Libro #11 del Anillo del Hechicero)

THE SURVIVAL TRILOGY (LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA)

ARENA ONE (ARENA UNO): SLAVERUNNERS (TRATANTES DE ESCLAVOS)
(Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia)
ARENA TWO (ARENA DOS)
(Libro #2 de la Trilogía de Supervivencia)

THE VAMPIRE JOURNALS (DIARIO DE UN VAMPIRO)

TURNED (Libro #1 del Diario de un Vampiro)
LOVED (Libro #2 del Diario de un Vampiro)
BETRAYED (Libro #3 del Diario de un Vampiro)
DESTINED (Libro #4 del Diario de un Vampiro)
DESIRED (Libro #5 del Diario de un Vampiro)
BETROTHED (Libro #6 del Diario de un Vampiro)
VOWED (Libro #7 del Diario de un Vampiro)
FOUND (Libro #8 del Diario de un Vampiro)
RESURRECTED (Libro #9 del Legado de un Vampira)
CRAVED (Libro #10 of del Legado de un Vampiro)



¡Escucha!

[Amazon](#)
[Audible](#)
[iTunes](#)

[OceanofPDF.com](#)

Acerca de Morgan Rice

Morgan es la escritora número uno de bestsellers de las series para adultos jóvenes de THE VAMPIRE JOURNALS, (DIARIO DE UN VAMPIRO) que comprende ocho libros, que han sido traducidos a seis idiomas.

Morgan también es autora del libro bestseller #1: ARENA UNO y ARENA DOS, que son los primeros dos libros de la TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, una novela de suspenso, de acción apocalíptica, ambientada en el futuro.

Morgan también es autora de la serie de fantasía, bestseller # 1 de THE SORCERER'S RING, (EL ANILLO DEL HECHICERO), (GRATIS) que comprende seis libros, y siguen sumándose.

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite www.morganricebooks.com para mantenerse en contacto.

OceanofPDF.com